

José Otilio Umaña Ch.

Encuentros con
Mario Benedetti

OTRAS PUBLICACIONES EUNA

CUENTO MI VIDA DE MAESTRO

Guillermo Araya, Luis Enrique Arce, Guillermo García, Margarita Jiménez y William Salazar.

La Cátedra Carmen Lyra de la Universidad Nacional, mediante el concurso "Cuento mi vida de maestro", ha recogido cinco testimonios de educadores de zonas rurales. El premio no sólo elige los mejores cuentos o historias sino que pretende también ser un rescatador social de la labor de los docentes. En este libro discurren, en las diferentes versiones de éstos, sus penurias, el choque con un sistema que los margina, el brillo cotidiano en el esfuerzo por impartir la enseñanza, en sitios recónditos y olvidados por los medios de comunicación y la sociedad en general, que ha venido a subvalorar su inserción en las comunidades y su parte en la construcción de la Costa Rica moderna. Las anécdotas terminan con un ensayo de Marielos Castro V. e Isabel Ducca D., en el que se pone de manifiesto las últimas relaciones conflictivas entre el educador y el Estado.

HABIA UNA VEZ... MITO O REALIDAD

Rafael Pérez Miguel

Intento por superar cierta anacronía entre el avance de las nuevas vías del análisis literario (estructurales, semióticas, sociológicas, psicoanalíticas, sociocríticas, etc.) y la práctica desarrollada en nuestras aulas de secundaria, que por lo general, se manifiesta encantada en la estilística de comienzos de siglo.

EN EL SAN JUAN HAY TIBURON

Fabián Dobles

Esta obra tiene una trama con su interés social, histórico y político, las diferentes escenas, la caracterización, su construcción con la secuencia de acontecimientos, los diálogos que alternan con la narrativa, las varias emociones de los personajes, y la tensión dramática en medio del silencio.

**ENCUENTROS
CON
MARIO BENEDETTI**

José Otilio Umaña Chaverri

**ENCUENTROS
CON
MARIO
BENEDETTI**





Encuentros con Mario Benedetti, de José Otilio Umaña Chaverri. Primer premio en la rama de ensayo del Certamen UNA-Palabra 1997, organizado por la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje y el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional, patrocinado por el Consejo Universitario de la Universidad Nacional.

M.Sc. Jorge Mora Alfaro
Rector Universidad Nacional

Lic. Gerardo Morales García
Presidente Consejo Editorial

Jurado calificador: Carlos Molina, Vladimir de la Cruz y Julián González

Primera edición, 1998

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C.
Corrección de estilo: Lic. M. Lourdes Jiménez
Artes finales: Víctor Hugo Navarro
Diseño de portada: Carlos Fernández (Designaf)

Editorial de la Universidad Nacional
Campus Omar Dengo
☎ y fax 277-3204

Correo electrónico: editoria@una.ac.cr
Apartado postal: 86-3000 Heredia, Costa Rica

U863.4

B462u Umaña Chaverri, José Otilio
Encuentros con Mario Benedetti / José Otilio
Umaña Chaverri. -- 1a. ed. -- Heredia, C.R. : EUNA,
1998.

230 p. ; 22 cm.

ISBN 9977-65-146-9

1. CRITICA LITERARIA. 2. BENEDETTI,
MARIO, 1920-

Reservados todos los derechos conforme a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo el FOTOCOPIADO, grabadoras sonoras y otros, sin el permiso escrito del Editor.

Dedicatoria

*A Oscar Mario, en quien la
palabra **amigo** encuentra su
mejor significado.*

CONTENIDO

PRESENTACION	13
CARTAS DE UN LECTOR	
Primera carta	19
Segunda carta	34
Tercera carta	43
Cuarta carta	53
Quinta carta	62
¡CUIDADO! LA ESCRITURA ES UN ESPEJO	
Un diario, una carta, un cuento... una novela	74
La confesión escrita de un alma solitaria	82
La clandestinidad también impone el silencio	88
Escribir para permanecer unidos	91
DEL ABSURDO A LA CONCIENCIA POSRE- VOLUCIONARIA	
El limbo de las pequeñas crisis	100
La conciencia despierta en el purgatorio	101
La conciencia en el infierno	107
¿Camino a la salvación?	116
Después de la tormenta, el sentimiento de derrota	128

DE LA DEFENSA A LA TRANSGRESION DE LA ETICA PATRIARCAL

Palabra y lógica patriarcales	137
Huellas de la lógica patriarcal en la escritura	148
Decadencia de la moral familiar	156
Los embates de una inmoralidad	163
Crónica de un desengaño	168
El desgarramiento de la familia patriarcal	178
Aferrados a la esperanza	184

EL HOMOSEXUAL: ESE MARGINAL TEMERARIO

Toda una figura peligrosa	194
Negación y sustitución forzadas	198
Voz, existencia y agresividad	203
De eso es mejor no escribir tanto	216
El silencio es muerte	220

BIBLIOGRAFIA 225

PRESENTACION

Mario Benedetti empezó a tener una muy fuerte presencia en nuestro país a partir de la publicación de **La tregua**, en la década del sesenta. La preferencia que desde entonces ha gozado su obra es incuestionable pero, de manera distinta a cuanto sucede con otros escritores, la suya no ha sido precedida por el anuncio de premios —a los cuales el autor ha rehuido desde hace muchos años— o por alguna campaña publicitaria. Todo lo contrario. Silenciosamente, tocando la memoria del lector con la sentida honradez de quien se hace responsable de una escritura en franco rechazo de lo exótico y lo alucinante como fórmula para ganar lectores, la suya ha encontrado un sitio particular por otros medios: aun sin proponérselo, recoge un mundo habitado por sujetos que nos recuerdan a nosotros mismos. Justo ese aire de semejanza, que nos hace sentir lectores de nuestra propia crónica, impulsó esta lectura de sus novelas.

Encuentros con Mario Benedetti es un conjunto de cinco ensayos, mediante los cuales se recorre la escritura del novelista con el propósito de reflexionar sobre temas y giros narrativos en la secuencia de **Quién de nosotros**, **La tregua**, **Gracias por el fuego**, **El cumpleaños de Juan Ángel** y **Primavera con una esquina rota**. Es, en principio, un estudio comparativo que, en

la diversidad de los textos, busca puntos relevantes de articulación.

«Cartas de un lector» usa la forma epistolar, común en la narrativa de Benedetti, como el medio adecuado para tratar aspectos concernientes a la historia de Uruguay, la experiencia del escritor como sujeto latinoamericano y su forma de concebir la función de la literatura. También lleva a cabo una especie de contrapunto con la realidad costarricense, desde donde un personaje (des)escribe sus vínculos con la obra benedettiana. Este ensayo, constituido por cinco cartas, se esfuerza por ser veraz y por sumergirse en esas regiones donde la objetividad y la urgencia de corroborar fuentes de información o una teoría terminan cediendo el lugar a la palabra poética; ésta, lo sabemos con certeza, tiene sus propios e insustituibles recursos para entender y explicar la realidad.

Los siguientes cuatro ensayos son de un corte académico; no obstante, he tratado que los fundamentos teóricos del estudio busquen su realización en el ejercicio analítico y, así, no requieran ser explicitados. El mismo Benedetti ha propuesto, en algunos de sus ensayos, la imperiosa necesidad de claridad y sencillez en la crítica literaria. El metalenguaje constituye un arma de doble filo porque, si bien sirve para generar lecturas perfiladas, existe riesgo de quedar atrapado en su forma discursiva y en los gestos que le otorgan reconocimiento. Robert Frost, célebre poeta, solía decir que la sencillez es mucho más difícil de lo que generalmente se piensa. El tecnicismo y el rebuscado artificio del especialista por lo general tienen un precio: no ser ampliamente entendidos. Así como la palabra de Benedetti asume la sencillez

y la claridad para llegar a sus amplios círculos de lectores, he creído necesario intentar que esa transparencia fluya en el conjunto de estos ensayos.

Uno de los aspectos que ha llamado la atención de este trabajo es el uso de formas escriturales, como la carta y el diario, por parte de los personajes. Estos tienen como responsabilidad la tarea de textualizar sus experiencias y funcionar como testigos del país; realidad en donde los mitos colapsan y surgen el cuestionamiento y la idea de una salvación por medios revolucionarios. Ante el ejercicio de la escritura, ellos reaccionan con sigilo, con profundo temor de ser delatados por sus propios textos. Tal es el enfoque de «¡Cuidado! La escritura es un espejo».

Por su parte, «Del absurdo a la conciencia posrevolucionaria» transita el azaroso camino de un personaje paulatinamente expulsado de su cómodo y absurdo mundo clase media y transformado por la conciencia y la acción revolucionarias; con distinto nombre en cada novela, termina, luego de la derrota, reevaluando el mundo desde la cárcel. El proceso de cambio en su narrativa se plantea como resultado de una transformación semejante en la vida de Mario Benedetti y de gran cantidad de hombres y mujeres que, en pasadas décadas, optaron por integrarse a los movimientos revolucionarios en América Latina.

Los dos últimos ensayos tocan un asunto al que el escritor uruguayo ha dado particular importancia: las relaciones entre individuos. «De la defensa a la transgresión de la ética patriarcal» escruta los lazos heterosexuales

en ámbitos conflictivos y, a su vez, aclara los giros del escritor en cuanto a la ética heterosexual excluyente; por tal motivo, se enfatizan algunos quiebres significativos. En la misma línea de trabajo, pero tocando los vínculos homoeróticos, «El homosexual: ese marginal temerario» discute una de las figuras más perturbadoras en la producción simbólica latinoamericana. Frente a él, la literatura de nuestros países ha hecho muy poco por incorporarle de forma menos prejuiciada; la tónica del discurso histórico-crítico ha sido guardar un mortal silencio.

Esperanzado en que estos cinco ensayos den voz a los premeditados o inconscientes silencios del texto benedettino, espero también den luz para una lectura renovada, que permita ahondar el conocimiento del lector con respecto a su realidad en esta América nuestra.

Noviembre de 1997

**CARTAS DE
UN LECTOR**

*Del mundo todo me duele,
menos su débil esperanza.*

Otto René Castillo, **Informe
de una injusticia**

PRIMERA CARTA*

25 de octubre de 1995

Señor
Mario Orlando Benedetti Farrugia

Estimado señor:

Esta carta, posiblemente, le ha de llegar mucho tiempo después de haberla yo iniciado en una tarde de un miércoles lluvioso. Uno de esos días que, por lo regular, se me quedan clavados en la espalda durante el fin de semana y me producen pequeñas crisis de

* Andrés me mostró estas cartas. Don Gabriel las tenía juntas, en un sobre de manila listo para ser puesto en el correo. El hijo, estudiante en uno de mis cursos de literatura, además de obsequiármelas por si eran de interés para uno de mis estudios sobre la novela del escritor uruguayo, me contó que a su señor padre le sobrevino la muerte mientras leía, en su sillón acostumbrado, un ejemplar de *Esta (in)comprensible América*.

asma. Pero la razón para escribirle no es mi espalda ni mis bronquios, sino el que muchas de las cosas que usted ha escrito, de una u otra forma, han encontrado sitio en mi vida. Esto no me sucede con todos los escritores que he leído y cuando digo «todos», disculpe mi poca modestia, quiero decir TODOS los que han escrito y publicado textos literarios hasta la fecha; a excepción, como es lógico, de las publicaciones más recientes y que no han sido puestas en librería. Desde siempre me recuerdo con un libro en la mano. Mi esposa acostumbraba decirme que los libros eran su único rival y que, por eso, era la única mujer sin celos en el mundo. Después de su muerte, los libros ocuparon, inclusive, el lugar de Lucrecia, dejando apenas lo suficiente para ocuparme de la crianza de Sergio, Esperanza y Andrés.

Leo en forma compulsiva. En todo momento posible. Con una velocidad de campeonato. Trescientas mil palabras es un promedio realista para los días entre semana. Seiscientas mil los sábados, porque hay que ir al supermercado o hacer algún arreglo en la casa. Un millón y medio a dos millones los domingos, cuando ni siquiera deseo dejar la cama, menos bañarme. Ya ve, a usted, que buena cantidad de libros tiene escritos, lo reviso en un día, digo, si comienzo a las cinco de la mañana y concluyo por eso de las dos de la tarde, con el receso forzado para el almuerzo. No hay secreto en eso. Fue un viejo libanés quien me enseñó a leer así de rápido. El Polaco, así lo llamábamos, vino a este país a hacerse rico vendiendo cobijas y pantalones en cómodos pagos y desapareció de la faz de la tierra como si algún viento del desierto lo hubiera desintegrado. Según él, entre más se lea, hay más posibilidad de encontrarse cosas para disfrutar,

sabiendo que otro ya las había pensado y escrito por uno. No es la sola satisfacción de una autoría imaginaria. En ocasiones es, simplemente, que uno se encuentra, en una línea o inclusive una palabra, algo que le devuelve olores, colores, sabores; sensaciones en la piel, o un cosquilleo por las orejas que, pensó, jamás habría de experimentar nuevamente.

En su caso, he de serle franco, ha habido más de una línea que me ha llevado a sentir esas cosas, especialmente en los poemas. Sin lugar a dudas, usted me retrata en cuerpo y alma en sus poemas de oficina. Curiosamente, sus novelas me gustan mucho más; quizá porque, además de describirme, también dan cuenta de la gente de este país en donde vivo. Para algunos, los cuentos son su punto fuerte. Son hermosos, pero me quedo con las novelas y su ensayo, directo, ameno, inteligente. A veces, alguno de sus personajes, qué le digo... Martín, Jaime, Diego, Ramón, Alicia, Miguel, Lucas, Edmundo, Vignale, Laura, me ha dado la sensación de estar caminando frente a un espejo. Algo de ellos encuentro en mi persona, así esto me cause alegría o repulsión. Un día, le dije a uno de mis compañeros del Banco que leer sus novelas es como observar al vecindario desde la ventana, con la tranquilizante seguridad de no involucrarse en sus conflictos, ni en los del escritor. Aunque últimamente encuentro más difícil mantenerme a distancia de mi vecindario y sus novelas.

Ha habido momentos cuando, por ejemplo, no me puedo quitar de encima a Martín Santomé. Y paso el día trastabillando entre una tristeza por aquí y un imprevisto del destino por allá. Particularmente en estas últimas semanas,

luego de someter a estudio mis papeles de jubilación. No es que tenga el temor de no saber qué hacer cuando me llegue el momento, y jamás me encontrará chapoteando con el ocio hasta la nariz. Lo menos que haré será volver a leer lo leído hasta esa fecha y esperar a ver en qué título, en qué página, en qué línea o en qué palabra me detendré cuando muera. Usted disculpe. No quiero ponerme sentimental ni trágico. No hay motivo para tal cosa y, generalmente, hablar de ello nos empuja a la tristeza. No debería de serlo, es cierto. Más aún si recordamos que Octavio Paz cree que amamos por sabernos mortales; si mal no lo entiendo, el amor es un juego donde siempre gana la muerte. Pero le decía que no hace mucho hice mi solicitud de jubilación. Las cosas no han sido iguales a partir de entonces. Tal vez más que lo que está por venir, es la molestia que me causa sentir en carne propia la salida del sistema. Tal y como suena: una pieza que se torna conveniente retirar pues su vida útil llegó al límite. El día en que lo hice, me la pasé encerrado en la oficina. Bueno, «oficina» es mucho decir; la llamo así como un mecanismo para sostener la autoestima unos milímetros arriba del suelo. En realidad es un pequeño cubículo donde tengo mi escritorio, las fotos de los hijos a un lado y un mueble para la computadora y dos sillas forradas en vinil negro, para cuando algún cliente necesite hablar conmigo. Los papeles me fueron recibidos, firmados y sellados uno a uno, por un tipo joven que me observaba como si yo tuviera cara de un sujeto gastado. La única oportunidad en que me miró a los ojos fue al momento de pasarle diez mil pesos en billetes de mil, en un sobre cerrado, para asegurarme que todo se resolverá antes de siete meses. Una vez de regreso a la oficina, me encerré. Esa es una de las ventajas que tengo como jefe de sección. Le pedí a

mi secretaria no pasarme llamadas de nadie, salvo las del señor Gerente. Antes solo los inmorales daban mordida para lograr algo ilícito; ahora, los que todavía nos sentimos decentes debemos dar mordida para lograr algo lícito. Hablaba en voz alta, como ese cincuentón uruguayo que se quejaba del estado deplorable de la moral nacional. Casi sentía a Santomé sentado al frente y dije: Ojalá no me vaya tan mal como te fue a vos. No tuve respuesta. Sonrió. Se quedó observando la calle como si no me hubiese escuchado, como si no fuese necesario escucharme porque hablaba conmigo mismo.

Podrá ser despreciable, pero Martín es un sujeto muy particular y, a la vez, presente en muchos de nosotros. El personaje me sorprendió la primera vez que leí **La tregua** en 1983. La compré en Librería Quinta Luna en Ciudad de México. Yo había leído **Gracias por el fuego** en 1979. Francamente, señor Benedetti, su tercera novela no fue de mi agrado esa primera vez y, dedicando mi tiempo de lectura a otros fulanos y sutanas que me encontraba en un estante o que algún conocido me aconsejaba, no le volví a leer a usted sino hasta en esa ocasión cuando, caminando por Insurgentes, entré a Quinta Luna y **La tregua** estaba allí, en uno de esos aparatos para exhibir libros. Justo a la altura de mis ojos: MARIO BENEDETTI LA TREGUA y, en la portada, una reproducción de una pareja metidos en la cama. La imagen me hizo recordar los dibujos eróticos que alguna vez hice motivado por la ardiente lectura de **Las mil y una noches**, que la tía Eulogia me dio creyendo se trataba de un libro apto para adolescentes. Por cierto, me encantó saber de una experiencia similar en **Eva Luna** de Isabel Allende. Estiré el brazo y tomé el ejemplar. «Mi mano derecha es una

golondrina mi mano izquierda es un ciprés mi cabeza por delante es un señor vivo y por detrás es un señor muerto». Ni idea de qué hacían allí los versos de Huidobro. «Lunes 11 de febrero. Solo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme». Y pasé las hojas rápido, pero con sumo cuidado de no leerlo todo. Me enteré de que se trataba de un diario escrito por un tipo llamado Martín Santomé. Llegué al final: «Desde mañana y hasta el día de mi muerte, el tiempo estará a mis órdenes. Después de tanta espera, esto es el ocio. ¿Qué haré con él?» Y más abajo: «Montevideo, enero a mayo de 1959». «¿Qué? ¿Va a leerlo?», preguntó por encima de mi hombro uno de los compañeros de excursión. No sé si lo voy a comprar, contesté. Hace unos años leí una novela de este tipo y no me hizo nada de gracia. «¿Y va a insistir?», preguntó. Es posible, le contesté. Junto a su novela puse **Utopía de un plan infinito**, **La reunión**, **Traición en La Habana** y **Una lección para salir del purgatorio**. Tan pronto como pude, me retiré de aquel sitio, a donde unos cuantos compatriotas más ya habían llegado.

Los libros me iban a servir no solo para entretenerme en el cuarto del hotel. Por lo incómodo que resulta llevarlos, cargaría solo uno todo el tiempo en caso de tener que esperar o de aburrirme. Sin embargo, también era la manera más educada y eficaz de mantener a mis compatriotas a cierta distancia. Pocos se atreven a interrumpir una lectura; más aún si uno pone gesto grave y apoya la barbilla en la mano. Esto lo aprendí en **La historia del zoológico**, una pequeña joyita de un dramaturgo estadounidense que leí en el setenta y uno. Albee, Edward Albee, autor de **¿Quién le teme a Virginia**

Woolf? y **Un delicado equilibrio**. Bueno el tipo. Bastante bueno.

Regreso a mis compañeros de excursión. Usted disculpe. Tomé esa excursión a México para no ir solo. En esos días andaba con el ánimo por el ruedo de los pantalones. El médico me había dado una de esas noticias para las cuales uno parece estar preparándose desde tiempo atrás pero que, sin poderlo controlar, en una micra de segundo le desintegran el futuro y hacen polvo el presente. Esperanza, la segunda de mis hijos, preocupada por mi decaimiento me alistó la valija y, de pronto, me vi en el aeropuerto de Ciudad de México, dirigiéndome hacia una mujer que se identificaba, con un letrero, como la encargada de mis vacaciones de cinco días y cuatro noches con hotel, alimentación y giras incluidas. Cuando estuve sentado en el autobús que nos llevaría al hotel, comprendí que venir con mis compatriotas en esa excursión había sido un grave error, más aún, una imbecilidad. A la mañana siguiente, se nos llevó a conocer el Zócalo; de regreso, me encontré con su novela.

En la noche había leído **Utopía de un plan infinito**, sus mil seiscientas páginas más la extraordinaria introducción de Lisandro Montes de Oca. A punto de salir de la habitación, me quedé vacilando entre leer **La reunión** o **Una lección para salir del purgatorio**. Vi su novela y me dije: Si ha de ser después, que sea ahora. La empecé a leer cuando nos aprestábamos a iniciar el viaje a Taxco y, como era tan corta, desactivé todos mis mecanismos de lectura rápida y empecé a leer como hacen los muchachos de colegio, palabra por palabra, llegando, incluso, a decirlas en voz alta. Ibamos en el autobús como en una

cápsula, una vitrina que nos protegía de aquel aire espeso e irritante para los ojos.

Conforme empecé a leer los primeros apuntes del diario, me pareció percibir un olor que no había podido reconocer años antes, cuando leí **Gracias por el fuego**. Entonces, ya dispuesto mi ánimo por esa sensación, me acomodé un poco mejor en el asiento y me dejé ir en la historia de Martín Santomé. Conforme me deslicé en la llana superficie de sus palabras, sentí que iniciábamos una larga jornada juntos. Todo, inclusive ese autobús en el que se nos transportaba ya por las afueras del Distrito Federal, empezó a tener un sentido renovado. Allí íbamos unos veinticuatro individuos, todos blanquitos, limpios, decentes, patrióticos y perfumados. Me cruzó la idea de uno de los buses en el diario recorrido de Santomé por su Montevideo. Rutas fijas. Saludos amables y medidos. Quizá le ha de sonar un poco grosero, pero teniendo como contraparte un montón de caras curtidas y de rasgos toscos, aquel grupo de turistas resultaba encantador. Uno de ellos sostenía una animada charla con la operadora de la excursión. Le hacía ver las razones por las cuales nuestro país era la verdadera Suiza de Centroamérica, porque, y en eso estábamos muy claros, Uruguay había sido la Suiza de América. Nosotros la democracia más perfecta de América; Uruguay, la vitrina misma de la democracia. Nosotros, una auténtica isla de paz en el conflictivo y miserable istmo centroamericano; Uruguay... un paraíso. Ambos utilizamos el voseo. Y en su país y en el mío nos creemos europeos.

Dejé de leer. Me quedé viéndolos uno a uno. De último, me miré en el vidrio que hacía un poco de espejo.

«¡Huyyyy...! ¡Qué feo huele en este paísssss!» exclamó una señora de suéter lila, que me había ofrecido una goma de mascar y yo rechacé muy cortés y cautelosamente. «¡Agua intomable y aire oloroso a caca!» agregó, al tiempo en que se levantaba para cerrar su ventana. ¡Es el mismo aire!, dije en voz alta. ¡Es el mismo aire que nosotros también respiramos! «¡Qué va! Ni compararlo, señor», repuso ella. No, le respondí y me percaté de su pelo verdoso y sus finos labios pintados como una bailarina de Toulouse Lautrec. Ella insistía: «Jamás podría uno comparar este aire maloliente con el de nuestro país». No sé la cara que puse, pero sí recuerdo que, de esos cachetes empolvados, me desprendí en una sonrisa e hice las aclaraciones de rigor: No señora. No el aire de aquí, sino el de Montevideo. «Ahhh, usted lee... un libro de ecología o... ¿geografía?» Ni lo uno ni lo otro. Leo una novela de un escritor uruguayo llamado... y, como por instinto, tuve la necesidad de corroborar su nombre en la portada y se lo mostré. Ella, renuente a usar unos anteojos que sin duda requería, tomó el libro, lo ubicó a unos cuarenta o cuarenta y cinco centímetros de los ojos y leyó en voz alta: «Ma ri o Be ne de tti. Mario Benedetti».

Así es, don Mario Orlando. Escribo su nombre de pila y me hace gracia el que, en prácticamente ninguno de los textos que he leído de usted o sobre usted, se consigne su nombre completo. Lo supe el día en que mi hijo Andrés me llevó **Primavera con una esquina rota** como regalo de cumpleaños. Le contaba que leía su novela camino a Taxco. Allí iba en el autobús, ensimismado en la lectura, disfrutando los juegos, las trampas y las insuperables contradicciones de Martín Santomé con mórbido deleite. En cuestión de segundos, me fue posible sentir

una cierta admiración por ese tipo cincuentón y capaz de expresar, al menos genuinamente preocupado, la corrupción del país. No obstante, los razonamientos de Santomé, sobre ese y otros asuntos, me parecen un poco cortos de alcance y bastante mojigatos algunas veces. Es un pobre infeliz que no puede vivir a plenitud su vida amorosa ni permite a otros vivir la suya, porque no puede superar el obstáculo de su propio falso recato. En eso, el sujeto aún me irrita y me parece chato, por más que lo he querido justificar con el argumento de que, en ese tiempo, la gente era más cerrada que ahora. Cuando el prudente ignora algo, escucha. Cuando es un prejuiciado, y el prejuicio de por sí es ignorancia, se burla, ofende o ataca. Cuando hasta los gestos de los censuradores son síntoma de una doble y a veces triple moral, me repito que no se trata únicamente de prejuicios sino de falta de respeto y mínima solidaridad. Unas pocas páginas después, Santomé bien podría sacudirme los sentimientos de afecto más profundos con su trágico destino. Trágico en la rutina y por eso, quizá solo por eso, patético. Como un tango en una lluviosa tarde de domingo. Como una historia de amor a la que le falta la juventud, la alegría, el atrevimiento de echarse a jugar frente a las prohibiciones y disfrutar de ser, ante los demás, irresponsable y temerariamente enamorado.

Laura Avellaneda y Martín Santomé a lo mejor nunca habrán de pasar a esa lista encabezada por Romeo y Julieta. No porque su amor no tenga respetables ribetes trágicos, seriamente trágicos. Su problema es que son muy reales, carentes de esa exageración a la que el arte nos ha acostumbrado. Por otro lado, pienso, a lo mejor será esa cotidianidad, esa mediocridad tan apabullante,

cuanto los retendrá en la memoria. El trágico amor de Avellaneda y Santomé no me alcanza para hacer brotar una o dos lágrimas y, sin embargo, lo deja a uno repleto de una tranquila tristeza; como si al final fuese conveniente hacer algunos cambios y decir: Después de tanta espera, esta es la tristeza, ¿Qué haré con ella?

Triste parece la suerte de los hombres y las mujeres de su novela. Inmensamente tristes. Apenas puede vislumbrarse un poco de esperanza en alguno de ellos, en especial en Jaime. Jaime me recuerda en mucho a Andrés. A mi hijo se le murió la madre a la edad de cinco años, esto es nueve años después de habernos casado. Sus hermanos Sergio y Esperanza tenían, por ese tiempo, diez y siete años respectivamente. Andrés nunca me pidió que fuera la madre ausente ni amenazó con matarme. No tuvo necesidad de hacerlo. De su homosexualidad supe por los días en que recién llevaba sus primeros cursos universitarios, esto es, apenas cumplidos los dieciocho años. Y fue muy directo conmigo. Mis hijos saben ir al grano; a lo mejor debido al respeto con que los he criado por creer que son míos en tanto quieran serlo.

Le cuento acerca de mi hijo Andrés y se me viene a la mente un gringo magistral, a quien admiro y respeto por la ayuda que me ha dado durante tantos años. Hablo de Walt Whitman. Ya le digo por qué razón. Whitman ha sido uno de esos escritores que se adelantó a escribir las cosas que yo, años después, habría de necesitar para aprender a mirar el mundo más conscientemente, para sosegar el alma ante el dolor o la alegría, o para soportar la madrugada en un hospital, mientras mi esposa moría diciendo que yo era lo mejor que le había sucedido y yo...

yo no podía decir palabra, sino las de Whitman, sonoras y convincentes, diciéndome que morir es tan afortunado como nacer. Uno no puede sospechar hasta dónde una lectura le pondrá en situación en el futuro. Su «Cálamus» y el «Canto de mí mismo» fueron la lectura apropiada para mantenerme en una pieza, luego de que Andrés confesó tener un compañero. ¿Y por qué solo uno?, le pregunté ingenuamente, pensando que se refería a uno de sus cursos. «No. Compañero de vida, papá». Amorosos camaradas, susurró la voz del tierno Whitman con su barba llena de mariposas. Y no reaccioné como Martín Santomé. Una irreconciliable diferencia en nuestras formas de amar y tratar con la gente me hace no esperar que los demás sean como a mí podría antojármese; esto último sería un atroz egoísmo y una imperdonable altanería. Puedo entender, sin muchos malabares y sin echar por el suelo mi masculinidad, que otros puedan amarse de maneras para mí impensables y demostrarse amor con todo su cuerpo, con todas sus palabras y con todos los gestos posibles para jugar a esquivar la muerte un rato más. Y no es que haga alarde de, como algunos dicen ahora, una mentalidad abierta. Tengo mis principios. Simplemente, no entiendo por qué exigirle a los demás que los cumplan en sus camas. Mínimo respeto, digo; mínimo respeto que también demando para mí y para quienes amo. Por eso no se me ocurrió preguntar qué había hecho yo para tener un hijo «torcido», como le ocurrió a su personaje. Por eso tampoco esperé explicaciones. Andrés no tenía ni tiene por qué explicarse; hacerlo hubiera sido pensar que era anormal, distinto, extraño. Invitalo a comer con la familia, repuse sin paréntesis ni puntos suspensivos. «Viejo», dijo, y ese «Viejo» no tuvo el sonido que tiene en labios de Ramón Budiño, el hijo de Edmundo. Me llevó su

mano al hombro y agregó: «¡Qué bien que sos mi padre!» Lo abracé y le di un beso en la frente.

Pobre su Santomé, don Mario Orlando. Pobre animal perdido en una rutina de autobuses, libros contables y sus irrepetibles aventuras amorosas. Cuando digo pobre, no es porque lo desprecie. Lo digo porque creo parecerme a él en algunas cosas. A veces, también ando extraviado en un laberinto de edificios, automóviles y aceras donde, generalmente, camino como un desconocido deseoso de llegar pronto a la casa. Como Sísifo, trajino en este Paraíso donde me ha correspondido vivir, me salvo por la aceptación de mi castigo y me aferro a la idea de que me corresponde encontrarle a todo esto algún sentido. Sobrevivo y, en ocasiones, soy feliz. No necesito una tregua, aunque debo confesarle que, alguna vez perdida, me he imaginado que, al levantar la cabeza para atender a una voz femenina, voy a toparme de frente con los hermosos ojos de Laura Avellaneda.

La otra noche me soñé tomando una cerveza en uno de los sitios a donde habitualmente voy los días de pago. Yo estaba allí, escuchando una sarta de patrióticas estupideces. La selección nacional de fútbol jugaba contra la de Italia y le habíamos, digo, los tipos de nuestra selección le habían metido un gol. ¡Somos los mejores del mundo! ¡Como este país no hay! Entre el humo de mi cigarrillo, los miraba enloquecer y vociferar nuestra consabida superioridad, tocando a las mismísimas puertas de la magnífica Europa. Un tipo se me acercó y me preguntó si el campo de la par estaba ocupado. Se sentó luego de dar las gracias y sacó un cigarrillo. Me adelanté y le ofrecí fuego. «Muy amable usted», dijo. ¿Argentino?,

pregunté. «Uruguayo», repuso. Hablamos de su país, de lo rápido que pasaron tantas cosas, de los jóvenes que optaron por hacerse guerrilleros, al creer que a su país le había llegado el momento de cambiar radicalmente, y de cómo tantos tuvieron que irse a otros países. Terminamos discutiendo sus **Poemas de oficina**. Todo eso mientras tomamos dos, tres, cuatro o cinco cervezas y se acercaba la hora de mi noticiero en televisión. Nos despedimos a las diez y treinta. Me pareció un hombre inmensamente triste. Caminé los seiscientos metros hasta mi casa. Entré. No había nadie más. Me senté. Encendí el televisor. No había señal. Me quedé observando unas reproducciones de Filippo Lippi en la pared de enfrente. Junto a mí, sobre una mesa cubierta con un tapete paraguayo, había una fotografía de una joven. «Para vos, con toda mi alma. Laura». Y justo en el momento cuando me percaté de no estar en mi casa, la voz de Andrés me sacó del sueño. «¿Sabés qué te conseguí en la Librería Luz, papá? **Primavera con una esquina rota** de Benedetti».

Andrés se ha encargado de conseguirme algunas de sus obras. Como tiene carné de la biblioteca de la universidad donde estudia filología, con alguna frecuencia me informa de lo último que ha llegado a la biblioteca de su facultad. De las librerías capitalinas me encargo yo. Sobre **La tregua**, don Mario Orlando, Andrés escribió un excelente trabajo titulado «De cómo una novela traicionó al escritor». Se lo publicaron en una revista literaria de cierto prestigio. Después, publicó unas cinco o seis cosas más sobre otros textos suyos. Algunos ya lo consideran una verdadera autoridad sobre su obra. A mí, en lo personal, él me sorprende por la capacidad para encontrar cosas que otro difícilmente piensa. «Un texto siempre está

lleno de silencios. Me divierte hacerlos hablar», comentó en una oportunidad cuando hablábamos de semiótica. De paso y antes de que se me olvide, hay una o dos cosas que en alguna otra carta me gustaría comentarle, por supuesto, si a usted no le parece un atrevimiento de mi parte el que le escriba. Sin más por el momento, se despide de usted su servidor,

Gabriel Martínez Campos

P.S.

Habiéndole comentado a mi hijo Andrés que había hecho referencia a su trabajo sobre **La tregua** en esta carta, me pidió le adjuntara una separata de la publicación.

SEGUNDA CARTA

4 de noviembre de 1995

Señor

Mario Orlando Benedetti Farrugia

Estimado don Mario:

El otro día y a raíz del artículo «América Latina... un doloroso compromiso escritural», Andrés, dos de sus compañeros universitarios y este servidor estuvimos discutiendo cuáles habían sido sus aportes a la literatura de esta parte del mundo. Decía Luis Angel, uno de los compañeros de mi hijo, que uno de los aspectos más significativos ha sido su preocupación por aclarar los motivos, medios y propósitos del ejercicio de la escritura en esto que hemos dado por llamar América Latina, incluyendo profundas reflexiones sobre su propio caso como sujeto latinoamericano. Ciertamente es variada la gama de opciones utilizadas por usted, señor Benedetti: ensayo, crítica, poesía, cuento, novela, texto dramático... y, mediante ellos, usted ha elaborado una sólida y clara propuesta teórica de sus distintas escrituras y, consecuentemente, de su posición ante la realidad y el texto escrito.

Usted ha sabido reconocer los límites de cada una de las variantes escriturales y aprovechar sus posibilidades. Así, por ejemplo, con respecto al periodismo, ha comentado las ventajas y los peligros de tal tipo de ejercicio para un escritor de textos literarios. «Suelta mucho la

mano para escribir», asegura usted, pero, por otro lado, «la urgencia se puede convertir en un riesgo y apelar a lugares comunes, a frases hechas». Yo humildemente agregué a nuestra discusión: veo que el señor Benedetti olvidó apuntar una cosa, quizá por obvia, de capital importancia: la conciencia comunicadora del periodista. Muchos escritores de literatura parecen escribir para ellos mismos. Usted no, señor Benedetti. Usted no se encierra en el juego de la palabra y, tengan o no peso sus argumentos, siempre me resultan auténticos y, por ello, respetables. Usted pone al lector en la mira y le dispara con la esperanza de salvarle. Usted no asume la despreocupada actitud del inspirado, tan común en quienes conciben el arte como objeto para el disfrute estético únicamente, una cosa refinada para los ratos de ocio, sin más función que la de agotarse en el misterio y la belleza. Pero de todo, lo que más llama mi atención es la sostenida y casi perfecta correspondencia entre su conducta como sujeto y el resultado de su escritura. Por ese motivo, no me sorprendió encontrarlo transformado en un habitante más de ese mundo tan adolorido de **Primavera con una esquina rota**. La correspondencia apuntada antes parece provenir de cuanto ha sido un genuino compromiso con el lector, expuesto magistralmente en **Letras del continente mestizo**: «El pensamiento y la palabra del escritor tienen eco, importan socialmente». En eso reside gran parte de mi respeto hacia su persona. Al margen de cuán buenos o malos sean sus textos literarios, usted, don Mario, ha dado especial atención a la dignidad de ese eco y a su impacto solidario.

Para mí hay, no obstante, una idea de primer orden en la base de sus textos; me refiero a su creencia de que

la realidad de nuestra América atrapa y marca toda escritura. Me parece un punto de partida que todo escritor debe tener allí, en la mente, para que le dirija siempre la mano. En **El recurso del supremo patriarca**, usted sostiene que hasta la literatura escrita por latinoamericanos en Europa se encuentra inexorablemente signada por la realidad de quienes vivimos aquí. Yo, al leer la afirmación anterior, me pregunté cómo puede la realidad, tan diversa, compleja y distinta de estos países bananeros, cafetaleros y sometidos, marcar el ejercicio escritural de alguien que escribe tan a la distancia. La respuesta me la encontré luego, en **Subdesarrollo y letras de osadía**: toda escritura, aun la más poética o ficticia, proviene, cito textualmente sus palabras, «de la realidad, de las vidas reales de hombres reales, ya que son acciones verdaderas las que suelen establecer un patrón, una unidad de medida para la acción imaginaria». Así las cosas, la palabra poética o literaria, yo personalmente diría toda palabra, enfrenta un irrenunciable compromiso en algunos, pero más en su caso. Además, hay un punto que me gustaría tocar así sea muy a la ligera. Tendemos a referirnos a la palabra poética como si ésta se mantuviera en una dimensión distinta de la realidad. Para algunos es misterio, para otros una aliada de lo falso, un parecer ser, una bella mentira para el disfrute. Pero, de toda suerte, ¿qué es la realidad? ¿Acaso no incluye los sueños, las pesadillas, la locura, el arrebato? Ninguna de las respuestas a la pregunta de qué es la literatura me ha dejado satisfecho y, en tal sentido, he llegado a una sola conclusión: la naturaleza de la literatura no reside en ser ficción, sino texto, discurso, palabra que emerge de la realidad y, siguiendo una lógica distinta del habla y de todos los demás discursos, sea científico, histórico, legal, etc., a ella siempre refiere y

construye. La palabra poética da cabida a todo cuanto los otros discursos descartan como imposible. La literatura es un ejercicio recuperador de la realidad negada o censurada. Su palabra de escritor, tal y como lo propone en una conversación con Hugo Alfaro, se ha propuesto captar los movimientos, reclamos, conquistas, contradicciones, carencias y vaivenes de la sociedad y, consecuentemente, pronunciarse sobre ellos.

América, convulsionada, fascinante, contradictoria, rebuscada, sumida en comportamientos y discursos propagadores del irrespeto, la dominación y la explotación como los ases del juego, esa América presa en un despiadado juego de poderes internos y foráneos no es, para usted, un simple tema para un ensayo o un poema al cual recurrir en ratos libres. A usted le puede resultar un poco aburrido que traiga a colación sus palabras. Lo hago no porque usted las haya olvidado, sino porque han sido discutidas por nosotros en distintos momentos. Julio, quien además de literatura estudia filosofía y cree con firmeza en un mejor futuro para nuestros pueblos, emocionadamente leyó estas palabras suyas: «Problema para quienes lo abordan y para quienes lo eluden; para quienes lo afirman y para quienes lo niegan; para quienes lo asumen desde su entraña misma y para quienes lo examinan desde lejos; aunque el catalejo sea parisiense, londinense o romano, la mirada sigue siendo inevitablemente latinoamericana». «¡Bárbaro este uruguayo! Me hace recordar algo escrito por José Martí que no preciso ahora», dijo Julio al finalizar.

La realidad latinoamericana que vigoriza la literatura contemporánea cruza hasta el mismísimo silencio y,

como usted bien lo expresa en **El escritor latinoamericano y la revolución posible**, esa realidad está presente «en los realistas, por absorción; en los fantásticos, por elusión; en los imaginativos, por transformación; en los sentimentales, por efusión» y, uno se atrevería a agregar, en los revolucionarios, por absoluta convicción. Me parece que América se encuentra en sus textos y en su propia vida por todas las anteriores razones. Usted ha hecho a este continente el eje de su palabra; no importa si se está leyendo un poema amoroso o un enjundioso ensayo sobre política. Usted lo ha planteado en **El recurso del supremo patriarca** de una forma certera: si el escritor intenta cambiar la condición latinoamericana, debe, primero que nada, asumirla como una inevitable y previa condición para ese cambio. Solo de esta forma puede la palabra trastrocarse en auténtico y eficaz lugar de conocimiento y transformación del sujeto y de la realidad; solo así puede dar luz con respecto a posibles salidas. Por supuesto, tras sus postulados uno puede encontrar una función del artista muy diferente a la de esa imagen trasnochada del bohemio o de un miembro del «star system», como dice Andrés. En un mundo donde la mayoría busca notoriedad, la pose y el poner abajo principios resultan maneras fáciles de lograrlo. Cuando leí que usted había renunciado, en 1968, a aceptar premios, no me tomó por sorpresa. Frente a la tentación de brillar en el firmamento cultural, resulta reconfortante enterarse de que no todos sueñan con ser una vedette.

Me llamó la atención lo dicho en una entrevista con Ernesto González hace ya algunos años: «Creo que el arte cumple una función nada desdeñable en las relaciones humanas y en la evolución del individuo», sostenía usted

en esa ocasión y, refiriéndose específicamente a la literatura, afirmaba que ésta «propicia un ahondamiento en el propio ser y también en su entorno». Para una persona como usted, señor Benedetti, en constante búsqueda del lector, persuadirlo de la conveniencia de una cierta conducta o acción, de un valor o de la existencia de una posibilidad esperanzadora es un sólido punto de partida. «Por tal motivo», argumentaba Andrés, «Benedetti busca a su lector en los estratos más amplios. No se limita a los círculos de lectura especializada». Después, agregó: «El novelista quiere encontrarse con el ciudadano común, con ese que viaja en carro de segunda o lo lee en el autobús rumbo al trabajo». Posiblemente a eso, pienso, se deba el que usted haya explorado la crisis del Uruguay en el mundo grisáceo y mediocre de la burocracia; como si el país se le hubiera transformado en una enorme oficina a donde enviar poemas que despertaran la conciencia y agilizaran la voluntad.

«Bueno», dijo Julio poniéndose de pie, «el asunto es que Benedetti asume una posición de rescate, de salvación de ese lector quien, sofocado por la rutina, como un Santomé, rápidamente se degrada y se pierde». Las palabras de Julio me parecen razonables. Uno lee sus escritos y siente que su escritura está motivada por un imponderable sentimiento de solidaridad con quienes no merecen ser arrastrados por las actitudes displicentes y desarraigadas de la época. Pero, más importante aún, me confirman la validez de sus propuestas. Me explico. A partir de los cincuenta, usted se da a esa tarea que apuntaba Julio y lo hace, en principio, en el Uruguay y para los uruguayos. Décadas después, quienes vivimos en este país de fantasía empezamos a reaccionar como Santomé y, ante

la corrupción, la deshonestidad, el peligro de ser asaltado en plena calle o en las deplorables prisiones en que se han convertido nuestras casas, ante el creciente cinismo de nuestros gobernantes, la aparente oposición de los partidos políticos pero la verdadera comunión de objetivos y recursos, ante el descalabro nacional donde ya suena ridículo decir que somos la Suiza de Centroamérica, que somos una isla de paz y la democracia más sólida del continente, tiene uno la sensación de estar atravesando los mismos, o casi los mismos terrenos que ya usted había señalado. Así es como uno llega a entender eso de que América es inescapable y que su verdad tiene caras distintas, momentos diferentes, pero semejantes puntos de llegada.

Años después, como si en vez de su país usted hubiera escrito sobre el mío, uno lee **El cumpleaños de Juan Angel** y se pregunta si será el momento, o habrá que esperar un poco más, a que todo se vaya al despena-dero para que las caretas caigan por su propio peso, nos enfrentemos a nuestras vergüenzas y decidamos reconstruir este mundo en crisis. ¿Cuántos Osvaldos Puente estarán ya a punto de dejar el tibio capullo de la molicie y la comodidad? ¿Cuánto será necesario esperar para ver a esos futuros revolucionarios irrumpir en el horizonte y sacudir, desde lo más profundo, el fangoso terreno de los mitos insostenibles? ¿O es que nos habremos de ver en la penosa aceptación de que no hay posibilidad de salvación y que no nos queda más que aceptar y cavarnos un orificio donde vivir sacando la cabeza apenas lo necesario? Yo, posiblemente por haber tenido, allá por los sesenta y setenta, alguna inclinación hacia los postulados socialistas, recuerdo haber participado en unas cuantas huelgas y hasta hacer una que otra pinta en algún edificio,

todavía prefiero creer, como Juan Angel, que siempre hay un orden que desordenar en aras de una vida más justa. Sergio, mi otro hijo, mucho más práctico, realista, según él, y con una mentalidad muy «tecnológica», intentó hacerme ver que mis anhelos están pasados de moda y, como prueba contundente, me interpeló con su argumento de que «el comunismo solo es un recuerdo, una pava que le costó muy caro al mundo». ¿Qué me decís de Cuba?, le pregunté, ¿qué me decís de la Revolución Cubana, que ha resistido tanto tiempo los ataques del imperialismo yanqui? «Cuba, enténdelo papá, dejó de ser el putero de los gringos para ser el de los europeos y los latinos. ¿No viste el reportaje de TV Noticias la otra noche?» Preferí quedarme callado. Sin embargo, yo me vuelvo a preguntar, don Mario, ¿cómo saber cuándo es el momento justo para una revolución?

Mi pregunta no tiene intención de ser grosera ni irrespetuosa. La hago porque usted ha dejado su propio testimonio de esa transición hacia el ideal de libertad revolucionaria, como opuesto a cuanto usted llamó «un concepto frágil de libertad burguesa». Un hombre de transición. Un sujeto que no dejó que sus temores lo incomunicaran con la otra orilla para poder contribuir a no frenar el natural impulso de la historia y ayudar a acercar el futuro. A esa otra orilla usted hizo llegar a Osvaldo Puente como Juan Angel. A esa otra orilla también llegó Santiago. Una orilla en donde no habitaba la vieja moral burguesa mal practicada. Una orilla en donde habría de practicarse la palabra de Jesús, pero actualizada, materialista y militante, operando como una ética nueva, rigurosa y más humana. Solamente en esa orilla parecía posible hacer algo por un Uruguay que falsificó su historia. ¿Qué consideraría usted necesario hacer para salvar a un país que no

solo ha falsificado su pasado sino también su presente y su futuro? Y, ¿no es eso lo que siempre ha pasado, pasa y pasará en todos los casos? De todas maneras, ¿quedará algún remanente del Paraíso que pueda salvarse?

«Mi vocación cardinal fue, sigue siendo y será siempre la literatura», afirmó usted en una oportunidad. Tiempo después, esas palabras cambiaron: «Sencillamente, nos ha sucedido que en el trance de elegir entre revolución y literatura, hemos optado por la primera. La elegimos sin abandonar ni renunciar a la literatura». Cuando leí esas palabras, me quedó claro por qué **El cumpleaños de Juan Angel** solo podría venir de un escritor para quien la literatura había dejado de ser la vocación eterna. Optimismo. Una profunda fe. Un llamado a revolucionar todo para rescatarse. Pero, Juan Angel fracasó. Y fracasó Santiago. Y fracasaron muchos otros. ¿Usted? Y después de tanto desgarramiento, ¿cuál es su vocación cardinal? ¿Acaso la literatura? Andrés se refirió, en nuestra discusión, al sentimiento de derrota que plaga **Primavera con una esquina rota** y la observación venía a cuenta porque la progresiva intensificación del entusiasmo en las primeras cuatro novelas hacía que el optimismo en Juan Angel estallara como una granada en el alma del enemigo. «Hay un gran y doloroso silencio», argumentó Andrés, «que solo puede ser llenado con la muerte, el desarraigo, una brújula quebrada». Julio, Andrés, Luis Angel y este servidor tenemos expectativas un tanto diferentes de lo que será su sexta novela. Y hemos hecho una jugosa apuesta.

De usted, con el respeto de siempre,

Gabriel Martínez Campos

TERCERA CARTA

17 de noviembre de 1995

Señor
Mario Benedetti

Estimado don Mario:

Después de escribirle la segunda vez, quedé pensando si no era un abuso de mi parte enviarle una carta por la que alguien podría pensar yo trataba de acorralarlo con sus propias palabras. «Benedetti no tiene necesidad de que le expliqués nada», me dijo Andrés al comentarle mi inquietud. «Un tipo como Benedetti», agregó, «que ha procurado enfrentarse no solo a sus mismas palabras sino también a sus actos, entenderá que tan solo unís datos, sacás conclusiones, planteás una pregunta. Especialmente vos, que te has interesado tanto por unir un cabo aquí y otro allá entre la historia de Uruguay y la de nuestro país». Pero su argumento no me convenció y preferí esperarme a escribirle esta carta. De toda suerte, le haré llegar las tres juntas tan pronto convenga.

Ciertamente, he leído unos cuantos libros sobre su país. Lo hice no porque Uruguay hubiera sido un punto de interés para mis ratos de ocio en algún momento. Ni siquiera eso. Uruguay no significaba más que una nación en América del Sur, de la cual, se decía, recordaba a más de uno nuestro país y había servido como sede para importantes conferencias, además, por supuesto, de cierta fama en el fútbol y, en alguna revista de un avión había

leído, un reputado destino turístico. Fue con la lectura de sus novelas que dio inicio ese interés de leer sobre Uruguay y que, inicialmente, solo inicialmente, respondía a la necesidad de entender con mayor profundidad sus textos; poniéndolo en otras palabras, a la conveniencia de establecer relaciones entre usted, como lector de la realidad y sujeto de escritura, su novela, el contexto en que fue escrita y el lector, o sea yo, como formulador de una lectura de esa novela, esto es, otro texto. Diálogo. Encuentro. Los libros de teoría literaria me han sido útiles para entender ese tipo de vínculos. Mis cursos universitarios fueron, digamos, estructuralistas. El escritor no contaba. Funciones. Fórmulas. Cálculos. Explicación al margen de la historia. Como si únicamente existiera el ahora. Inmanencia perfecta. Todo en una jerga difícil. Existía una mínima diferencia entre el análisis de un poema y la disección de un insecto. Pero, no es de poesía ni de teoría literaria, de lo cual no tengo duda usted sabe miles de veces más que yo, de lo que quería hablarle. Le decía que en estos últimos años, libro o noticia que sale de o sobre Uruguay ha tenido preferencia en mi lectura y sesiones de telenoticias. Al hacerlo en su caso, intentaba deslindar la íntima y siempre presente relación entre la realidad y la palabra literaria, una posibilidad resultante de pensar la escritura como una incesante lectura y apropiación de otras escrituras; un ejercicio donde no existe ni lo primigenio, ni la verdad, ni los saberes únicos, sino la fuerza del conocer, haciéndose, cambiando, resemantizándose, muriendo y reviviendo constantemente.

Y resultó gracioso el encontrarme enfrascado en un proceso de lectura que me llevó a conocer casi palmo a palmo las calles de Montevideo e, inclusive, a recorrer

las cloacas de la ciudad junto a Santiago y Juan Angel. Leí con avidez, sabiendo que todo punto de partida era tentativo y cualquier final provisorio. Traté de dar con el principio de un Uruguay como Arcadia americana, posibilidad plena, cielo en la tierra, paraíso. Y me vi, simultáneamente, reconociendo las mismas palabras que me habían instruido sobre la naturaleza excepcional de mi país; también una Arcadia, rica, exuberante, mágica, amada por Colón, hecha para la gloria del mundo e, inclusive, poseedora de una virgen milagrosa como ninguna otra.

Así como ustedes tuvieron a José Batlle y Ordóñez, que les aseguró un largo período de relativa prosperidad, nosotros tuvimos un José que provocó una mayor participación del estado, la consolidación de una actitud civilista y la seguridad del arribo al poder mediante elecciones confiables. En nuestro caso, llegó a abolir el ejército y eso, como podría esperarse, ha sido prueba irrefutable de nuestra natural superioridad respecto a los belicosos vecinos. Veintiocho años después que ustedes, nuestras mujeres tuvieron derecho al voto y, como en Uruguay, tras una aparente lucha entre los distintos partidos políticos, el sector liberal burgués siempre ha tenido muy bien resguardada la defensa de sus intereses de clase; de manera especial en estos tiempos, cuando el bipartidismo devora toda otra posibilidad. A veces, cuesta saber quién es quién.

Como su país, el mío ha sido un estado redistributivo, abierto a distintas clases y grupos sociales y, desde hace muchas décadas, gobernado por grupos de poder que, ante la imposibilidad de quitárselo por la fuerza, pues eso rompería la tradición civilista y pacífica con la que

alardeamos en el mundo, han llegado a aceptar un fingido enfrentamiento dentro de límites mutuamente aceptados. Por eso estamos acostumbrados a verlos discutiendo acaloradamente por pequeñeces y firmando acuerdos mayoritarios para defenderse si se les toca algo que duele.

Entiendo que usted tenía trece años cuando la vitrina de la democracia americana se vio empañada con la decisión de Gabriel Terra de declararse dictador en marzo del treinta y tres. Nueve años de ruptura que constituyeron señal inequívoca de una reversión del sueño uruguayo. Sí, sé que, como nos está sucediendo a nosotros, el país pudo mantenerse a flote en una alternancia de períodos de bienestar económico y de gran estrechez. Y como ustedes, cuando nos sorprendemos ante los índices de inflación y los escándalos en las instituciones públicas, tendemos a compararnos con los otros y llegamos a la conclusión de que, al fin de cuentas y pese a todo, estamos incomparablemente mejor que el resto. Como en su país, aquí los golpes los han recibido principalmente los estratos medios. Tal vez porque los más bajos ya no tienen sitio donde recibir otro golpe. La clase media, acostumbrada a los privilegios inusuales del aparato burocrático estatal y a servir de estabilizador social, se ha estado empobreciendo alarmantemente.

De manera parecida a lo sucedido con ustedes a partir de 1958, en este país se ha desatado una peligrosa espiral inflacionaria. La acción armoniosa de los dos partidos empuja la liberalización económica y hace a un lado la intervención estatal. Cuando leí **Crepúsculo en Arcadia: la institucionalidad y su derrumbe a la uruguay** de Carlos Martínez, pero especialmente cuando

decía el autor que los dos partidos a los cuales se jugaba a la democracia habían ido confundándose en un proceso de indiferenciación ideológica, sellado por las formas patrióticas de la coincidencia, la colaboración, la cogestión y la coubicación, pensé que el autor se estaba refiriendo a nosotros. Los políticos no solo administran los bienes del estado como si fueran de su propio peculio, también nos han despedazado la confianza. La última huelga de empleados públicos resultó un duro golpe en ambas mejillas. Luego de que muchos estuvimos gritando las consabidas consignas y una que otra canción combativa, los dos partidos se hicieron uno, los dirigentes sindicales se ablandaron y celebraron, sin inmutarse y sin que se les quebrara la voz, la firma de un acuerdo que nos dejó a todos los demás jurando que nunca más volveríamos a votar por ellos. Pero, absurdamente, pacíficos, pasivos, maniatados por nuestras patrióticas mentiritas, respetuosos de la ley y de las buenas costumbres, nos acercamos a las urnas tiempo después y la conciencia se satisface con obligarnos a escoger lo menos malo.

Hasta el momento, aquí no se ha generalizado suficiente conciencia sobre el relajo de nuestros gobernantes. Tenemos la lengua amordazada. Nuestra libertad de expresión se limita a repetir que gozamos de plena libertad de expresión. Resulta muy cómodo desentendernos de nuestros problemas y, ante hechos que a más de uno hubieran llevado a la cárcel, aquí simplemente exclamamos «¡importa a mí!», o sea, «¡qué me importa a mí!» y hacemos como si nada hubiese pasado para que, como decían en su país, no se hagan olas. A pesar de ello, por conciencia o porque resulte imposible tapar el sol con un dedo y aunque mucho nos duela, nos estamos latinoamericanizando.

Esto no implica, necesariamente, claridad respecto a nuestro destino, sino una cómoda aceptación de nuestra dependencia de los «americanos».

Todos criticamos hasta el punto en que nos quede un dulce sabor en los labios. No vamos más allá de una tranquilizante retórica que, usualmente, termina adormeciéndonos la poca conciencia y calmándonos los nervios. ¿Nos salvará esto de llegar a los violentos enfrentamientos que se dieron en Uruguay? ¿Cuánto significaría en todo ello el no tener un ejército declarado pero, para el cual, la compra de armas se declara secreto de estado? ¿Vendrán períodos de tanta represión como la sufrida por ustedes durante la gestión de Pacheco Areco y, más tarde, en la de Juan María Bordaberry? Y, pregunto, ¿qué harán nuestros universitarios? Quienes a mediados de los setenta intentaron seguir los pasos de su Juan Angel están recluidos en alguna cárcel, luego de unos mínimos enfrentamientos con la policía y unas cuantas bombas frente alguna embajada. Muchos de los entonces universitarios militantes en distintos grupos de una izquierda nunca unida han dado un viraje de ciento ochenta grados. Si por ese tiempo salían como fantasmas nocturnos a dejar sus mensajes en algún muro o edificio, hoy, en plena luz del día, leen discursos ardorosamente patrióticos en los cuales alaban las virtudes del sistema. No recuerdo quién afirmó que el patriotismo es el reducto de los cínicos. Si antes estuvieron dispuestos a servir de burros, esto es, a transportar armas clandestinas para los grupos guerrilleros de otros países centroamericanos, en la actualidad ocupan puestos de ministros, presidentes ejecutivos de instituciones del estado o asesores de altos jefes. Siempre se les ve cargar una sonrisa complaciente. Ellos

cuidan su imagen política. Y les fascinan los «malls». A menudo tienden a ser un poco gordos, por las confituras, los vinos y los quesos. Si antes les provocaba náusea el solo escuchar la palabra «mercado», hoy claman por la libre competencia, la privatización, la globalización, el sometimiento. Unos pocos han permanecido fieles a sus principios socialistas. La verdad es que la mayoría de esos niños de papi y mami únicamente necesitaban una causa por donde echar afuera y aquietar sus frustraciones personales o su inconsciencia de clase.

Cuando estudiaba en la universidad participé relativamente poco en, digamos, actividades de masa. Casi siempre miraba las huelgas y las protestas a la distancia. A veces, me parece una verdadera lástima el haber sido tan poco solidario en esa época pero, a mi favor, puedo decir que permanecía, junto a la oleada de protestas, un cierto movimiento «hippie» al cual seguí por algún tiempo, un poco enredado entre la lectura de **El capital** de Marx y **La libertad de un nuevo orden** de un tal Allan Fitzgerald, barbudo, saliendo entre los vivos colores de un arco iris. Tremendamente emocionado por la música de Joan Baez, Janis Joplin y Sergio Méndez, también hice de «Give Peace a Chance» el himno de mi patria sin fronteras. Del norte venían los hippies, del sur los exiliados. Con la música de los Rolling Stones y la carpeta mágica no podía sino creer que vivíamos en un cielo. Escribí poemas al amor libre, al perfecto equilibrio con el universo y a las cosas más simples de la vida. El polen de una flor era suficiente para encontrarme en los confines de la Vía Láctea. Tagore y Whitman, como le conté alguna vez, pero también Gandhi y Kahil Gibran me hacían apostar por una búsqueda de la felicidad que no estaba en el grito

endemoniadamente furioso ni en la manifestación de la fuerza. Recogiendo hongos en el campo para comerlos con dulce de leche y bebiendo agua cristalinamente fría de un arroyo, leí a Buda y a Confucio, y uno que otro texto sagrado de la América precolombina. Había dejado mi trabajo de bibliotecario en una institución pública, no para romper con el sistema sino para aprender a sobrevivir haciendo cuanto jamás antes había hecho. Sembré granos, cebollas, legumbres y enormes girasoles para iluminar la casa. Dos años más tarde, tomé la decisión de reincorporarme al sistema. No tuve necesidad de renegar ni de renunciar a nada; no renunciaba a principios sino a una forma de lograrlos que ya me resultaba ingenua. Cuando regresé, no asumí la posición de un moralista. Eso se lo puedo asegurar. A lo mejor esos revolucionarios de pacotilla, que ahora sirven de alfombra y callan, tienen mejores razones que yo para su viraje. Lo mío nunca fue un viraje, sencillamente seguí la ruta previsible de mis pasos.

Junto a esa pléyade de cantantes y poetas que se iban repentinamente fulminados por una sobredosis, las protestas empezaron a ceder. La Coca Cola dejó de ser el agua negra del imperio yanqui y se tornó imprescindible para acompañar el arroz con pollo y los tamales. Allende encendió la esperanza. No obstante y como si se tratara de piezas de un juego de dominó, una nación tras la otra fue cayendo en las garras de la dictadura. Atragantados por un sorbo de café, vimos al hombre llegar a la luna y, ya violada, dejó de ser motivo de nuestras canciones amorosas. Más tarde, los homosexuales se tiraron a la calle en Nueva York para gritar su orgullo «gay» a lo largo de la Quinta Avenida. Allende murió en la Casa Rosada.

Pinochet dijo venir a salvar al mundo. Fidel estaba firme en Cuba. Todo parecía una extensa broma, una película de Antonioni o un plan macabro y alucinante. Los Tupamaros hacían de las suyas en Uruguay. En Guatemala, los jóvenes morían torturados en la montaña. En Nicaragua, Somoza empezó a tambalearse luego del terremoto. Uno podría llenar el almanaque de hechos, aunque las memorias estarán siempre incompletas. Mientras tanto, continuábamos aquí. Leyendo las noticias en los periódicos. Mirando jugar a nuestra selección y maldiciendo el que México siempre se saca el clavo con nosotros. Aceptando que quienes entonces nos gobernaban y gobiernan tienen absoluta claridad de ser éste un país de domesticados, vulgares sentimentaloides, verdaderos genios en las artes de la mezquindad y el autoengaño. El orden y la ley eran sangrientamente impuestos y cuidados por las armas en gran parte de América y este país de ensueño siguió haciendo alarde de su solidez democrática. Mientras en otras naciones oleadas de hombres, mujeres y niños se vieron en la penosa urgencia de exiliarse, nosotros reforzamos los mitos de perfección y superioridad y les miramos desparramarse por el mundo, mediante las noticias en los periódicos, la radio y la televisión y, en no pocas ocasiones, también les vimos llegar a nuestro aeropuerto. Frente a eso, apenas éramos capaces de exclamar «¡Pobres!» y, secretamente, nos regocijábamos de haber nacido en un país con mejor estrella.

Nos ufamamos de vivir en el país de la eterna primavera. Es cierto. El clima en este lugar es delicioso. No sufrimos los fuertes cambios de las cuatro estaciones, como ustedes. Pasamos de la estación seca a la lluviosa todos los años y, con un grado de precisión apabullante,

nos observamos envejecer con absoluta certeza de que nunca, jamás nunca, veremos caer nieve en nuestros techos. Pero, ¿no cree usted que a lo mejor, un día de tantos, podríamos despertar y darnos cuenta de que a nuestra primavera se le rompió una esquina?

Con el aprecio de un amigo,

Gabriel Martínez Campos

CUARTA CARTA

1 de diciembre de 1995

Estimado amigo:

He comenzado esta carta por eso de las tres de la mañana. Llueve mucho y muy fuerte. Con alguna frecuencia, en octubre el cielo se raja al caer la noche y hasta el amanecer. Me produce un inmenso placer dormir cuando llueve, de manera especial si escucho el golpe de las gotas en el techo. Me arropo en la cobija, a veces dos, y me dejo dormir tranquilamente, como si estuviera en un vientre, como si afuera el mundo desapareciera y solo quedara la quietud de la casa y la certeza de que, en la mañana, todo estará fresco, limpio y dispuesto para otra jornada. Hoy no le escribo porque llueve, sino debido a no poder reconciliar el sueño. Esperanza, quien desde hace algunos meses me vigila como un fantasma, se levantó hace un rato y me trajo un té de tila; ella la cree maravillosa para calmar los nervios, mejorar la digestión, ayudar a dormir y espantar las pesadillas. Me dijo que eso me pasaba por comer tanta lasaña antes de acostarme y que mañana, quiero decir hoy, me voy a quedar dormido en el trabajo. No quise hacerle ver que estaba en un error. No fue la lasaña lo que me quitó el sueño. Fueron varias cosas que, para bien o mal, se juntaron y me echaron a perder la noche. Para empezar, un reportaje por televisión. Luego, leer **La casa y el ladrillo** tan lentamente como pude, pronunciando cada una de las palabras, rellenando los vacíos con comas, puntos y comas,

mayúsculas y alguna que otra palabra necesaria para apropiarme de su texto. Me encontré cosas insospechadas. Establecí algunas relaciones antojadizas entre el adolorido, rabioso, agradecido, valiente, soñador y realista sujeto que dice esos poemas (a lo mejor son muchos sujetos y a mí se me confunden en uno solo) y el pobre Santiago en **Primavera con una esquina rota**, atrapado en una burda y ofensiva paradoja llamada LIBERTAD, Libertad o, mejor aún, libertad. De hecho, cuando me puse a llenar de mayúsculas sus poemas, como si estuviese revisando un documento bancario, esa fue la única palabra que dejé en minúscula. He leído **La casa y el ladrillo** y **Primavera con una esquina rota** muchísimas veces. Si le digo que quince, posiblemente me quede corto. No obstante, sentí que no fue lo mismo leerlos hace unas horas, después de haberme quedado con el tenedor en la boca, los ojos desorbitados y una cara de imbécil como hay pocas, mientras miraba un reportaje en la televisión sobre presos políticos en Uruguay y otros países sudamericanos durante la década del setenta. No fue lo mismo. Antes, saber de tantos hombres y mujeres asesinados, desaparecidos, torturados o exiliados me causaba un sentimiento que, por lo general, empezaba con un gesto de repulsión y censura hacia los victimarios y terminaba con un compadecido «¡Pobres!» por las víctimas. Los diarios nacionales casi nunca publican ese tipo de información y, por eso, la mayoría de mis compatriotas desconoce no solo las atrocidades cometidas en América del Sur, sino también aquí nomás, en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y, aunque de forma mucho más sutil y refinada pero no menos oprobiosa, en este país. Curiosamente, en las pocas ocasiones cuando me enteré de algo, el sentimiento de rechazo y solidaridad me duraba unos

pocos minutos. Podía, con relativa facilidad, ajustarme de nuevo a la cómoda y soñadora realidad clase media, a ese nido caliente, a ese autoculto, a ese autoengaño que el zapatero Baldomero le echa a tierra a Osvaldo Puentes en **El cumpleaños de Juan Angel**. Dejar atrás ese conocimiento a la distancia con un «¡Qué dicha que no me tocó a mí!» era sencillo y, así, podía satisfacer mi regocijada conciencia. Pero siento que Baldomero me ha tocado hasta lo más profundo del alma y eso me ha dejado al descubierto, desnudo en toda mi pequeñez, frágil ante la verdad. Y, ¿a qué se debía que anteriormente pudiera leer un reportaje o mirar una noticia en televisión o, inclusive, leer sus dos últimas novelas y no conmoverme más allá de ese «¡Pobres!»? Pienso que había un factor determinante en este asunto: no podía imaginar sus caras. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarme a quién podrían semejarse; salvo Laura Avellaneda, a quien me parece ver algunas mañanas tomando el autobús rumbo al trabajo. Yo podía imaginar las caras de los judíos en los campos de concentración porque las había visto en el cine, en libros, en cortos noticiosos o en películas. Podía imaginarme la del Che porque, más joven, lo tuve pegado con alfileres en la pared de mi cuarto y se miraba bien con la decoración y mi incipiente, inauténtico y risible sentimiento de rebeldía. Pero esos miles que fueron torturados y fusilados en tantos países latinoamericanos, por supuesto que también en Cuba, han sido, en su mayoría, sujetos sin nombre, sin cara, apenas con un pasado borroso y un futuro condenado a la desmemoria. Igual me pasaba con su Uruguay. Por ejemplo, hasta hace unas pocas horas había sido incapaz de imaginarme la cara de Santiago o la de Juan Angel y me decía que eso se debía a que sus personajes no tienen una sino muchas caras y

ninguna cara les quedaba bien de todas las conocidas. Sin embargo, la cosa ha sido muy distinta. Cuando comía una porción de lasaña de espinacas y miraba las noticias de la noche, anunciaron ese reportaje sobre Uruguay, Chile, Paraguay y Argentina. Lo primero que salió en la pantalla fue la palabra TORTURA e inmediatamente la cámara empezó a recorrer un pasillo oscuro. Conforme avanzaba, se iba escuchando el golpe de las puertas de las celdas al tiempo en que se abrían y, por segundos, se podían mirar pequeños pedazos de luz atrapados en los barrotes de las ventanas. Sábado, a quien mucho aprecio, dice que las casualidades no existen. Es posible. A lo mejor sí. A lo mejor no. De existir, no encuentro sustantivo más adecuado para llamar a eso que el de casualidad. Era el presidio, cárcel, reclusorio, penal, como quiera que se le diga, llamado, irónicamente, Libertad; el mismo sitio desde el cual Santiago escribe sus cartas. Me gusta creer que la vida tiene mucho de misterio y que la intuición es la guía capaz de revelarlo; por eso creo en las coincidencias. Libertad. LIBERTAD. Libertad. Pensé en Beatriz, contando que su padre le escribió y está muy contento porque las hojas secas pasan entre los barrotes y él se imagina son cartitas tuyas. «En cárceles como estas», decía el reportero, «muchos encontraron los peores momentos de sus vidas». La cámara comenzó a detenerse, a hurgar lentamente en una serie de fotografías que ilustraban, con maravillosa invención, la maldad de la cual algunos son capaces. Las celdas, que en un principio parecieron austeras habitaciones para monjas, se llenaron de cuerpos, quejidos y gritos. Hice una mueca. Me llevé la mano a la boca. Pensé que, dichosamente, Beatriz nunca llegará a sospechar el lado amargo de algo que, para ella, es una palabra enorme, placentera y se escribe con

mayúscula. Me saqué el tenedor de la boca y, si no estuviera bajando ese bocado rumbo al estómago, lo hubiera detenido. Quedé atónito. Pegado al fondo del sillón. Con un frío recorriéndome las manos y una rabia que resistía la presión del pedazo de lasaña en su camino. Miré muchas caras; tomadas por alguien como si fueran una especie de memoria para tiempos mejores, un recuerdo del poder o la huella maldita de un mal sueño. Jóvenes de ojos hundidos por la falta de sueño. Labios tensos por una ira volcánica. Dedos quebrados por la derrota. Tristeza de verse allí. Palabras partidas por la cintura con el filo de una falsa defensa de la libertad, la democracia y el orden. Un hombre de no más de unos sesenta y cinco años, empezó a relatar cómo estuvo, durante dos años encerrado en una de esas celdas, quizá no más de tres por cuatro metros, con quince presos más; en total oscuridad, sin la mínima atención médica, recibiendo algo que solo por hambre se le podría llamar comida, y aferrándose a la vida, no por la vida misma, sino por la pura rabia. Mostró cada una de las manos sin el índice y relató el dolor de cuando le arrancaron las uñas de raíz para obligarlo a delatar a sus compañeros. Otro hombre de edad parecida, que me lo recordó a usted Mario en las fotografías que he visto suyas, no pudo contener el llanto al contar cómo, en un espantoso ritual, lo habían castrado. Con voz pausada, otro mostró sus dientes quebrados con tenaza y, mirando hacia el suelo, hizo saber las formas en que los milicos satisfacían su sed de venganza y de poder, azotando, violando, colgando por los dedos, arrancando la lengua, tirando de los testículos con la más refinada ingeniería de lo perverso; perforando el ano, el estómago o cualquier parte del cuerpo con objetos cortantes y sucios. A un hombre bastante mayor le temblaban las

manos cuando, en uno de los recintos de la prisión, señalaba la esquina donde cuatro milicos soltaban la risa mientras otro rompía la pupila de unos ojos claros con el filo de una navaja. Sentí que la lasaña se estaba devolviendo. No podía detenerla. Rápido, me puse en pie y fui al servicio sanitario a despejarme el estómago. Cuando regresé, el reportero viajaba hacia Argentina y aclaraba que la intención del reportaje era informar para que esas atrocidades no se cometan de nuevo. ¡Qué historia la de esta América!, me dije. El tipo parecía convencido de sus palabras. No quise seguirlo a la siguiente parada. Era suficiente. Tomé un vaso de agua y cambié de canal. Intenté sumergirme en las aguas azules de una caverna en la isla de Capri. Tampoco pude. Me quedé con esas caras en la mente. Las repasé en sus más pequeños detalles, a pesar de no querer pensar en ellas. Apagué el aparato. Recordé lo sucedido a Otto René en las montañas guatemaltecas. No quise pensar más. Sentí un fuerte impulso por leer sus dos libros de nuevo. No necesitaba refrescarme la memoria. No, no era eso. Conozco ambos textos palabra por palabra, línea por línea, párrafo por párrafo y página por página. Era más bien una retenida urgencia de encontrarle caras apropiadas a esos sujetos que tan dolorosa y tristemente había puesto usted a hablar en el exilio o en la soledad de una celda. Santiago, Graciela, David Cámpora, Claudia y muchos otros que, como usted mismo, se han visto en la penosa necesidad de arrancarle una sonrisa a la tristeza para poder continuar viviendo dignamente. Siento vergüenza de mi cómodo nido y las amenas charlas de literatura con Andrés y sus amigos. Vergüenza de no hacer nada o de verme reducido a diminuto gusano sin capacidad de producir siquiera una urticaria. Felizmente impotente. Desvergonzadamente reconciliado con

esta casa, esta familia, este sillón, este papel y este bolígrafo. Vergüenza de esperar mi jubilación esperanzado en llegar a disfrutarla leyendo libros exóticos o pintando naturalezas muertas. Y me sorprendo preguntándome si alguna vez habré de tocar a la puerta de un sitio extraño y si habrá una joven que me reciba y me dé un nombre nuevo. ¿Será muy tarde? ¿Tanto? Fui reemplazando cada una de las caras de esos uruguayos del reportaje. Una después de la otra. A Santiago todas le calzaron a la perfección. Por un instante me pasó por la mente el estar haciendo todo eso para dejarlas olvidadas allí, en esas páginas tantas veces leídas. Una especie de exorcismo o de limpieza esotérica. Cuando apagué la luz para disponerme a dormir e intenté decirme «¡Qué dicha que no me tocó a mí!», el fuerte ruido de la lluvia no me dejó escuchar mis palabras. Lo intenté otra vez y ya no pude negar que sí me había tocado y mucho. Acomodé la almohada de una y mil formas. Encendí uno, dos, tres cigarrillos. Me quedé viendo fijamente al cielo raso. Observé una cosa negra que se me quería venir encima; entonces, como Miguel o Ramón, quise que mi padre se acercara desde algún sueño olvidado por la muerte y me abrazara tiernamente para ahuyentar una multitud de caras, entre las cuales percibía la mía. Es feo sentirse como Vladimir y Estragón, perdidos en la inmensa planicie del absurdo, sin nadie a quien recurrir y pedirle un abrazo o confesarle nuestro temor. Lo podría hacer con mi hija; decirle simplemente: Esperanza, tengo miedo. Pero no. No le voy a echar a perder su sueño de que pronto la pidan en matrimonio. Y me quedé quieto en la cama, como un niño pequeño en este cuerpo viejo, con terror de permanecer a oscuras. Traté de dormir y caí en una de las celdas. Los cuatro tipos en uniforme tiraron de mis pantalones,

rompieron mi ropa y me dejaron desnudo. Uno de ellos dijo que mejor no intentara moverme. Me quedé paralizado, mientras sentía cómo me sujetaban por los genitales y me hacían subir hacia un cielo de dolor que me hizo saltar con un grito de la cama. Entonces, pensé en escribirle estas palabras, en decirle que he encontrado una cara para Santiago y que yo, muy en el fondo de mi cuerpo y de mi alma, he querido escribirle a usted, amigo Mario, a la luz de la luna, preso en esta realidad cotidiana, en este juego de máscaras y palabras donde uno no sabe si, cuando ellos brindan con champaña y exigen respeto por los derechos humanos, se trata de un auténtico enfrentamiento con la injusticia o de una farsa. Querido amigo, hoy yo también me siento herido y contuso. En poco rato llegará la madrugada. Desde mi ventana miro una luna lejana, amarillenta y enorme que no quiere desteñirse con la lluvia. Las montañas están oscuras. El cielo está oscuro. Todo está oscuro... todo, menos la habitación en donde vuelvo a leer:

Cuando me confiscaron la palabra
y me quitaron hasta el horizonte
cuando salí silbando despacito
y hasta hice bromas con el funcionario
de emigración o desintegración
y hubo el adiós de siempre con la mano
a la familia firme en la baranda
a los amigos que sobrevivían
y un motor el derecho tosió fuerte
y movió la azafata sus pestañas
como diciendo a vos yo te conozco
yo tenía estudiada una teoría
del exilio mis pozos del exilio
pero el cursillo no sirvió de nada.

Me detengo. Y repito, como si hubiese entrado en la celda de Santiago y le robara sus primeras palabras mientras duerme: «Esta noche estoy solo».

Como siempre,

Gabriel

QUINTA CARTA

10 de diciembre de 1995

Querido Mario:

El otro día me fui a leer al Parque Nacional. Tenía años de no hacerlo. ¿Conoció usted ese parque cuando vino aquí? Yo acostumbraba ir a estudiar a ese sitio en mis tiempos de colegial y, con alguna frecuencia, durante los primeros años de universidad. Como era domingo y los domingos generalmente me resultan aburridos, quise entresacar alguna de mis rutinas olvidadas, desempolvarla y revivirla. Además, el día estaba como para irse a respirar el aire que corre en estos tiempos. En los primeros días de diciembre, la brisa pierde la humedad de la estación lluviosa, la temperatura baja un poco, a pesar de un sol mucho más intenso, y es casi como si se viviera un remedo de primavera.

Caminé alrededor del parque. Como era costumbre, el recorrido terminó justo donde se alza el Monumento Nacional: un bellissimo trabajo en bronce realizado en Europa, no podía ser de otra manera, y en el cual algunos creen adivinar hasta la mismísima mano de Rodin. Originalmente pensado para el centro de una fuente, a nivel de los ojos de los transeúntes, a mis coterráneos no les pareció suficientemente alto y lo subieron a un pedestal de granito, a unos cuatro metros de altura; por eso cuesta tanto apreciarlo en todos sus detalles. En contadas ocasiones, alguien ha tenido la feliz idea de hacer un entarimado para

observarlo como su autor quería que lo viéramos. Cuatro mujeres de cuerpos hombrunos y enormes tetas son guiadas por una más robusta que, se supone, es mi patria y consuela a la pobre Nicaragua. En el suelo, un cuerpo representa los muertos en la guerra y, armas en mano, ellas persiguen a un hombre con rasgos anglosajones. El simboliza los Estados Unidos de América, cuando intentaron someternos a la esclavitud allá, a mediados del siglo diecinueve. Bueno, lo que no pudieron con las armas lo lograron por otros medios y con mayor ganancia. En esto no hay secreto. Este país de fantasía no puede vivir ni tomar decisión alguna sin el visto bueno del norte. Con el transcurso de los años, el hombre ha dejado de representar a los gringos. A modo de anécdota, hace poco vi al nuevo embajador de ese país depositando una corona a los pies del Monumento y me pregunté si él sabría quién era el hombre detrás del cual corrían esas mujeres con los pechos al viento. «Al paso en que van las cosas», comentaba un insolente amigo mío, «un día de tantos la gente va a pensar que se trata de los travestidos que vienen a levantar al parque».

Es lamentable lo corta que es nuestra memoria histórica. Para muchos, la historia patria empieza en la década de los cuarenta, cuando una escaramuza entre los padres de quienes ahora nos gobiernan hizo que se afincaran los mitos de más maestros que soldados, una patria sin ejército y unas cuantas ilusiones que con facilidad creemos y hacemos circular por donde vamos. No hace muchos años, un expresidente de su país se los echó a todos al bolsillo cuando tuvo la genial idea de decir que, en cualquier parte donde se encuentre uno de mis compatriotas, hay libertad. ¿Podría usted creer tal halago?

Pero que sea mentira poco importa, en tanto el ego nacional se nos infle como un globo. Volviendo a lo del Monumento Nacional, muchos lamentan que los padres de la patria hayan tenido tan poca visión de futuro y que el destino nos jugara una mala pasada al ganarles nosotros la guerra. Pero basta de monumento y de conciencia histórica, que en estos días dicembrinos me entra la alegría navideña y no quiero echármela a perder.

Le dije que ese domingo había dispuesto ir al Parque Nacional a leer. Escogí una compilación de los poemas de Roque Dalton, un poemario de Otto René Castillo y otro de Jorge Debravo. No sé si los ha leído o si ha escuchado hablar de ellos. Supongo que sí. A lo mejor, hasta nos gustan los mismos poemas. Me apetece leerlos especialmente cuando, como ese domingo, siento el ánimo en las nubes y tengo energía para recorrer todas las calles del mundo con una alegre canción en los labios. De no ser así, busco a Jacques Prévert, Poe o a Amy Lowell.

Tengo razones de sobra para estar contento, querido Mario. Hace dos semanas recibí la noticia de que mi jubilación empieza a regir a partir del primero de marzo. ¡Diantres!, me dije cuando recibí el comunicado de la Junta de Pensiones. ¡Hasta en eso! Y fui a cerciorarme en la última página de **La tregua** para ver si era cierto. ¡Y Sábado se atreve a decir que las coincidencias no existen! Me dedicaré a escribir un poco, a pintar, a hacer chunches, como le decimos acá a cualquier cosa, a leer un poco más, especialmente quiero leer escritores del Lejano Oriente y escuchar música, mucha música a la cual mis oídos no estén acostumbrados. Solo me hace falta que a una mujer hermosa se le ocurra extraviar su camino y

se tope conmigo en alguna esquina o al cruzar una calle o, ¿por qué no?, mientras me encuentre leyendo algún poema de Neruda. Pero eso es un asunto que no me compete a mí exclusivamente, aunque la idea, he de serle franco, me genera cierto entusiasmo. En algunas oportunidades me siento en verdad solo. En especial cuando me arreglo el bigote y me afeito meticulosamente ante el espejo. Meto el estómago y pregunto si habrá alguna mujer que quiera calentarse en estas casi doscientas libras, difíciles de encontrar en el mercado de viudos. Ya casi he perdido la memoria de despertarme resbalando en besos y mantequilla. Definitivamente, la cursi diosa del amor debería pensar más en mí y cambiar la suerte de mis domingos.

Esperanza se casa en veintidós días con Arturo, un amigo de Sergio, mi hijo mayor, y planean quedarse viviendo conmigo durante algún tiempo. Es bueno que sea así. La casa se me hace cada vez más grande, en especial después de la reciente partida de Andrés. El menor se fue a un apartamento con su compañero. Algunas veces llega a dejarme algo nuevo que leer o a recoger cosas que todavía guarda en la casa. Me llama casi a diario y cada dos semanas nos reunimos a almorzar en la casa, nuera y yernos incluidos. Estar con ellos me hace feliz. Lo malo es cuando se van. Me queda una especie de hueco en la mitad del pecho. Esa sensación no se sospecha cuando los hijos están creciendo, posiblemente porque uno se resiste a la idea de que un día habrán de irse, como uno. En momentos así, cuando me quedo solo pues Esperanza y Arturo también se han ido al cine, es, justamente, cuando más pienso lo agradable que sería tener unos ojos grandes llenando ese vacío con promesas de

no separarse jamás de mi lado. ¿Ha sentido usted algo semejante al encontrarse solo, quizá en la habitación de algún hotel, en algún país, lejos de los suyos?

Los tres poetas seleccionados para llenar el tiempo de visita al viejo Parque Nacional me hacen sentir algo parecido a lo que siento por usted. En ellos encuentro ideas, palabras y sentimientos que se adelantaron en formular para mí; se los agradezco infinitamente. La diferencia está en que no les escribo cartas porque los tres están muertos. A Roque se le atragantó el país como una bala en su corazón inquieto y, mientras se adentraba en lo profundo de la muerte, denunciaba la injusticia a gritos y a patadas. A sus treinta y tres años, Otto René se extravió en las tinieblas de la selva guatemalteca cuando una navaja le abrió los ojos por ser miembro del Partido Guatemalteco de los Trabajadores. Tiempo después lo encontraron en una fosa común, hecho un puño de cenizas. Otto es uno de mis escritores favoritos y sus poemas del exilio en Alemania me los sé de memoria y me recuerdan algunas de las cosas escritas por usted en **La casa y el ladrillo** y **Cotidianas**. Jorge era un joven de anteojos que una vez tocó a mi puerta diciendo «Vengo a buscarte, hermano, porque traigo el poema, que es traer el mundo a las espaldas». Siempre me pareció un Francisco de Asís con su prédica del amor perfecto y la nueva religión de los obreros. Se lo llevó el huracán de un poema mientras conducía su motocicleta en un día de lluvia. Si no estuvieran muertos, también me hubiera atrevido a escribirles o llegarnos a ese parque a platicar bajo la sombra de los árboles. Leí primero a Roque, luego a Otto y, de último a Jorge. Después, un poema de cada uno hasta concluirlos todos. Más tarde, los seleccioné por temas.

Los leí sin hacer distinción de autor, dejando que hicieran una cadena de palabras, una escritura nueva y capaz de levantar una tormenta de hojas, hasta que Jorge, Otto y Roque no fueron sino una sola, indistinguible e inseparable voz, enérgica, amorosa y dulcemente triste, recorriendo el parque entre los gritos de los niños y los húmedos labios de una pareja de amantes.

Mientras realizaba mi juego de palabras, entrecruzando la primera línea de cada uno de los poemas de mis amigos muertos, una mujer se me acercó. Quería hablarme de los Testigos de Jehová, de la falsedad de la ciencia y la pecaminosa mentira de la teoría de la evolución y de los límites del infinito, de por qué la mujer debía estar siempre bajo la tutela del hombre y de las causas para la degradación moral de nuestros tiempos. Insistió mucho la pobre y se fue sin convencerme de la proximidad del Armagedón. No sé si hice mal, al decirle que Pablo había sido un homosexual reprimido que jamás abrió la puerta del clóset y que, por su propia frustración, la emprendió contra las mujeres, los demás homosexuales y el sexo. Casi siempre, quien censura a los otros lo hace como una forma de reprimir sus propios y secretos instintos. «Usted necesita ponerse en contacto con Dios», dijo antes de marcharse. Posiblemente, respondí, pero no con el suyo.

Miré pasar la gente. Traté de leer en sus semblantes la alegría de vivir en este paraíso tropical europeizado, que reniega de sus negros, sus indígenas y sus pecados más pequeños, porque le es imposible pensar que peca en grande. Me quedé enredado en una rama, arriba en un árbol, donde un pájaro me alimentaba con lombrices y semillas y me acomodaba la paja y los líquenes del

nido. Arriba, respiré profundo y, desde allí, me quedé viendo el edificio de la Asamblea Legislativa. Despegué con la pericia ausente en mis pies y entré al Salón de Sesiones, donde los padres de la patria hacen y deshacen leyes a su antojo y distribuyen el erario público, siempre cuidadosos de dejarse una suma más que suficiente para bocadillos, teléfonos celulares y viajes al exterior con viáticos de jeque árabe. Los señores y señoras que dicen representar al pueblo se sacrifican mucho y, por eso, necesitan Mercedes Benz o BMWs o costosos carros «americanos» con chofer incluido. Por supuesto, legislan a su favor y se asignan, además de los mejores sueldos, los más elevados aumentos. ¡Mierda!, dije al respirar aquel aire saturado de aerosol desinfectante. Si hubiera tenido con que escribirles, les hubiese dejado el mismo recado que, en alguna ocasión, les pinté con pintura roja en una de las puertas: NIDO DE BUITRES. Salí del recinto porque, como diría un personaje de Shakespeare de haberle tocado vivir aquí, algo huele mal en el Paraíso, algo está podrido. Me regresé al árbol y el nido aquel resultó, además de cómodo, muy limpio.

Dos o tres horas después de estar allí, complacido y bien cuidado, me levanté. Se me antojó caminar por la Avenida Central. Recogí mis libros, los metí en una bolsa de plástico y esperé unos segundos a que se me quitara un calambre de uno de los pies. Empecé a caminar. Cualquier cantidad de turistas. Ahora que el gobierno y la empresa privada quieren «producir libertad» con la industria turística, pululan sujetos con cámaras fotográficas y de vídeo. Para nosotros se queda la temporada baja durante la época de lluvia; en el verano, nos dedicamos a sacarles la plata. Todos se aprovechan, desde los más

honrados, hasta aquellos que les roban sus cámaras o les venden nuestros muchachos y muchachas. En la Plaza de la Democracia y en la Plaza de la Cultura, le aclaro que nada tienen que ver esos nombres con cuanto allí realmente sucede, uno puede conseguir desde cocaína hasta objetos artesanales bolivianos que, en su rampante ignorancia, algunos turistas compran como autóctonos. Bajé. Entré a comer algo en uno de esos establecimientos de comida rápida que ya percibimos como nacionales; quizá porque celebran con esplendor nuestras fechas patrias y ofrecen viajes a Miami, Nueva York y Disneylandia. Salí. Caminé un poco más. Pasé frente al banco donde trabajo. Mi oficina, rectifico, mi diminuto cubículo, queda justo a este lado de la calle. Ojalá, digo mientras vuelvo a mirar hacia arriba, que una vez pensionado no me dé por venir a pararme aquí y lo llegue a extrañar más que la casa. Caminé con todo el cuidado necesario para transitar en estas calles. Los asaltantes juveniles argumentan que si los de arriba roban por qué ellos no han de hacerlo. Cada día, los escándalos políticos y el desfalco en las instituciones y en los bancos del estado, las componendas y los negocios legítimos pero inmorales les dan a esos delincuentes razones de mayor peso para acercarse a uno, mientras observa alguna cosa en la ventana de un negocio, y le piden el dinero o las alhajas. «Yo no sé», «No recuerdo», «No me encontraba aquí», «Eso pregúnteselo al señor Ministro», «Lo ignoro», «La verdad es que se me olvidó». Con esas expresiones, algunos políticos exteriorizan su falta de escrúpulos. ¿Cómo pueden los delincuentes comunes no seguir el ejemplo de estos «fallutos», como dice usted, padres y madres de la patria? Me recuerdan a Edmundo Budiño. La mano derecha me sudaba de tanto apretar la billetera que había pasado de

la bolsa trasera del pantalón a la del frente. Caminé rápido. Sin detenerme. Sin volver a mirar hacia atrás. Como lo hago de lunes a sábado todas las mañanas, todas las tardes, hasta tomar el autobús y sentirme seguro de que nadie va a asaltarme al introducir la llave en la puerta de la casa.

Cuando me jubile, voy a recibir un poco de dinero. Pienso hacer algunas reparaciones para que Esperanza y Arturo vivan más plenamente su vida matrimonial. Además, deseo acondicionar una de las habitaciones usadas antes por los muchachos, para tener yo un sitio donde pintar sin preocuparme que una brocha con pintura se caiga sobre la alfombra o que un cigarrillo resbale del cenicero y queme la mesa de caoba. Pero también he pensado hacer un viaje a Uruguay durante unos quince o veinte días. Me gustaría saber qué pensaría usted si un día de tantos llegara a su puerta y, al abrirla, se encontrara con esta cara que ni siquiera imagina diciéndole: ¿Qué tal amigo Mario?

Hasta entonces,

Gabriel

**¡CUIDADO!
LA ESCRITURA ES
UN ESPEJO**

*El texto como el reflejo
subjetivo de un mundo objetivo,
el texto como expresión de
una conciencia que refleja
algo.*

M. Bajtín, **Estética de la
creación verbal**

Resulta significativo el número de personajes en la novela de Benedetti que acuden al ejercicio de la escritura; más lo es si se consideran las formas de textualización utilizadas (diario, carta, cuento, etc.) y la posición asumida frente a tal ejercicio. El texto escrito, esa huella de la palabra, resulta entonces una especie de espejo privado e íntimo en el cual el personaje se constituye y apoya pero, a la vez, también un cuerpo gráfico donde deja rastro de su propia condición existencial; condición que no se ha de conocer. Y justo aquí reside una de las virtudes de la escritura de este novelista y uno de los placeres de la lectura de sus novelas: incursionar en esos mundos íntimos a los cuales nadie, absolutamente nadie más, está invitado.

UN DIARIO, UNA CARTA, UN CUENTO... UNA NOVELA

En **Quién de nosotros**, cada una de sus tres partes está constituida por una forma textual distinta y en perfecta correspondencia con la naturaleza del sujeto que la escribe. En la primera, Miguel lleva a cabo la recopilación de un conjunto de veinticuatro notas en un cuaderno, esto es, en un diario. Sus apuntes recuperan, entre otros, aspectos relacionados con su infancia, su encuentro con Alicia y Lucas, el desarrollo de esa relación tripartita y su amorío, supuestamente secreto, con Teresa.

El que los apuntes de Miguel constituyan un diario tiene una profunda incidencia en la generación de un efecto de verosimilitud, o sea, la impresión de que lo dicho en el texto y lo escrito por el personaje son ciertos. La palabra íntima del diario implica, por su misma naturaleza, la voluntad de decir solamente la verdad; es, en esencia, una palabra de confesión. ¿Cuál es el trasfondo de ese ejercicio escritural desplegado por el esposo de Alicia? Sin lugar a dudas, lo constituye su intención de tener acceso a la realidad mediante la verbalización de la verdad.

La escritura de Miguel no es, según él piensa con respecto a la de Lucas, una forma de distorsionar los hechos. Para Miguel, el cuento de Lucas es un espejo deformador de la verdad; cree que «Lucas necesita un poco más de realidad real», porque, a diferencia de cuanto su amigo escribe, «la realidad es mucho más vulgar, más mediocre, más chata» (14:37) y «un irremediable, absurdo hastío» (14:38). Todo lo contrario a esa palabra poética

de Lucas, que acentúa las «meras experiencias vividas», la suya, cree Miguel, le permite hacer un deslinde entre lo falso y lo verdadero, lo que es y lo que no es, lo que puede y lo que no puede ser. Escribir resulta un acto de fe en su propia sinceridad; por tal motivo, no puede permitirse anotar nada que no sea cierto en todos sus extremos. Así, en una oportunidad y a menos de dos horas de haber terminado de escribir y pensar que había hecho «bien en escribirlo todo», esto es, confesarlo todo, anota: «he leído línea a línea cuanto escribí este domingo y...», se pregunta, «¿cómo pude ser tan cretino?»; la razón para tal pregunta es no haber mencionado a Teresa, su amante, «ni una sola vez» (14:59-60). Miguel no puede mentirse ni ocultarse hecho alguno, pues su escritura es autoconfesión y, por ello, prueba indiscutible de su veracidad: «Y no quiero mentirme. Quiero saber todo acerca de mí mismo» (14:38), agrega.

En su cuaderno, Miguel efectúa un análisis de su propia vida, impulsado por la necesidad de despejar las incógnitas que le acosan: «Muchas veces me he interrogado en este cuaderno acerca de mí mismo» (14:13), comenta. La escritura se le presenta como el medio idóneo para sincerarse en un mundo falso e hipócrita, pero un medio que, simultáneamente, se erige como autocastigo, vehículo de purificación y sostén ante su incuestionable mediocridad: «Para saberme sincero he empezado estas notas, en las que castigo mi mediocridad con mi propio y objetivo testimonio. Es cierto que el mundo rebosa de vulgares», sostiene, «pero no de vulgares que se reconozcan como tales. Yo sí me reconozco» (14:14). En una ocasión, Miguel anota: «Escribiré toda la tarde, en esta rara soledad, porque me encuentro a gusto, porque siempre me

agrada ajustar mis cuentas personales, tomar conciencia de las comprobaciones más desoladoras, enterarme mejor de cómo soy» (14:15-16).

Miguel, pues, no apunta en su cuaderno por la sola razón de llevar un recuento de los acontecimientos en su vida. El ejercita la escritura por factores de mayor peso: las notas tienen el claro propósito de servir de testimonio; se constituye en testigo de su esposa y de Lucas y en el suyo propio. Esa vocación de sinceridad y veracidad en su escritura se ve intensificada por la ambigüedad del destinatario de sus palabras. Miguel dice escribir para él mismo. En tal sentido, puede ser totalmente sincero por cuanto nadie más lo habrá de leer. No obstante lo anterior, la escogencia del diario como forma escritural implica que la posibilidad de decirlo todo se da únicamente en los límites del texto escrito y jamás en las relaciones que el personaje sostiene con los sujetos sobre los cuales escribe. La verdad queda reducida a unas palabras sin otro eventual lector o confesor. La verdad no alcanza el dominio de la acción real, donde Miguel intenta enfrentar su vida. Esa inoperancia para sostenerse en la verdad, más allá de la palabra escrita, se acrecienta cuando el propio marido pone en duda la intención de su escritura: «¿Estoy escribiendo para mí mismo, para ver más claro, para ser consciente?», se pregunta, «¿O acaso alimento cierta esperanza, que no me atrevo a confesarme, de que alguien recorra alguna vez este cuaderno y todo mi relato tienda por ser eso a ser una tardía justificación ante ese ignorado lector?» (14:60). Cuando el marido se encuentra escribiendo unas notas, le dice a Adelita, su hija: «Le estoy escribiendo a tu madre» y, con respecto a esa aseveración, escribe: «no era totalmente mentira» (14:60).

Ciertamente y sin descartar que Miguel escriba como forma de autocuestionamiento y reflexión, Alicia configura ese «ignorado lector»; esto muestra que, pese a todo lo expuesto por el esposo, éste no alcanza a decir (se) toda la verdad. ¿A quién le miente Miguel? ¿A él mismo? ¿A su esposa? ¿Al lector de Benedetti?

Para Alicia, los apuntes del esposo son una cómoda forma de no encararla con la verdad, una manera de escribirle a ella escribiéndose él. Transformada en el personaje de Claudia, en el cuento de su amante Lucas, dice Alicia: «Estoy segura de que él quiere que lo lea, aunque no pueda confesárselo; de que escribe para mí, aunque pretenda hacerse el cuento de la sinceridad» (14:105). Ha tenido el cuaderno del esposo en sus manos, pero no se ha atrevido a leer los apuntes porque sería reconocerse «vencida». Mientras para el marido el cuaderno es un vínculo con la realidad y una forma de ser sincero, para la esposa ese grupo de notas son, junto con la «miserable inteligencia alcahueta» de Miguel, su «compasión de sí mismo», sus «pujos de crápula» y su «querida sin desplantes», una razón más para que el esposo le resulte «insoportable» (14:104-105). Si, como dice Miguel, los apuntes le sirven para reconocerse en toda su mediocridad, a la esposa le sirven, aún sin haberlos leído, para saber que él no la merece.

Por su parte, Alicia también hace uso de la escritura mediante la carta. Su texto conforma la segunda parte de la novela. Es una extensa misiva enviada a Miguel y en la cual le informa sobre su decisión de dejarlo por Lucas. Mas el suyo no es solo un texto informativo, también deviene escritura confesional con un mayor grado de sinceridad y

verdad que el cuaderno del marido. Su destinatario no es un sujeto ambiguo e ignorado. Sus palabras, colocadas por Benedetti entre el cuaderno de Miguel y el cuento de Lucas, tal y como la relación (¿amorosa?) en la que la mujer se encuentra, van dirigidas al esposo.

La carta y su posición intermedia en la novela impregnan al texto de cierto aire de veracidad. Con su escritura, la mujer corrobora mucho de lo ya aseverado por el esposo en el diario y, con esto, le asegura al lector de Benedetti la verdad de lo dicho por ambos personajes. Las referencias a la época de colegiales, la forma en la cual conoció y se relacionó con Lucas y la existencia de la carta dulzona enviada por el esposo son, entre muchos otros aspectos, información que apoya las palabras de Miguel en cuanto a los acontecimientos, pero no necesariamente respecto a la forma en que los personajes los conciben y enfrentan. Ni siquiera el amorío de Miguel con Teresa escapa de ser una prueba más de la verdad de los hechos enunciados. Las palabras de Alicia en ese sentido aniquilan cualquier duda. Refiriéndose a Teresa, le asegura al esposo: «La conozco, la he visto, he hablado con ella. ¿Te sorprende?» y agrega después: «Nos hemos prometido no decirte nunca que nos conocíamos, pero ya no tiene objeto esa promesa» (14:70). Al tiempo en que Alicia falta a su promesa y pone en evidencia a Teresa, Miguel se guarda, por haberlo confesado ya, de quedar como un mentiroso y **Quién de nosotros** se salva de parecer inverosímil y se torna, la novela toda, en un texto confesional.

Frente a la escritura, las posiciones de Alicia y Miguel son diametralmente distintas. Miguel escribe por

cobardía, por no tener la suficiente fortaleza para encarar la situación en la cual se encuentra. Desde este punto de vista, Miguel es testigo de su propia flaqueza como varón. Alicia, a quien la actitud del marido la lleva a mirar con desprecio el diario, halla en su propia escritura el medio para salvar su honor ante ella misma y para justificar su decisión de abandonarlo.

La tercera parte de **Quién de nosotros** es un cuento escrito por Lucas acerca de su relación con Miguel y Alicia. Cambia los nombres, pero los acontecimientos narrados calzan con las versiones dadas por los esposos. En su relato, Alicia es Claudia y Miguel es Andrés. Véase el siguiente ejemplo relacionado con el envío de saludos. Dice Miguel en una de sus notas:

Por eso le escribo yo también una carta quincenal, en la que opino sobre política, reniego de mi empleo y detallo los adelantos escolares de Martín y Adelita; carta que termina siempre con unas líneas marginales de Alicia en las que envía «cariñosos recuerdos al buen amigo Lucas» (14:13).

Alicia refiere en su carta:

Llegabas, llegas aún a la tarde y te sientas junto a la radio y pides el mate y hablas del empleo y preguntas por las notas escolares de los chicos y dices que anoche le escribiste a él y me pides que agregue unas líneas y envíe, como siempre, «cariñosos recuerdos al buen amigo Lucas» (14:70).

Y Lucas narra en su cuento:

Andrés respondía con tediosas lamentaciones, se quejaba de la vida y del empleo, de su sueldo y de sus vicios; nunca de Claudia, claro, porque Claudia agregaba al final sus recuerdos cariñosos (14:86).

Siguiendo esta técnica narrativa, Benedetti hace calzar las tres versiones dadas por los tres personajes en sus textos escritos y afirma el carácter realista de la novela con base en un cuidadosamente elaborado efecto de verosimilitud.

El cuento de Lucas juega un papel fundamental en la programación de una lectura realista. Es presentado como texto imaginario o ficticio, escrito a partir de hechos reales. Con tal propósito, Lucas se encarga de agregar una serie de notas al pie que, por un lado, muestran el proceso de trastrocamiento al cual se someten las situaciones vividas por los tres personajes y, por otro, le permiten al lector tener la impresión de estar mirando, desde atrás, la construcción escritural de ese efecto de verosimilitud; en otras palabras, el lector tiene la impresión de estar ante un proceso de elaboración y no ante el efecto mismo de verosimilitud. Lucas genera su texto a partir de una estética que concibe el texto literario o poético como manipulación, cambio y trastrocamiento de la «verdadera» realidad, esto es, la que viven los sujetos históricos. «Ahora que se fue Alicia, ahora que todavía estoy rodeado de su imagen, de su olor, de su deseo, quiero escribir este episodio tan particular», afirma, y somete los hechos reales a un proceso de «deformación» estética para lograr un «cuento verdadero» (14:77).

En esta primera novela, el problema de la verdad, la realidad y la veracidad, o efecto de verosimilitud del texto literario, es un asunto que, de una u otra forma, aflora en las siguientes cuatro novelas y se encuentra profundamente ligado con la explícita intención de Benedetti de construir novelas realistas. Lucas, escritor de cuentos, asegura: «En todos los cuentos que he escrito puedo reconocer, a diferencia de mis pobres críticos, una tajada de realidad. A veces», agrega, «se trata de mi propia realidad, otras de la ajena; pero siempre escribo a partir de algo que acontece» (14:77). Benedetti, por su parte, también escritor de cuentos, asevera con respecto a la historia de **La tregua**: «Conocí un caso parecido al del libro en una oficina donde yo trabajaba. La historia de un jefe —un cincuentón—, como el protagonista, que se había casado (esto difiere en la novela) con una muchachita que tenía la mitad de años que él» (35:5).

Lucas, indudablemente un sujeto poseedor de cierto conocimiento de la literatura y de las convenciones que delimitan y diferencian la palabra poética de otras palabras, también decide «registrar esa deformación» mediante notas al pie. Dichas notas aclaran, rectifican y anclan los hechos en una realidad producto del cruce del diario, la carta y el propio cuento. Las notas funcionan como síntomas de verdad; indicaciones que, aunque Lucas «las escriba pensando en el lector y use el tono adecuado a su interés», escribe, «serán siempre impublicables, estrictamente personales, con vigencia tan sólo para mí» (14:77). Su decisión de eliminar las notas al pie, en caso de publicar su cuento, tiene una insospechada relevancia en la novela de Benedetti. Con tal resolución, se empieza a mostrar una serie de sujetos en la escritura del novelista

que, como Martín Santomé en **La tregua**, Juan Angel en **El cumpleaños de Juan Angel** y Santiago en **Primavera con una esquina rota** temen ser leídos. Como ellos, Lucas recurre a mecanismos de (auto)censura, con el fin de no poner en riesgo información que considera reservada exclusivamente para él. Sin embargo, en su caso y en el de los personajes de las otras tres novelas, su intención es frustrada por la escritura de Benedetti, quien expone cuanto los personajes intentan mantener en secreto.

LA CONFESION ESCRITA DE UN ALMA SOLITARIA

La tregua explora, con mucha mayor profundidad, la forma textual del diario que usara el novelista en **Quién de nosotros**. Como diario, la novela es una escritura desarrollada y proyectada en la anotación íntima, por lo que en ella se guarda, por el lugar y condición en los cuales se escribe y por su virtual destinatario; es una especie de autobiografía progresivamente construida que, en el caso de Martín Santomé así como en el de Miguel, no siempre son anotaciones diarias, salvo cuando la situación vivida por el personaje se lo pide. La escritura se ejerce cuando lo anotado tiene algún sentido especial, principalmente cuando el apunte se le presenta como un «acto de autoanálisis» (14:145).

Las 176 notas rescatadas en el «diario» o «libreta» tienen inicio un once de febrero y terminan el veintiocho de febrero del año siguiente. Si bien el apunte no se ejercita a diario, llama la atención una sensible ruptura, un prolongado silencio de casi cuatro meses que corresponde

a los días cuando Santomé atraviesa una de las etapas más difíciles de su vida; la realidad se le presenta extremadamente dura, cruel e inexpressable y la escritura se le transforma en una pesada carga de recuerdos. Hay, también, una única vez en la que Santomé se separa de su función de escritor (¿deberíamos decir más bien «anotador»? y se instaura como lector de su diario: «Por primera vez», escribe, «releí mi Diario de febrero a enero» (11:129); una actitud reflexiva y, a la vez, evaluadora de cuanto ha sucedido durante esos meses. De toda suerte, conforme Martín Santomé ejecuta sus anotaciones, hila una historia de sujetos tristes e infelices y articula un mundo mucho más complejo que el de **Quién de nosotros**.

Como novela, **La tregua** es texto bajo el control de la escritura de Benedetti. Como diario, el texto está bajo el control de Martín Santomé. Hay, pues, y como sucede en su primera novela, un claro propósito de explorar las opciones de una doble escritura. Sin embargo y a diferencia de su primera novela, en ésta se somete a examen esa «realidad más honda, diferente, escondida tras la fachada cotidiana, y cuya integral captación y asimilación se define como el objetivo» en las novelas de este escritor (20:146). El lector es transportado más allá de los acontecimientos íntimos de los personajes y, rompiendo las limitaciones de su primera novela, se le permite escrutar «la mediocridad de los burgueses uruguayos» (41:638).

El diario, según se afirmó respecto del cuaderno de Miguel, es, por naturaleza, una escritura íntima. Es palabra de autoconfesión y espejo de la conciencia. Los alcances de lo anotado en él están limitados a un circuito cerrado entre el emisor y el receptor, quienes, en este caso,

constituyen un mismo sujeto. Todo nace y muere sin que nadie más pueda atisbar a través de los muros de ese encierro. De allí no sale palabra. Ni siquiera un sonido. Nada de cuanto se anote es para hacerse público y eso, de alguna forma, justifica que el escritor o anotador pueda decir(se) «Esto lo escribo sólo para mí» (11:88), sin que constituya síntoma de desequilibrio mental, sin correr riesgo de que la palabra quede aislada en los terrenos y las privaciones de la locura; al fin de cuentas, nada, absolutamente nada de cuando se anote en el diario intenta ser comunicación.

El diario de Santomé, a diferencia del de Miguel pero en algún grado semejante a cuanto ocurre con las notas al pie en el cuento de Lucas, es una escritura temerosa, desconfiada, alerta y siempre a la defensiva de la intimidad de su mundo. Allí su yo más íntimo se apunta, se confiesa y reflexiona sin tener necesidad de recurrir a la máscara o al disimulo. Es el ámbito de mayor intimidad, en donde el sujeto tiene altas posibilidades de no ser descubierto con el alma desnuda y expuesto a otras verdades. Esos márgenes de confiabilidad son dados, lógicamente, por la exclusión de cualquier otra lectura. «Si este diario tuviera un lector que no fuera yo mismo», escribe en una ocasión, «tendría que cerrar el día en el estilo de las novelas por entrega: ‘Si quiere saber cuáles son las respuestas a estas acuciantes preguntas, lea nuestro próximo número’» (11:56); no obstante, en su caso, tanto las preguntas como las respuestas solo le competen a él.

Y, ¿cuál es la actitud de Martín Santomé ante otras opciones de escritura? De forma parecida a cuanto ocurre con Miguel, el personaje no da cabida a la alternativa

de «escribir», esto es, a la eventualidad de escribir textos literarios. Su escritura solo puede ser una que no le delate:

¿Escribir? Quizá no lo hiciera mal, por lo menos la gente suele disfrutar con mis cartas. ¿Y eso qué? Imagino una notita bibliográfica sobre «los atendibles valores de este novel autor que roza la cincuentena» y la mera posibilidad me causa repugnancia. Que yo me sienta, todavía hoy ingenuo e inmaduro (es decir, con sólo los defectos de la juventud y casi ninguna de sus virtudes) no significa que tenga el derecho a exhibir esa ingenuidad y esa inmadurez (11:9).

No es el temor a la crítica hacia sus posibles textos lo que amedrenta la escritura; es, más bien, la posibilidad de verse expuesto en sus defectos como persona: su ingenuidad e inmadurez. No obstante, su escritura del diario también sufre los embates de ese temor.

La tensión generada por la conciencia de otro lector, capaz de auscultar su texto y hurgar en sus secretos, lo lleva a ejercer mecanismos de censura que terminan por no incluir cierto tipo de información. Así, por ejemplo, en el apunte del 13 de febrero anota respecto a las palabras de la madre de Laura Avellaneda sobre la muerte de la joven: «Entonces me contó los últimos días, las últimas palabras, los últimos momentos de Avellaneda». Y agrega de inmediato: «Pero eso nunca será anotado. Eso es mío, incorruptiblemente Mío. Eso estará esperándome en la noche, en todas las noches, para cuando yo retome el hilo de mi insomnio, y diga: 'Amor'» (11:134).

Santomé no solo admite la eventualidad de otro lector, quien con su lectura corrompería cuanto él intenta mantener en la más secreta intimidad, también refuerza la idea de la escritura como agresora de su mundo. Por tal razón, lo que ha de mantenerse puro no ha de ser violentado por la grafía de su apunte. La intimidad de su diario vive, entonces, bajo la amenaza de la lectura, así ésta sea la del mismo sujeto que escribe. El lector de Benedetti queda imposibilitado de saber lo acontecido durante las últimas horas en la vida de Avellaneda; sin embargo, siendo la escritura del novelista una cuyo propósito es incursionar en las profundidades de sus personajes y mostrarlos sin consideración alguna, ha de permitir al lector de su novela conocer lo acontecido, no mediante la escritura de Santomé, sino con la escritura de Laura Avellaneda en uno de los poemas incluidos por Benedetti en

Inventario:

usted martin santomé no sabe
al menos no lo sabe en esta espera
qué triste es ver cerrarse la alegría
sin previo aviso
de un brutal portazo

es raro
pero siento
que me voy alejando
de usted y de mí
que estábamos tan cerca
de mí y de usted

quizá porque vivir es eso
es estar cerca

y yo me estoy muriendo
santomé
no sabe usted
qué oscura
qué lejos
qué callada
usted
martín
martín cómo era
los nombres se me caen
yo misma estoy cayendo

usted de todos modos
no sabe ni imagina
qué sola va a quedar
mi muerte
sin
su
vi
da (10:198-199).

No hay lugar para el secreto en los textos de Benedetti. Todo es un espejo que traiciona el silencio buscado por los personajes al convertir su escritura en voz delatora.

A partir del 28 de febrero, último día de trabajo y de su último apunte, a Santomé no le ha de ser necesario estar más a la defensiva ni sospechar de los otros. La tranquilidad será absoluta, completa, pues la escritura se ve sometida a la máxima censura posible: su aniquilación. «A partir del primero de marzo, no llevaré más esta libreta», anota el martes 25 de febrero y se justifica: «El mundo ha perdido su interés. No seré yo quien registre este

hecho» (11:136). Ya en su apunte del viernes 22 de febrero del año anterior había anunciado su decisión de dejar de llevar el diario, salvo que el ocio de la jubilación le permitiera, escribe, la «oportunidad de encontrarme a mí mismo»; eso, agrega, «sí valdría la pena anotarlo» (11:13). Ahora, un año después, «hay un solo tema del que podría escribir» pero, comenta, «no quiero» (11:136). El hombre quien decía sentirse un poco «el Herodoto de la empresa, el registrador y el escriba de su historia» (11:40) no desea dejar más «constancia escrita» (11:14). Abandona la crónica de su propia vida y la de otros, la historia de una crisis social que empieza a invadir, sin reparo alguno, la novela de Benedetti. «Después de tanta espera, esto es el ocio», Santomé anota un día antes de jubilarse, «¿Qué haré con él?», pregunta. ¿Acaso hará lo que también había anunciado un año antes? ¿Acaso simplemente, junto con la muerte de su escritura, se «abandone al ocio, a una especie de modorra compensatoria, a fin de que los nervios, los músculos, la energía, se relajen y se acostumbren a bien morir» (11:14)?

LA CLANDESTINIDAD TAMBIEN IMPONE EL SILENCIO

En **Gracias por el fuego**, Benedetti abandona el uso de la narración mediante sujetos de la escritura y es en **El cumpleaños de Juan Angel** donde nuevamente encontramos ese tipo de relato. En su cuarta novela, Juan Angel enuncia, luego de su primer enfrentamiento armado contra el gobierno y sus cuerpos represivos, su propio proceso de transformación, el salto de la legalidad a la marginalidad y el paso de la pseudoidentidad a su verdadera

identidad. Con tal propósito, el personaje selecciona experiencias significativas de catorce cumpleaños y privilegia el último de ellos como «el cumpleaños» pues, en esa ocasión, celebra la culminación de su trastrocamiento.

La acción final de Juan Angel, al salvar su vida huyendo por el sistema de cloacas de la ciudad, constituye el atravesar la dimensión oculta, podrida y corrupta del país. Todo un viaje a las profundidades del infierno, una especie de muerte, para emerger luego a la luz; sabiduría y madurez con las cuales el guerrillero narra (¿escribe?) en versos lo ocurrido, menos el transitar por las entrañas malolientes del país. El viaje a la oscuridad se sumerge en el silencio; de eso, la escritura de Benedetti solo permite conocer al hombre nuevo y su palabra revolucionaria.

La autocensura ejecutada por Juan Angel no puede sino ser interpretada como resultado de un (pre)sentimiento constante de agresión. La escritura se siente perturbada por la eventualidad de otra lectura, a la que parece abrirse con recelo. Como en **Quién de nosotros** y **La tregua**, la grafía deviene un espejo potencialmente peligroso. En un encuentro con uno de los miembros de la organización subversiva, dice Osvaldo Puente (Juan Angel):

a las siete y media llega el profanador con la
 puntualidad de un latido
 no voy a describirlo por razones obvias
 y menos que menos con ellos mirándome (5:68).

El personaje se muestra cauteloso ante la posibilidad de descubrir y delatar al «profanador». Tiempo después,

Juan Angel ofrece un excelente ejemplo de los mecanismos de censura aplicados a su palabra:

aquí viene un amplio espacio en blanco por motivos que no vale la pena mencionar

y cuando me hubieron explicado todo y cuando todo lo memoricé y cuando estuve seguro de la calle que anoté en la vesícula y del nombre que consigné en el páncreas y de la contraseña que escribí en el esternón y del mensaje que registré en el bazo y de la noticia que apunté en la tiroides

recién entonces me senté en el suelo y aflojé la corbata y el estómago y supe que estaba regocijadamente cansado o para ser más exacto muerto de cansancio como si por fin alguien hubiera desatado todos los nudos de mi sistema nervioso y de mi sistema cardiovascular y de mi sistema digestivo y de mi sistema linfático y hasta de mi sistema métrico decimal (5:78-79).

¿Qué se calla? ¿Por qué motivo? ¿Para quién no vale la pena mencionarlos? ¿Por qué razón o razones Juan Angel mantiene al destinatario al margen de ese conocimiento que sustituye por un amplio silencio? Ciertamente, hay toda una intención de no permitir dejar huella o testimonio. Ninguno de esos datos (explicación, calle, nombre, contraseña, mensaje y noticia) queda en el papel. Se guardan en secreto en la memoria, la vesícula, el páncreas, el esternón y el bazo; lugares todos donde no se puede escribir y a donde absolutamente nadie más

puede llegar, salvo mediante la tortura. En todo caso, la censura aplicada por el personaje le ofrece la seguridad de evitar la lectura no solo de quienes habitan ese mundo, sino también la del mismo lector de Benedetti.

Los mecanismos de censura en esta novela actúan y producen un resultado idéntico al de las primeras dos novelas, pero las razones para su puesta en práctica son distintas. Aquí no se trata de vedar una información de naturaleza íntima ni de resguardarla para mantenerla inmaculada. En **El cumpleaños de Juan Angel** el mecanismo se justifica como procedimiento para proteger la identidad y la vida de los hombres y las mujeres quienes, desde la clandestinidad, intentan hacer volar el orden impuesto por el sistema. Un mecanismo de ocultación totalmente coherente con la práctica de la sustitución de los nombres de esos sujetos revolucionarios.

ESCRIBIR PARA PERMANECER UNIDOS

Primavera con una esquina rota está compuesta por cuarenta y cinco partes. De ellas, las cinco tituladas «Intramuros» corresponden a cartas enviadas por Santiago a su esposa Graciela en el exilio; las dos tituladas «Extramuros» son relatos (escritos) de Santiago sin destinatario aparente, luego de salir de prisión, y nueve partes tituladas «Exilios» constituyen escritos del propio Benedetti con respecto a la experiencia suya en el exilio y a la de otras personas conocidas. El resto de las partes está constituido por siete narraciones de don Rafael, padre de Santiago, siete de Beatriz, hija de Santiago, trece de un narrador no identificado y una narración de Angel, un excompañero de lucha de Santiago.

En esta novela, Benedetti vuelve a utilizar personajes como sujetos de la escritura de una forma abundante y los insta en la comunicación epistolar ensayada, como se podrá recordar, en **Quién de nosotros**. Este giro y énfasis dados a la escritura en su quinta novela reviste un interés particular por los diversos factores y motivos que alientan los mecanismos de censura y auto-censura y por las actitudes que, como resultado, muestran los personajes ante la opción de escribir.

La carta, aun cuando pueda tener una naturaleza íntima o personal, implica una apertura de los límites impuestos por el diario. Quien escribe lo hace con la clara intención de hacer llegar su texto a un sujeto distinto de él mismo. En tal sentido, la actitud del personaje muestra, en esa relación del emisor con el receptor, una actitud mucho menos tensa que la de sujetos como Santomé en **La tregua** e, inclusive, Miguel y Lucas en **Quién de nosotros**. Las cinco cartas de Santiago están dirigidas a su esposa Graciela. El lector llega a enterarse del intercambio epistolar entre Santiago, don Rafael y Beatriz, pero las cartas del padre y de la hija del prisionero no son transcritas como capítulos en la novela; a ellas solamente se les hace referencia o se expone parte de su contenido.

La carta constituye el medio apropiado y único para mantener contacto entre Santiago, privado de libertad, y los miembros de su familia en exilio forzoso; pero, aun más que eso, es la forma de sobrellevar el aislamiento. «No sabés lo importante que es una carta para cualquiera de nosotros», le dice a Graciela y agrega: «Cuando hay recreo y salimos, de inmediato se sabe quiénes recibieron cartas y quiénes no. Hay una extraña iluminación en

los rostros de los primeros, aunque muchas veces traten de ocultar su alegría para no entristecer más a los que no tuvieron esa suerte» (13:14-15). Utilizando imágenes profundamente poéticas, Benedetti establece vínculos entre las estaciones, los estados de ánimo de los personajes y la correspondencia epistolar: «Donde está mi papá llegó justo ahora el otoño y él me escribió que está muy contento porque las hojas secas pasan entre los barrotos y él se imagina que son cartitas mías» (13:30-31), comenta Beatriz.

La escritura es valorada por Santiago como un mecanismo para reflexionar sobre sus rasgos personales, la condición de prisionero y sus opciones de vida futura. «Puedo reflexionar mejor», le escribe a Graciela. «Aprovecho para escribirte porque hay luna. Y la luna siempre me tranquiliza, es como un bálsamo. Además ilumina, así sea precariamente, el papel, y esto tiene su importancia porque a esta hora no tenemos luz eléctrica» (13:13).

La carta, por ser un texto generalmente corto y fácil de esconder, puede esquivar, con mayores posibilidades de éxito, los medios que constriñen la libertad del sujeto preso. «Hoy precisamente desempolvé la carta clandestina, la única que hasta ahora (todavía ignoro cuál fue el insólito canal) pudo enviar con total garantía de que no pasara por la censura carcelaria» (13:138), comenta don Rafael con respecto a una carta enviada por el hijo; en ella, éste le confiesa haber matado, en su época de subversivo, a un primo miembro de las fuerzas represivas y le dice: «Ya ves que lo arriesgo poniéndolo aquí en blanco y negro, por máxima que sea la seguridad en el correo, y sin embargo lo hago porque ya no puedo llevarlo

a solas» (13:139). La escritura, entonces, también es una vía confesional que alivia la conciencia.

La decisión de burlar las fuerzas represivas y sus mecanismos de censura posibilita la solidaridad entre los internos y los impulsa a un ejercicio escritural en el cual la autocensura y el cálculo adecuado de la comprensión por parte del destinatario y el margen de descuido o incompreensión del censor hacen posible la comunicación. En medio de la falta de libertad, «nosotros no nos dejamos vencer así nomás», le dice Santiago a Graciela, «nosotros también organizamos nuestra campaña anti clausura, y escribimos cartas, considerando simultáneamente al destinatario y al censor, o proyectos de cartas donde por costumbre seguimos autocensurándonos pero somos un poquito más osados, o masticamos libres monólogos como éste que ni siquiera llegará al papelucho y sus límites» (13:86). Hay total claridad respecto a las condiciones en que se vive y absoluta claridad en cuanto a la necesidad de resistir y desafiar los obstáculos.

El uso de claves es una de las formas mediante las cuales la escritura epistolar puede esquivar el escrutinio de la censura carcelaria y, así, cumplir su función comunicativa. Para saber si su padre entiende la situación que el hijo le plantea, éste le indica: «si por lo menos la comprendés, arreglate para que dos líneas antes del saludo final, figure la palabra entiendo. Si en cambio te parece algo abyecto o inadmisibile, entonces arreglátelas para escribir no entiendo» (13:145). Santiago puede medir con relativa precisión los alcances de la censura en cuanto escribe. En una ocasión, al comentarle a su esposa que exilio «será una palabra clave en este decenio», agrega

calculando el rango de ese alcance censorador: «Sabes, es probable que alguien tache esta frase» (13:36); pero la frase es afirmación de una verdad urgida de ser concretada en palabras y el personaje, desafiando la autoridad de quienes lo tienen recluido, la deja en el papel para él, para su mujer y para el eventual lector de Benedetti.

El ejercicio de escritura llevado a cabo en las otras dos partes de Santiago, no presenta ni la naturaleza epistolar ni obedece las convenciones en las cuales se sostienen sus seis cartas. El texto sufre transformaciones que, de inmediato, remiten al lector a la palabra del protagonista en **El cumpleaños de Juan Angel**. Se exhibe, entre otras, una cierta libertad gráfica fundamentada en el no uso de mayúsculas para los nombres propios, la eliminación de todo signo de puntuación, y una manera de redactar que más pareciera acercarse al fluir del pensamiento que a la huella de la grafía. La clave tipográfica # es la única evidencia de que se trata de una escritura. De toda suerte, la palabra de Santiago en estas dos partes es, ciertamente, una que ya no considera «al censor» y cuyo único destinatario parece ser el propio Santiago; esto es, una escritura que retorna a los ámbitos íntimos del diario. ¿Acaso ello implica el inicio de un ejercicio escritural privado, al estilo de Miguel y Martín Santomé?

Quienes viven extramuros también deben considerar «al destinatario y al censor». «Ciertos tópicos no pueden lógicamente mencionarse en una carta a un preso, que por añadidura está en la cárcel por subversivo» (13:54), afirma don Rafael. El padre de Santiago da fina muestra de los mecanismos de autocensura aplicados en sus cartas al hijo: «En cuanto a otros asuntos soy yo quien

no quiere mencionarlos» (13:54). A pesar de no funcionar como un personaje sujeto de la escritura en sentido estricto, pues su texto no constituye un capítulo o parte de la novela, don Rafael resulta de mucho interés porque su reflexión sobre el tema del exilio complementa el tratamiento del tema llevado a cabo por Benedetti en los capítulos titulados «Exilios», y porque la escritura literaria ha sido uno de sus objetivos. De una manera que hace recordar al Santomé de **La tregua**, el padre de Santiago comenta respecto a las posibilidades de una escritura literaria y su actitud autocensuradora: «¿Otra novela? No. Ya es suficiente con un fracaso. Quizá un libro de cuentos. No para publicar» (13:55).

Uno de los aportes e innovaciones de mayor relevancia en **Primavera con una esquina rota** es la demostración directa de la escritura de Mario Benedetti como palabra de autor, esto es, como palabra de autoridad y veracidad con una categoría distinta de la palabra de los personajes. Nueve partes tituladas «Exilios» constituyen una conmovedora secuencia de aspectos relacionados con la propia experiencia de Benedetti como exiliado y con la de sujetos históricos a quienes el escritor rescata y presenta como individuos ejemplares y víctimas de los sistemas despóticos. En ellas, el escritor no incursiona en el desarrollo de la historia que ocupa a la novela, pero contribuye a tener un parámetro adecuado frente al cual valorar y (re)vivir esa historia de Santiago y los suyos.

**DEL ABSURDO A
LA CONCIENCIA
POSREVOLUCIONARIA**

*Empezamos amando y siendo
transigentes
después vimos llenarse de
sangre los pavimentos
y no pudimos seguir siendo
parejos en el amor.*

Gioconda Belli, **El ojo de mujer**

La novela de Mario Benedetti tiene, entre sus muchos puntos de interés, uno que reviste particular importancia: la progresiva configuración de un proceso de conciencia crítica en sus personajes. Tal proceso muestra ciertas etapas en plena correspondencia con un cambio semejante en la vida del propio novelista. Por tal motivo, el delimitar esos factores de cambio permite no solamente observar el desplazamiento del sujeto, sino también los principios éticos que Benedetti asumió en su momento y que, de distintas maneras, esperó que el lector entendiera y siguiera como ejemplo. La intuición y posible cristalización de una América más justa y en estrecha unión con el resto del mundo está en la base misma de esa conciencia profundamente cuestionadora y apegada a la esperanza de que tal cosa es viable.

EL LIMBO DE LAS PEQUEÑAS CRISIS

El mundo de **Quién de nosotros** se desorienta por la falta de fe en la ley y el orden de una certeza por encima de las verdades humanas: Dios. Los personajes están exentos de la angustia del pecado, igualmente, de la posibilidad de salir del laberinto en el cual se encuentran atrapados. No tienen fe de ser redimidos algún día. «El cielo gris, cercano, que difunde mi ventana», Miguel escribe en su libreta, «es —también él— un mediocre, un cielo sin Dios y sin sol» (14:15). La carencia de religiosidad hace que la conducta del sujeto se precipite a vivir el presente como la única opción viable. No existe la idea de una realidad más allá de ésta, ni temor alguno de un purgatorio ni de un infierno. No hay sospecha, siquiera, de otras responsabilidades para el logro de su salvación ni una mínima posibilidad de cielo. El «Verbo de Dios», tan necesario para el Benedetti de entonces como forma de restringir las conductas negativas de sus conciudadanos, es una total ausencia en esta novela y, como muestra de ello, los personajes viven al filo del vacío: «Lucas está aquí, como una limitada, como una insólita, accesible felicidad, y yo, con las disculpables culpas que tú y yo conocemos, y que sólo me molestan como un mal menor, como un dolor de muelas o un lumbago, quiero asir la ocasión», escribe Alicia, «quiero ofrecerme a él, porque él es el presente y yo creo en el presente. Después de todo, es la única religión disponible» (14:75).

Miguel, Alicia y Lucas experimentan una profunda falta de religiosidad como la causa de esa atmósfera asfixiante en que viven, pero, al mismo tiempo, resulta una

ausencia absolutamente imposible de evitar. «Éramos tan sólo la confirmación de que el mundo es un callejón sin salida, una trampa sin código, un excesivo y bárbaro caos», anota Miguel, y recupera las palabras de Alicia ante esa verdad del marido: «El único consuelo es entrar en el caos, volverse caótico también» (14:52-53). Las palabras de la esposa, reconocidas por el marido como eco de sus propias palabras, remiten a la conciencia de los personajes del Absurdo quienes, ante la aterradora oscuridad de la existencia, cierran los ojos e, impotentes, se internan en ella.

Dios, quizá más bien su «indiferencia», es parte de «la absurdidad de la existencia», sostiene Miguel; vacío frente al cual el sujeto pasa de la angustia a la calma, convertida ésta en puro «hastío» (14:55). Todo lo ocupa el caos. El sentido que garantiza la ley y el orden vuela en pedazos y, con él, también la fe, el arraigo y cualquier práctica vivencial que, eventualmente, pudiera restaurarlo. Atrapados en esa crisis de seres solitarios, ante esa realidad donde nada se constituye en asidero confiable y salvador, toda posible conciencia es arrasada por la obsesión de la muerte, como «la única puerta en un recinto asfixiante», y por una «esperanza» paradójicamente pesimista de «no estar» (14:54), de no ser, o de ser, sólo parte de la nada.

LA CONCIENCIA DESPIERTA EN EL PURGATORIO

Con **La tregua**, la novela de Benedetti inaugura su intención de presentar una conformación socioeconómica

mucho más claramente perfilada que en **Quién de nosotros**, de manera coherente con la progresiva lucidez alcanzada por el escritor en su escritura ensayística con respecto a la crisis de Uruguay. Aquí, el novelista empieza a reflexionar sobre los medios de comunicación de masas, como uno de los factores de poder que han generado el estado de deterioro nacional. Insertos en las redes de poder, los diarios aparecen cumpliendo funciones muy específicas. Su responsabilidad es la formación de una cierta opinión pública, un estado de conciencia bien palpable mediante la discursividad de los individuos y una receptividad que asegure a dichos canales de opinión el lugar óptimo para operar con eficacia. Intimamente ligados con otras instancias inculcadoras de ideología, los diarios rápido pueden cubrir extensas capas de población y, con ello, devenir medios idóneos para la formación de un determinado tipo de sujeto. Tras el objetivo de formar una opinión pública, lo cual forzosamente implica la eliminación de la diferencia y de la capacidad de disentir, en épocas de crisis los medios de comunicación de masas algunas veces no aparecen como instancias desde las cuales se cuestione y exija el cumplimiento de responsabilidades ciudadanas y el apego a valores sino todo lo contrario, funcionan como máscaras que, tras la apariencia de la solidez moral, se benefician con la corrupción.

En **La tregua**, preso entre los remanentes del absurdo transformado en rutina y con una actitud de sobresalto, Martín Santomé percibe cómo los medios escritos de comunicación de masas se apoyan, forman cadena, utilizan las mismas estrategias, comparten las ganancias y se aseguran la opción de continuar haciéndolo. Tras nombres y fachadas distintas, se protegen con la prédica

de que, como en el libre juego de fuerzas requerido por el sistema democrático, ellos se disputan el patrimonio de la verdad y constituyen la prueba misma de tal certeza, el espíritu decantado de la criticidad pura y la vía inmaculada para conocer la realidad del país.

La incipiente conciencia crítica de Martín Santomé tiene su impulso en la lectura de los diarios. El es un asiduo y ávido lector de periódicos: «En la segunda parte de mi festín», dice, «entran los diarios. Hay días en que los compro todos» y, por tener acceso a todos ellos y constatar las semejanzas de su discurso más que las diferencias, empieza a reconocer la configuración de la máscara, así ésta muestre gestos aparentemente distintos. Por eso, lee para «reconocer sus constantes». **El Debate**, **El País**, **La Mañana** y **El Día** son diferenciados por «el estilo de cabriola sintáctica en los editoriales», «la civilizada hipocresía», «el mazacote informativo (...) apenas interrumpido por una que otra morisqueta anticlerical» y «la robusta complexión» mostrada por cada uno de ellos. Se exhiben recubiertos de una apariencia de heterogeneidad, de libre competencia, de defensa de los principios que le son específicos a cada uno y de los objetivos particulares, mas, apunta Santomé en su propio diario íntimo: «Qué diferentes y qué iguales» (11:94).

Unidos en la supuesta construcción de una verdad transindividual, pero sustentados en la violación de esa misma verdad, los diarios se revelan como parte de un engranaje macabro, elementos de un sistema que atenta contra el bien social y la moral requerida por el Benedetti de fines de los años cincuenta. Son parte de una corrupta red de poder que socava los fundamentos, los valores y la

palabra de hombre sobre los cuales Uruguay emergió como nación. Santomé ha descubierto ese juego mafioso y lo expone con suficiente lucidez: «Entre ellos juegan una especie de truco, engañándose unos a otros, haciéndose señas, cambiando de parejas. Pero todos se sirven del mismo mazo, todos se alimentan de la misma mentira» (11:94). El «truco» consiste en escenificar el libre fluir de la información y en generar, de tal suerte, un espíritu pseudodemocrático, un parecer ser. En tales diarios, a semejanza de cuanto sucede en otros países latinoamericanos, la crítica auténtica es neutralizada, imperan los intereses transnacionales y se manipula todo aquello que, por casualidad, pueda poner a un rotativo en la línea de fuego; todo ello en aras de sostener un mercado de lectores relativamente homogéneo en sus gustos, exigencias y, sobre todo, en la opinión que éstos tengan respecto de la situación en que viven. De tal forma, quedan salvaguardados un amplio espacio de dominio y una repartición más o menos equitativa de dicho poder. ¿Qué mejor forma de ejemplificar el auténtico espíritu democrático?, preguntaría un cínico. Santomé, incorporando la defensa de la honestidad y la recuperación de valores, observa con respecto a esa ficción de la verdad y de la vida ciudadana:

Y nosotros leemos, y, a partir de esa lectura, creemos, votamos, discutimos, perdemos la memoria, nos olvidamos generosa, cretinamente, de que hoy dicen lo contrario de ayer, que hoy defienden ardorosamente a aquél de quien ayer dijeron pestes, y, lo peor de todo, que hoy ese mismo Aquél acepta, orgulloso y ufano, esa defensa. Por eso prefiero la espantosa franqueza del Palacio Salvo, porque siempre fue horrible,

nunca nos engañó, porque se instaló aquí, en el sitio más concurrido de la ciudad, y desde hace treinta años nos obliga a que todos, naturales y extranjeros, levantemos los ojos en homenaje a su fealdad. Para mirar los diarios, hay que bajar los ojos (11:94).

Indudablemente, Martín Santomé se encuentra a mucha distancia de la conciencia social mostrada por Miguel, Alicia y Lucas. El propio Benedetti establece una vinculación causal con sus personajes en **La tregua** y acepta que, «con toda la distancia que va del autor a los personajes», en sujetos como Santomé, Laura Avellana y Diego, se ejecuta «el proceso que el país empezaba a transitar» por eso de 1957; personajes que «empiezan a transformar la preocupación social en preocupación política», mientras la mayoría de los uruguayos «daban la espalda al país y a América Latina» y, por tal motivo, asegura, «esa actitud los ubica un pasito más adelante del promedio de los uruguayos» (24:31).

Sin embargo, esos destellos de una conciencia sociopolítica lúcida en Santomé no parecen llegar más allá de las páginas de su diario íntimo. El ha pasado a ser parte de los semirresignados del país. Véase por qué, entre otras razones, el personaje no alcanza la estatura necesaria para erigirse como sujeto moralmente capacitado para ilustrar una conciencia crítica y una acción coherente con ella. Respecto a la grave crisis que azota a Uruguay, señala Benedetti en **El país de la cola de paja** en 1960: «En realidad estamos viviendo la segunda etapa de la crisis. En la primera el hombre con escrúpulos morales no daba ni recibía coima, sólo el inmoral las aceptaba». Y agrega:

«En esta segunda etapa que vivimos, el hombre con escrúpulos sigue resistiéndose a recibir coima, pero en cambio se siente empujado a darla, aun con todas las repugnancias éticas que el hecho implica y al solo efecto de no verse infinitamente postergado» (7:17). Santomé, haciendo eco de lo dicho por Benedetti, escribe acerca de una conversación sostenida con su amigo Aníbal: «'No se puede hacer nada', dice la gente. Antes sólo daba coima el que quería conseguir algo ilícito. Vaya y pase. Ahora también da coima el que quiere conseguir algo lícito. Y esto quiere decir relajo total» (11:47). No obstante, el mismo Santomé se ve en la necesidad de dar una mordida a un sujeto para obtener su jubilación: «La tentación es grande. Bueno, era grande. Porque ya caí» (11:62) y, con su caída, pasa a engrosar las cada vez más grandes filas de los resignados.

Es la figura del novio de Blanca, hija de Santomé, quien parece empezar a alzarse por encima de la modorra moral que carcome al país. Diego, «un preocupado» que tiene la virtud de estar contagiando a otros su preocupación por el deterioro del país, incorpora una palabra dispuesta a encontrar sitio más allá de la segura discreción del diario íntimo de su futuro suegro. En una línea de pensamiento semejante a la de Santomé, al joven «le parece funesta la apatía de nuestra gente, su carencia de impulso social, su democrática tolerancia hacia el fraude, su reacción guaranga e inocua ante la mistificación» y que «exista un matutino con diecisiete editorialistas que escriben como un hobby, diecisiete rentistas que desde un bungalow de Punta del Este claman contra la horrible plaga del descanso, diecisiete pitucos que usan toda su inteligencia, toda su lucidez, para henchir de habilidosa

convicción un tema en que no creen, una diatriba que en el fondo de sí mismos consideran injusta». Y ese disgusto en Diego quiere encontrar la «pasión» y «los gritos» ausentes en Santomé; desea «gritarle en el oído a la gente» para sacarlos de una sordera que, en el fondo, es tan solo una «cobarde y malsana» autodefensa; anhela conseguir que «se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco», pues el día cuando «el uruguayo sienta asco de su propia pasividad, ese día», asegura el joven, «se convertirá en algo útil» (11:122). Podrá ser cierto, tal y como lo asegura Santomé, que a Diego le hace falta «un poco de coherencia», pero el futuro yerno tiene la voluntad y la fuerza para intentar realizar «algo rebelde, positivo, estimulante, renovador». Diego encarna una conciencia despierta y aguda y, más importante aún, una decisión de no quedarse en la estéril rabia de la palabra ni en la sola reflexión, por profunda que ésta sea, de los factores causantes de la crisis social uruguaya. En **La tregua**, se asiste al nacimiento de un sujeto movido por esos factores desequilibrantes, en un imparable proceso de transformación.

LA CONCIENCIA EN EL INFIERNO

En **Gracias por el fuego**, Benedetti orienta su escritura hacia una exploración mucho más profunda de la crisis. Ausculta las clases que usufructúan del poder y ahonda en la crítica a los medios de comunicación de masas como sus eficaces instrumentos. El escritor penetra hasta la intimidad de sujetos tales como Edmundo Budiño, dueño de un periódico y editorialista de primera

línea en el país, para exhibirlo en su hipocresía, corrupción y falta de verdad. Al inicio de esta novela, en la ciudad de Nueva York, se empieza a esbozar la figura de Edmundo como la concreción misma del poder. Su nombre, asociado a la verdad y a la imagen del patriarca, es parte del conocimiento cotidiano:

¿Usted es algo de Edmundo Budiño? —pregunta Ruth Amezua, a la izquierda de Ramón.

—Soy el hijo.

—¿El hijo de Edmundo Budiño, el del diario?— siente Ramón que otra voz, la de Marcela Torres de Solís, pregunta a su derecha.

—Sí, señora, el del diario y el de la fábrica.

—Caramba— dice Fernández, asomándose por detrás de Ruth—. Entonces usted es todo un personaje.

—En todo caso el personaje es mi padre. Yo sólo tengo una agencia de viajes (9:13).

El novelista expone el poder de la inmoralidad mediante la relación padre (Edmundo) e hijo (Ramón). Edmundo, al tiempo en que se le presenta en sus relaciones afectivas, es observado y juzgado en cuanto a su forma de manejar los asuntos económicos y su diario. El ha sabido utilizar las tácticas más deshonestas para conseguir sus objetivos. Sabe cómo censurar y aniquilar a quienes se le enfrentan o pueden significar un eventual peligro. Tras la imagen respetable del casi prócer de la patria, existe un ser incapaz de vivir si no es dominando, neutralizando y destruyendo a los demás. Su vida es ejemplo del supremo egoísmo. «El es un egoísta, ¿quién lo duda?», afirma Gloria, su amante. «El más estúpido egoísta de

la vasta zona comprendida entre el río Cuareim y el Río de la Plata, entre el río Uruguay y la Laguna Merim» (9:89).

¿De dónde proviene el poder de Edmundo Budiño? Es resultado de la condición de crisis general pero, especialmente, del desastre moral que corroe los cimientos del país. El ha descubierto un aspecto fundamental para sus intereses: una sociedad donde los individuos carecen de un compromiso honesto con la colectividad y con ellos mismos, un país donde, como afirmara Martín Santomé, los no resignados han pasado a ser semirresignados y éstos, a la vez, se han transformado en una enorme capa de resignados, es una presa fácil de la manipulación de hombres como Budiño. «Te diré más aún: de muchacho pensé que quería saber dónde estaba el fondo de este país, porque sólo sabiendo donde está el fondo verdadero, uno puede apoyarse. Y empecé mis sondeos. Una mentira y no toqué fondo; una burla y no toqué fondo; una superchería, y tampoco; una estafa monetaria, y nada; un fraude moral, menos que menos; coacción, presiones, chantaje, y cero; ahora», le confiesa Edmundo a su nieto Gustavo, «reparto armas a los nenes de mamá, llevo a cabo campañas calumniosas. Pero te confieso que me estoy aburriendo. ¿Es que este país no tiene fondo?» (9:89-90).

Edmundo ha construido sus redes de dominio sobre el convencimiento de que Uruguay, su democracia, su imagen de equilibrio, equidad y paz son simplemente un mito, una mentira, un mero engaño nacional. El mismo es parte de esa mentira y no necesariamente porque lo quiera, sino porque el país lo necesita: «¿Qué más suciedad puede lograr el nombre Budiño que la que yo le

he otorgado, con el general beneplácito de la nación, esa misma nación que en castigo me ha convertido poco menos que en prócer?» (9:90-91). «Si hice plata», afirma sin vergüenza alguna, «es porque pienso en grande, porque además le muestro a este podrido país mi cara respetable y pundonorosa que es la única cara que les gusta mirar» (9:56). La fuerza de su discurso nace de la debilidad, complacencia y resignación de los demás. Edmundo conoce a cabalidad los múltiples juegos permitidos por el sistema y, por tal motivo, no los respeta; en la democracia se hace «caca», pero justo el sistema le sirve «para ganar plata» y, con tal fin, se presenta como «Demócrata con todas las mayúsculas», de la misma forma en que lo hacen Strossner y Somoza, «dos de los míos» (9:78), afirma.

En un giro radicalmente opuesto al limbo donde Miguel, Alicia y Lucas libran sus pequeñas crisis amorosas, o al purgatorio en donde Santomé encuentra su tregua personal y esboza algún grado de conciencia social, el infierno de **Gracias por el fuego** exhibe la intervención de factores mucho más convincentes para explicar la crisis de Uruguay y el emerger de comportamientos inquietos y combativos en algunos de sus personajes. Se pone en la mira la intervención de los Estados Unidos de América. De hecho, Edmundo, enemigo acérrimo del comunismo, es una especie de dictador en el marco de la legalidad democrática representativa que practica y, supuestamente, promueve y apoya la potencia del norte. Edmundo es la ilustración misma de esa práctica democrática alabada por el **Time**; él conoce los mecanismos y los términos de la estrategia a la perfección. Si para los estadounidenses la democracia reside en permitir que «todo el mundo vote y pase el week-end leyendo tiras

cómicas», si para ellos el objetivo es «aprovechar al máximo el trabajo pichincha del chusmaje latinoamericano», para él, aplicarlos al interior de uno de esos paisitos latinoamericanos consiste en «escribir todos los días un editorial de ejemplar madurez y corrección política y telefonarle en seguida al Jefe de Policía para que les dé garrote a mis obreritos en huelga» (9:78). Como los dictadores con los cuales experimenta un claro sentimiento de hermandad, la explotación y la manipulación le resultan los medios apropiados.

En esta tercera novela, el poder de los corruptos es fruto directo de un vasto sistema que vincula la institucionalidad uruguaya con la coyuntura histórica de los países latinoamericanos en su relación con los Estados Unidos de América. Pero ese poder se cristaliza en los medios de comunicación de masas principalmente, pues éstos constituyen las instancias para hacer circular el discurso legitimador de esas relaciones en nombre de la paz, el progreso, la democracia y la igualdad ante la ley. Edmundo es apabullantemente certero en la falsedad de ese discurso y esos medios: «Mi diario es negocio y lo de ustedes», le dice a Gustavo, «quiere ser principios, moral política, etcétera, etcétera» (9:77). Al menos en un asunto Edmundo Budiño es honesto: acepta su deshonestidad. Su objetivo es el dinero, no el compromiso con el mejoramiento de la realidad nacional. El no tiene ese tipo de preocupación y, al no tenerla, jamás estaría en capacidad de pedirle «perdón a la sociedad»: «¿Y la conciencia?», se pregunta. «Eso es lo tremendo», se responde. «Yo no tengo. O si tengo nunca la he encontrado» (9:91), agrega.

Cuanto el novelista cuestiona en **Gracias por el fuego** corresponde, en la historia de América Latina y en gran parte del mundo, a una comunicación que «sigue los patrones de la economía: poder transnacional y monopolístico; información como mercancía; estandarización de valores, gustos, costumbres; estructura autoritaria» (28:13). En otras palabras, los medios de comunicación funcionan como instancias sígnicas que, junto a otras prácticas discursivas, programan una conformación social que les permite seguir operando para su propio beneficio como instituciones privadas comerciales, como aparatos reproductores de las condiciones que les aseguran la venta de sus productos y la aceptación de su función diseminadora de la verdad.

Ante la palabra de Edmundo, toda otra se aniquila, se derrumba. Su verdad, aun siendo falsa y podrida, interviene en la opinión pública mediante los editoriales en **La Gaceta**, pues su discurso se encuentra legitimado como el propio de la democracia, la justicia y el orden. En un enfrentamiento con su hijo Ramón, se atreve a despejar toda duda al respecto: «¿Y quién te va a creer a vos, que sin mí no sos nada, nada menos que contra la palabra del doctor Edmundo Budiño, quien según el artículo inteligente y envenenadito que **Time** consagrara el mes pasado a nuestra pequeña democracia representativa, émula de Suiza, figura entre las cinco personalidades más relevantes del panorama político uruguayo?» (9:114). El hijo, parte de esa creciente ola de resignados, se ve reducido por la palabra amenazante del padre. A pesar de ello, Ramón le ha descubierto en su verdadera naturaleza y eso, de alguna forma, ha de iniciar la caída del casi prócer.

Contrario a la debilidad mostrada por su padre, el joven Gustavo continúa una línea de pensamiento combativo ya inaugurada en la novela de Benedetti por Diego en **La tregua**. Gustavo es parte de una generación que, a diferencia de la de Ramón, no solo experimenta el autoasco sino que, también, «tiene la suerte de haber desembocado», según el padre, «en un mundo que está reconociendo sus vergüenzas, que está decidiendo jugar su suerte, que está convirtiendo en algo seguro la antigua y remota posibilidad de su salvación» (9:35). Entretanto sujetos como Ramón y el mismo Diego, no obstante su «claridad como para reconocer que la injusticia del sistema» es «insultante para el género humano», estaban reducidos a los límites de la sola verbalización de su inconformismo, el nieto de Edmundo Budiño ha encontrado un asidero mucho más esperanzador. Mientras para el padre individuos como Edmundo son «invencibles», para el hijo son destructibles.

La posición de Ramón responde, en mucho, a la sostenida durante años por el Benedetti de **Quién de nosotros** y **La tregua**. Para entonces, el novelista no parecía haberse percatado de que la crisis de su país, en la cual había centrado su novela, no era solo moral sino más bien de naturaleza económica y política. Ciertamente es que en **El país de la cola de paja** tocó ambos factores, pero no encontró en ellos la causa del desequilibrio nacional. Toda actividad social parecía estar fundamentada en una codificación de conductas y en el requerimiento de ciertas formas de proceder valoradas por el escritor como buenas, normales y verdaderas. Ante la corrupción social, Benedetti reclamaba el ajuste de la conducta ciudadana a patrones reconociblemente patriarcales. Lo político y lo económico se equilibrarían de manera automática:

Por eso, cuando los oradores políticos, los editorialistas o los comentaristas radicales, hacen caudal de la crisis económica que destroza el país en sus varios niveles de vida, uno se pregunta por qué se dejará siempre intocada la tremenda crisis moral que nos viene destrozando desde mucho antes de que el peso uruguayo tomara el cuestabajo. Prensa, radio y políticos (que en realidad son un solo y lamentable conglomerado) saben, en el más encubierto fondo de sí mismos, que si en lo económico pueden arrojarse mutuas culpas y responsabilidades, en lo moral, en cambio, todos han participado, con fruición compartida, en el paulatino descarte de lo digno, de lo decente, de lo casi decente (7:16).

Con su prédica moral —paradójicamente saturada de pesimismo—, Benedetti trata de llenar un silencio cómplice y de poner el dedo sobre la llaga. De allí, sus personajes encerrados en la vociferación de tales males. Por sobre lo político y lo económico y por sobre los medios de comunicación al servicio de ellos, el factor moral era más peligroso inclusive, pues atentaba contra un orden, una ley y una ética superiores. «La dignidad, la decencia, la honradez, siguen figurando en el léxico de los grandilocuentes, pero cada vez significan menos» (7:16). A semejanza de cuanto sucede con tipos como Edmundo Budiño, se llegó a descubrir «el modo de hacer la trampa sin abandonar el amparo de la ley» (7:17). Se transgredía el orden, mas el transgresor quedaba impune, no era castigado, porque se escudaba como defensor de la misma ley que irrespetaba. La escritura benedettiana reclamó el castigo, la imposición de la pena, como una forma de sentar

un indispensable precedente para volver al orden del hombre honesto. Moralidad era, según el asqueado Benedetti, mucho más que un fenómeno aislado con tintes religiosos o mojigatos; todo lo incluía y atravesaba toda acción humana. En un desesperado esfuerzo por regresar a ese Uruguay donde «se vivió bien, se trabajó cómodamente», «hubo cierta garantía de mínima honestidad» y «la simple existencia de una palabra empeñada, de una promesa verbal» tuvo vigencia, Benedetti y sus personajes cayeron en la frustración, el desencanto y el pesimismo. Con el suicidio de Ramón y frente a su imposibilidad de matar al padre, también se desplomó el Benedetti tradicionalmente moralista y pesimista para resurgir en la expresión de una palabra y un personaje que, contrario a esos habitantes del absurdo, ahora vislumbra una luz y a ella se aferra.

Gustavo recoge a ese Benedetti optimista. El es capaz de enfrentar y amenazar el poder incorporado en el abuelo. La actitud del nieto pronostica cuanto, poco después, ha de llegar a ser parte de la realidad uruguaya: el enfrentamiento armado. Cuando el nieto amenaza al casi prócer, al decirle que en poco tiempo los uruguayos dejarán de votar por los «grandes partidos» y que esos a quienes el abuelo llama «lactantes, nenes de mamá, marxistas de ojito» probablemente «un día les ponen una bomba» (9:77), la palabra del joven es arrojada con la misma fuerza y precisión con que los Tupamaros han de sacudir las calles de Montevideo. El pesimismo de Ramón ha empezado a dejarse a un lado. El optimismo que recorre por las venas del hijo vislumbra una salida futura; salida a la cual los versos de **El cumpleaños de Juan Angel** han de prestar todo su texto. Y eso no es mera casualidad

sino expresa causalidad. Justamente, al referirse a la escritura de su cuarta novela, Benedetti hace una declaración que ratifica el hecho: «Yo militaba antes entre los pesimistas y ahora milito entre los optimistas», asevera el novelista un poco haciendo eco de Ramón, «Mis inquietudes políticas antes chocaban con una tremenda frustración: sólo veía un país casi asfixiado por la rutina burocrática» (37:23).

Y, ¿de dónde surge el optimismo en el escritor? La Revolución Cubana es, al parecer, la respuesta. «La Revolución Cubana no sólo hace penetrar a América Latina en el Uruguay sino en mí mismo», asegura Benedetti en una entrevista con Ernesto González Bermejo. «Lo he escrito y firmado: hasta la eclosión de la Revolución yo no era un tipo preocupado por lo que sucedía en América Latina y estaba absolutamente alienado» (37:32). La Revolución lo sacude y lo fuerza a un «autoanálisis» y «autocrítica con respecto a las actitudes que había tenido hasta ese momento» y empieza a ver al Uruguay «de una manera distinta». Como parte de esa nueva forma de percibir la realidad, se evidencian «ciertos cambios que», afirma el novelista, «se establecen en el orden literario» (24:27-28). Así pues, la Revolución no solamente parece agotar el reclamo moral sostenido por el novelista hasta ese entonces; también termina por echar abajo los rescoldos de su anterior tercerismo y promueve una fuerza renovadora que toca todo cuanto piensa y escribe a partir de ese momento.

¿CAMINO A LA SALVACION?

Ante las redes de dominación permitidas por el sistema, los personajes de las anteriores tres novelas se

muestran incapaces de ejecutar acciones que rectifiquen, controlen y permitan un mundo más honesto y significativo. Cuando llegan a tener conciencia de los dispositivos de ese poder, se les transforma en conciencia desgraciada por su visión pesimista del mundo y, en consecuencia, efectúan cuestionamientos ontológicos que aceleran la mutilación y el suicidio. Si el novelista ha considerado **El cumpleaños de Juan Angel** como una novela optimista es, precisamente, porque esa conciencia desgraciada da paso a la acción revolucionaria. La escritura ya no se ocupa de explorar las formas en que operan los medios de comunicación de masas o los sujetos al estilo Edmundo Budiño. Esos temas parecen agotarse con **Gracias por el fuego**. Lo que ahora sí hace es ahondar en las relaciones de sumisión con la red de poder del enemigo común esbozado en su tercera novela: los Estados Unidos de América.

El cumpleaños de Juan Angel termina un proceso de búsqueda y conformación de la identidad de Osvaldo Puente, cuyo inicio es posible encontrar en **La tregua**. Esa búsqueda y conformación se levanta sobre la base de una creciente conciencia crítica y de una moral renovada, que se desprende de sus raíces milenarias para abandonar el apego a instituciones que funcionan como dispositivos de legitimación, poder y censura, y presentarse libre, solidaria, hecha una con quienes llevan a cabo luchas similares en el mundo. En esta cuarta novela, la palabra benedettiana tiene voluntad y compromiso revolucionarios. La escritura no se encierra en la pura retórica ni se satisface con la sola crítica, por más furiosa que ésta sea, sino en la toma directa de la acción armada. Por lo anterior, parece conveniente pensar este texto como

culminación de un proceso y de un gesto escritural de mayor ruptura. Es, mediante una escritura políticamente comprometida, como el novelista rompe con la frustración que marca su producción textual anterior e insta una única solución viable: participar en la acción revolucionaria.

Mario Benedetti y Osvaldo Puente recorren un largo camino y, en alguna parte y en algún momento, empiezan a dejar atrás al sujeto tímido y respetuoso de la ley que decía no llamar a una sangrienta revolución ni querer provocar el caos. Pero si el personaje, la escritura y Benedetti se renuevan es como consecuencia de un cambio de la realidad uruguaya y de una forma distinta de mirarla y entenderla. Así lo reconoce el escritor cuando afirma que «los uruguayos de 1970 no son los mismos», que «el país ha cambiado a una velocidad vertiginosa» y que, en tal medida, «ha ido cambiando el país que está en mí» y eso, asegura, «se lo proponga uno o no, se refleja en la obra literaria, incluso cuando ésta toca lo fantástico» (37:30). El país del cual da cuenta su cuarta novela es otro; en él, las amenazas del nieto de Edmundo Budiño son ya una realidad cotidiana. Por ser un Uruguay distinto y habitado por sujetos también diferentes, el novelista sintetiza «en una sola jornada toda la vida de un personaje»; una forma de captar simbólicamente, dice, que «el país en muy poco tiempo estaba cumpliendo distintas edades» (24:18).

¿Qué ha sucedido en Uruguay para ser, ahora, un país diferente? En los años previos al golpe de estado de 1973, aparecen algunos grupos organizados en lo político y, tal es el caso de los Tupamaros, se muestran decididos a cambiar la difícil situación del país. El mismo novelista

señala que «la juventud se definió claramente en varias cosas, por un claro diagnóstico de la penetración imperialista» y «del entreguismo económico que tenía nuestra oligarquía». Unos, comenta, siguieron el «camino legal de la lucha política», pero otros se volcaron «a la lucha armada» (23:17). En tal sentido, su cuarta novela ilustra el caso de uno de esos que tomaron la segunda opción, pero, por supuesto, es también la historia de miles de latinoamericanos quienes, por ese tiempo, deciden abandonar su cómodo estilo de vida para engrosar las filas clandestinas de los movimientos guerrilleros. Evidente, ahora no se trata de la historia de tres almas encerradas en una morbosa relación, ni la vida triste y solitaria de un candidato a jubilado, ni la de quien no se atreve a matar a su corrupto padre. Quienes se desplazan del «camino legal de la lucha política», de lo aceptado, de lo civilizado y de lo democrático, lo hacen porque han aprendido una lección de capital importancia: luchar en el marco donde opera la democracia uruguaya es atarse las manos, someterse al juego del sistema en pro de una continuación de la mentira y de la corrupción. Consecuentemente, Osvaldo Puente poco a poco se sale del terreno de la ley, transgrede la institucionalidad al servicio de ese orden y se ubica como un peligroso marginal.

El cumpleaños de Juan Angel expone cuándo, cómo y por qué el pequeño burgués de Osvaldo Puente es progresivamente expulsado de su cáscara protectora; un tranquilo sitio donde solo puede encontrar pseudosatisfacción y pseudoidentidad. Mediante el contacto con los otros, esto es, quienes no son parte de su cómoda clase media, llega a vislumbrar la posibilidad de una vida auténtica. El pertenece a una capa social cuya desgracia

y crisis constante es no estar ni arriba ni abajo, sino en la mitad de una relación binaria, como toda relación posible en la lógica dominante, de opuestos excluyentes: ricos-pobres, explotadores-explotados, etc. En otras palabras, su dilema es ser no disyunción en un mundo disyuntivo. Como clase, los estratos medios reniegan de unos y aspiran a los otros y, por tal motivo, sufren la falta de una más radical y clara identificación: «ni has examinado saudosamente la ventaja de haber nacido en plena clase media o sea en plena arena movediza» (5:18-19), dice Osvaldo a su hermana. Ellos viven en una situación en la cual, aparentemente, todo está bien; un universo de regocijante inconsciencia, limbo protegido por un alto muro. Pero Osvaldo es puente que une y separa a otros mundos y al suyo propio del mundo de los otros. En el joven priva un autoculto por la persona comparable, por sus nefastas repercusiones en la sociedad, con «el bochorno y el espanto que infectan diariamente las noticias» (5:31); es a ese autoculto a donde apuntan, como proyectiles, las palabras de Baldomero. En su situación de ambigüedad, el personaje se desliza y se transforma paulatinamente hasta terminar siendo uno de los otros.

Baldomero, el zapatero marxista que, entre taco y taco, es capaz de reflexionar sobre la crisis de la realidad uruguaya, inicia a Osvaldo Puente en el largo trayecto de una búsqueda de su identidad. El zapatero se encarga de romper la ingenuidad del joven hasta despedazar su limbo; luego, será el mismo Osvaldo quien socave el puente que le une a su propia clase media. A la edad de quince años, el protagonista inicia un proceso irreversible hacia el despertar de la conciencia revolucionaria. Baldomero le obsequia su palabra y la realidad de quienes están por debajo del mundo en donde el joven tranquilamente vive:

con qué
compararlos con qué

acaso con la miseria remolona que una vez viste
desde la ventanilla del 126
con el descalzo invierno de los pibes que te
examinan con truculencia como si fueras el
apolo doce o la aurora boreal (5:31)

le pregunta el zapatero al muchacho en una ocasión y le
ordena:

convencete botijita
se te acabó la única vacación que nos otorgan
vacía de una vez los bolsillos
vacíalos de esos salmos a nadie
de esas mentiras de colores

llegó la hora de la desmemoria
la hora de hacerte la decisiva morisqueta frente
al espejo roto (5:32).

Con el impulso de esa palabra, el futuro Juan Angel empieza a conformarse como síntesis de un proceso dialéctico entre Osvaldo Puente (tesis) y los otros (antítesis).

Un año después de la iniciación oficiada por el zapatero, el joven Puente se empieza a preguntar por la existencia y las condiciones de los otros:

dónde están los tronados e indigentes otros
los que aún no tienen problemas con la nutrición
del eterno publicitado venial espíritu porque

su problema es encontrar los alimentos del cuerpo urgente oneroso mortal (5:38)

y:

dónde están los faltos de cumpleaños porque de todo han sido despojados incluso del pedacito de almanaque en que la madre los parió (5:39).

Las palabras de Osvaldo corroboran su emergente inquietud social y una percepción mucho más profunda de los problemas.

Ya en su cumpleaños número diecisiete, Osvaldo muestra una conciencia claramente perfilada en cuanto a la injusta repartición de la riqueza en la sociedad uruguaya:

el conflicto no es ya entre los pobres de espíritu
y los ricos de solemnidad
sino sencillamente entre pobres y ricos (5:40).

Se descarta, de tal suerte, la validez de una mala práctica de la moral patriarcal burguesa como causa del estado de crisis nacional.

Conforme Osvaldo cumple más años, se va alejando de quienes han sido los suyos, de sus normas de comportamiento y expectativas. El personaje toma una actitud beligerante que pasa, como en **La tregua** y en **Gracias por el fuego**, de la conciencia a la palabra y de la palabra a la protesta para, al final en esta cuarta novela, terminar en la acción guerrillera. Simultáneamente, Osvaldo pasa de la identificación de los problemas sufridos por las extensas

capas bajas de la sociedad a la identificación de las causas, en especial de una: la intervención del imperio yanqui. Los Estados Unidos de América diseminan información transnacionalmente en su propio beneficio y ayudan a generar un clima de tensa sospecha que les asegura el espacio necesario para usufructuar de la crisis imperante:

la suspicacia está altamente justificada
señores a esta fecha todo es subversivo
desde los pezones maternos que hoy vienen sospechosamente amargos hasta la dulce ubre divina que de pronto ha interrumpido el suministro
desde los perros que esperan al cartero con infrahumana paciencia para llevarle al amo el boletín del usis hasta los locutores de rumbo desdoro que convocan patrióticamente a la traición (5:69-70).

Las agencias internacionales de prensa neutralizan la información sin censurarla por completo, pues ello iría en contra del principio del aparente libre juego de la información en que se justifican como empresa comercial democrática:

qué pensaría en este instante el búho si me viera embarcado
él nada menos él que al sistema lo apostó todo o sea capital mujer hijos solar y futuro
la pobreza lo alcanza apenas como un mal olor
la injusticia le llega tenue como sobrentendida
en una noticia de la united press (5:73).

A los veintiséis años, Osvaldo protesta ante un enemigo bastante concreto, con la emoción y los gritos demandados por Diego en **La tregua**, pero desvaneciéndose por no lograr nada con ello:

cerramos los puños y entonces notamos que no
empuñamos nada y esa ausencia nos produce
un relativo vértigo
rodeamos colachatas que en su mórbido interior
transportan senadores y al golpear concienzuda-
mente los cristales a prueba de facciosos y
escupitajos nos hacemos la ilusión de que va-
puleamos su gordo pánico
corremos hasta la embajada de los boinas verdes
y los mormones y los testigos de Jehová y los
cuerpos de paz y el espíritu de guerra y vocifera-
mos sin ningún decoro (5:51).

Pero luego huyen y dejan de ser «eufóricos solidarios prójimos» para convertirse «en ratones aislados en desvalidos nadie» (5:52). No podría ser de otra manera. Solo son gestos y palabras.

Los veintinueve años representan la edad de aquella vergüenza, de ese autoasco intuido por Diego en **La tregua** como el principio de algo más que simple retórica. Y esa vergüenza surge en Osvaldo al aceptar su responsabilidad en la situación del país:

me sube al rostro una nueva vergüenza
es la vergüenza de las cinco y media
mi bochorno de lagarto al sol
mi cuota parte o sea

mi jodida efervescente responsabilidad en el gran
tímo
en las cuatro o cinco erratas graves cometidas
en el paisito (5:58).

A los treinta y un años, Osvaldo tiene el segundo encuentro más importante con los otros. Se reúne con un «profanador» del sistema, un revolucionario, e inicia el último trayecto antes de echar abajo el puente. A «las siete y media llega» el sujeto y le pregunta a Osvaldo si ha «decidido algo y yo que sí que decidí que voy», responde (5:68). La palabra está empeñada. El paso está dado. Osvaldo tiene «una repentina sensación de que», en su mundo, «otro tiempo se inaugura» (5:68). Ahora, cuando en silencio declara su guerra, se siente «por fin en paz» (5:69).

Tomar la decisión de pasarse a las filas de los subversivos no es suficiente como para que Osvaldo tenga pleno control y conciencia de su identidad. Hasta este momento, es solo «un personaje en borrador» (5:76). Su identidad no está claramente definida por la acción; aún es palabra. Luego, cuando está tocando a la puerta en donde los otros le esperan, es el instante en que empieza a sentir se está «pasando en limpio» (5:76). Es su cumpleaños número treinta y tres, y la joven que le recibe lo bautiza con el nombre de Juan Angel; en ese preciso momento, por primera vez se siente en condición de hacer un deslinde suficientemente claro de su realidad: «yo osvaldo puente compatriota me llamo en realidad juan ángel» (5:77).

Como Juan Angel, el personaje pisa el terreno de la realidad; solo en ella es viable realizar una diferenciación

entre él y los otros, entre el aquellos y el nosotros, entre lo que es y lo que no es su identidad. Y, firme en esa realidad, reconoce que no hay alternativa de regreso. El puente está destruido y, con ello, también se han desplomado los vínculos con su anterior mundo clase media y el sistema en general:

pero lo mejor del nuevo nombre es la falta de apellido que en el fondo significa borrón y cuenta nueva significa la herencia al pozo el legado al pozo el patrimonio al pozo significa señores liquido apellidos por conclusión de negocio significa declaro inaugurada una modesta estirpe significa soy otro aleluya soy otro. (5:77).

Mas entrar al mundo de los otros, ahora su nosotros, no significa estar totalmente definido. El burgués de Osvaldo Puente aún insiste en asomarse «noche y día» y Juan Angel siente la imperiosa necesidad de clausurarlo «con doble llave» (5:93). Juan Angel, a semejanza de Edmundo Budiño, sabe que la realidad ejemplar proclamada como copia al carbón de Suiza es un mito pero, al contrario del corrupto padre de la patria, parte de ese conocimiento para atacar al sistema, no para aprovecharse de él y afirma: «comprender a pie firme y sin rendirse que el gran y obnubilante pasado, la gran e inexpugnable democracia fue sobre todo una querida fábula pero también un largo fingimiento una mañosa postergación» (5:85). Mientras deja a Osvaldo disfrutando del paisaje, leyendo a Proust o a Kafka, el clandestino de Juan Angel trabaja «como un poseso en el cuestarrriba de la justicia social» (5:94).

Es en el cumpleaños número treinta y cuatro —el cumpleaños— cuando Juan Angel da por concluida su iniciación. Empieza a recorrer el terreno de la acción armada y asume su identidad por completo. El autoculto criticado por Baldomero años atrás llega a su fin: «inicio cautamente la jubilación de mi pobre narciso» (5:99), comenta. Ahora, desintegrando su ego, adquiere verdadera identidad con sus «iguales» (5:98). Quienes antes eran los suyos solo son «reliquias» (5:102) y no experimenta nostalgia por ellos; por quien sí la siente es por Baldomero y tiene una razón muy particular: le gustaría comunicarle haber descubierto que, «hace por lo menos tres minutos», no tiene «miedo» (5:102).

Su nuevo *nosotros* incluye a quienes en el mundo luchan por mejorar las condiciones de la humanidad. No hay frontera capaz de separarlos, pues la lucha es una sola y asimismo el propósito: «y el vietnamita salvajemente torturado que aguanta sin hablar y muere sin hablar no sólo está salvando a sus camaradas también nos salva a nosotros y siempre habrá que recordar que ha muerto sin habernos delatado» (5:88). A todos ellos los une y estimula la aceptación de una sola verdad: la realidad es «la única eterna», el «único poder» del ser humano es su capacidad para «transformarla» y «siempre habrá un orden que desordenar» (5:64-66).

Cuanto sucedió a quienes se integraron a grupos guerrilleros fue «amplia» y «objetivamente» informado por las agencias noticiosas en América. Mientras duró su actividad, no se volvió a promocionar al Uruguay como la vitrina de la democracia. El mito de la Suiza americana por fin voló en pedazos y, en el desesperado intento de

quienes tenían el poder para mantenerse en él, todo fue válido y lastimosamente triste. Persecución. Tortura. Sangre. Muerte. Exilio. Silencio. Mas la escritura de Benedetti continuó su función de testigo, sacando fechas, recuperando historias, reteniendo nombres escondidos durante años por los horrores de la dictadura militar; algunos encontraron cabida en **Primavera con una esquina rota**.

DESPUES DE LA TORMENTA, EL SENTIMIENTO DE DERROTA

Santiago termina de conformar la figura crítica que arrancó con Diego en **La tregua**, prosiguió con Gustavo en **Gracias por el fuego** y se decidió por la acción armada en **El cumpleaños de Juan Angel**. Con distinto nombre, este personaje señala una etapa de sufrimiento en la vida del novelista y, por supuesto, en el ejercicio escritural desplegado por éste. A tal punto llega esa vinculación entre el escritor y su texto, que Benedetti participa con su testimonio sobre el exilio, como si se tratara de un personaje más, sin ocultar su nombre, y haciendo de la palabra el eje de la memoria, un grito contra la falsedad, el abuso del poder, la tortura, el desarraigo y la injusticia.

Santiago resume el trayecto de una percepción crítica ya comentada con respecto a otros personajes en las anteriores novelas. Como Ramón, reflexiona, en el presidio Libertad, sobre su anterior conciencia clase media, la falta de auténtico compromiso y su pesimismo ante la eventualidad del cambio. «Pensábamos en los que no tenían nada, ni trabajo ni pan ni vivienda, ni mucho menos una

hora especial para la melancolía porque su amargura era de tiempo completo. Y así terminábamos en silencio, sin soluciones a la vista, pero sintiéndonos vagamente culpables»; pero, agrega, «a la mañana siguiente, cuando el aire fresco y salobre y el primer sol penetraban desde temprano en el ranchito, ante ese visto bueno de la naturaleza se nos iba la mufa y volvíamos a sentirnos plenos y optimista» (13:115-116). El prisionero despeja las etapas de un trayecto que le arrancó de esa falsa comodidad. Su experiencia y forma de relatarla encuentran un precedente en las de Osvaldo Puente (Juan Angel). Tranquilo y ensimismado en su propio mundito intramuros, también Santiago empezó a percibir una realidad mayor, que le urgía a tomar decisiones impostergables: «Yo no hacía nada. Simplemente observaba. No leía ni jugaba. La vida pasaba sobre mí, de orilla a orilla. Y yo me sentía parte de esa vida», confiesa, «y llegaba a la extraña conclusión de que no debía ser aburrido ser pino o sauce o eucaliptus. Pero como aprendí varios años más tarde, las equidistancias nunca duran mucho, y tenía que decidirme por una u otra orilla» (13:59). Y a la orilla de los otros, a la de la clandestinidad, llega Santiago a inicios de sus treinta años. El, como Osvaldo Puente y a diferencia de otros personajes, es pensado como un sujeto de transición, como lo que Benedetti espera ha de ser el hombre de esta América. En una oportunidad, dice el novelista:

Un hombre de transición es algo así como un puente levadizo: si deja que sus inhibiciones y temores tiren de él, y lo incomuniquen, contribuirá seguramente a frenar el natural impulso de la historia, pero si permite que su valor cívico y su innato sentido de la justicia lo conecten

con la otra orilla, esa margen revolucionaria de la que siempre parece separarnos un abismo, entonces sí ayudará a acercar el futuro (8:34).

¿No es esa «otra orilla» a donde han llegado Juan Angel y Santiago? Alcanzar la orilla revolucionaria es algo así como empezar a cumplir un destino manifiesto. La esperanza de esa palabra benedettiana, podría decir Santiago, nace de un exceso de ingenuidad, de una falta de realismo. Santiago también intentó «acercar el futuro», pero el cambio radical no fue posible.

¿Cómo valora Santiago su decisión de entonces? ¿Por qué el fracaso? ¿Priva, junto a esa conciencia crítica, el optimismo y la fuerza del Santiago guerrillero de más de cinco años atrás? ¿Cómo entiende y explica el personaje su fracaso? ¿Qué futuro hay para un Uruguay soñado a imagen y semejanza de Cuba? Para empezar, **Primavera con una esquina rota** percibe lo sucedido en el país con un ojo menos entusiasta y con la pérdida de un poco del optimismo que con tanto entusiasmo acogiera el mismo Benedetti en su momento. El personaje confirma «que el camino elegido no fue tan equivocado y que acaso, en igual encrucijada, hoy la elección sería la misma». Entonces, en algo estuvo mal; ¿en qué, precisamente? Santiago da la respuesta: hoy, él ejecutaría algunos cambios, tales como «menos ingenuidad» y «más alertas por las dudas», pero mantendría «el rumbo primordial» de su lucha. Los errores que dieron al traste con la acción armada fueron consecuencia de haber sucedido todo «tan atropelladamente y en medio de tantas tensiones, rodeado por tantas implacables urgencias, por tantas decisiones a tomar, que no había tiempo ni ánimo para la reflexión, para pensar y repensar sobre nuestros pasos» (13:83-84), confiesa.

Esa reflexión llevada a cabo por Santiago toca cuanto posiblemente constituyó uno de los puntos débiles de la acción guerrillera en Uruguay. El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) inició sus acciones a partir de 1962 y persistió en ellas durante casi una década, intensamente alentado por el éxito cubano. Para los Tupamaros, la crisis del país obedecía a «un proceso internacional de agudización de la lucha de clases» que, en cierto momento, «llevaría la resolución a todas las sociedades capitalistas» (40:78). La misma novela hace referencia a esa desmedida ilusión: «Bueno, volviendo a Cuba. La verdad es que nos ilusionamos demasiado en el Uruguay, allá por el 69, el 70, y un poco menos en el 71. Creímos que en nuestro país era posible un cambio radical. Y no fue posible, al menos por un largo ahora» (13:65).

Cinco años después de estar en prisión por haberse transformado en un sujeto odioso y temerario para el sistema, al haber intentado «derribarlos, desarmarlos, vencerlos» (13:74), Santiago ha perdido esa premura, esa alta dosis de ingenuidad, ese entusiasmo exagerado, y acepta que hay situaciones que no se pueden cambiar todavía y que, para no fracasar, conviene ser más realista y trabajar aquellas a las que sí se les ha llegado su momento. «La única ventaja en este tiempo baldío es la posibilidad de madurar, de ir conociendo los propios límites, las propias debilidades y fortalezas, de ir acercándose a la verdad sobre uno mismo, y no hacerse ilusiones acerca de objetivos que uno nunca podrá lograr, y en cambio aprontar el ánimo, para conseguir lo que algún día sí puede estar al alcance» (13:84), escribe. Esto, no implica un abandono de la lucha pero sí la necesidad de un reajuste. De ese reacomodo ha de salir la fuerza de un renovado

optimismo, más sabio y seguro: «Algún día abandonaré este raro exilio y me reintegraré al mundo ¿no? Y seré alguien distinto, creo incluso que alguien mejor, pero nunca el enemigo del que fui o el que soy, sino más bien el complementario» (13:84-85). Esa es la lección aprendida a partir de la derrota.

Y, ¿qué le queda a esa conciencia para el futuro? La posibilidad. Siempre la posibilidad de que haya una vía honrosa para rectificar el rumbo y levantar una patria más justa. Y eso se piensa con optimismo pero casi sin alegría, antes bien, con un amargo dejo de tristeza. Esos sujetos a quienes se ha visto poblar el mundo de estas novelas, discutir sus crisis, sus sueños, exhibir las intimidades de sus conciencias, hacer esfuerzos por asirse a una verdad histórica y encontrarse como ciudadanos del planeta, son todos heridos y contusos sobrevivientes en la patria o en el exilio. Ha sido un verdadero «terremoto», afirma Santiago. Es justamente en los jóvenes sobrevivientes de ese terremoto, en la propia patria y no con exactitud en el exilio, en quienes se podrá hallar alguna futura opción; son ellos los que «forjarán el nuevo y peculiar país del mediato futuro, esa patria que es todavía un enigma, serán los púberes de hoy, los que estuvieron y están allí, los que desde una óptica infantil pero nada amnésica, vieron buena parte de las duras refriegas y cómo otros adolescentes», dice don Rafael, «los del sesenta y nueve y del setenta, eran acribillados como enemigos, y cómo se llevaron a sus padres y tíos y a veces a sus madres y hasta sus abuelos y sólo mucho más tarde volvían a verlos pero tras las rejas o desde lejos o también desde una proximidad hecha de incomunicación y lejanía» (13:104-105).

En esta quinta novela no existe el optimismo de **El cumpleaños de Juan Angel**, tampoco la desesperanza de las primeras tres. Hay una obligada evaluación de lo hecho para enfrentar el sufrimiento presente y esperar mejores opciones de futuro. No hay alegría. Prevalece el tono triste, aún cuando la palabra de Beatriz, heredera del desarraigo y poseedora de una candorosa ingenuidad, sorprenda al lector y le haga sonreír con sus conclusiones sobre la realidad de las cosas. Del canto de amor a la humanidad, de la voluntad por una acción armada, del deseo de ser un sujeto con un nombre nuevo y un renovado código de conducta, solo parece quedar el convencimiento de que se hizo lo necesario cuando las circunstancias lo requirieron. En Santiago, el espíritu decidido de Juan Angel está ausente. El es apenas capaz de sobrellevar las condiciones de prisión en las cuales se encuentra y de cifrar su esperanza en la primavera que ha de llegar un día cuando regrese con los suyos, así tenga una esquina rota. No es posible evadir el hecho de estar marcados por el sufrimiento, cada uno a su manera y a su modo. No es posible tampoco arrepentirse. La suerte fue echada. Solo queda el dar con un sitio apropiado para emprender la recuperación del alma. Todos están heridos y contusos. Sonreír resulta, no obstante lo esporádico, sumamente gratificante. La risa sería un insulto.

**DE LA DEFENSA A
LA TRANSGRESION DE
LA ETICA PATRIARCAL**

*Tal vez no sufrimos con el
corazón, ni siquiera por
la sensibilidad, sino por
nuestra capacidad de
vanidad o autoengaño o tal
vez de simple masoquismo.*

William Faulkner,
Las palmeras salvajes

La escritura novelística de Benedetti emprende, junto a su ensayo y otras formas escriturales, una exploración de la crisis uruguaya a partir de 1950. Pero, a la par de ese interés, sus novelas testimonian el tránsito de una escritura que paulatinamente se desplaza de la intención por defender una moralidad patriarcal conservadora y monológica, a su transgresión y a la búsqueda de una ética revolucionaria. Y, ¿qué es, en esencia, la lógica patriarcal? ¿Existe «una» lógica o texto patriarcal? ¿Cómo se disemina en las sociedades? ¿Qué relaciones tiene esa ética con la cultura?

PALABRA Y LOGICA PATRIARCALES

Afirma Jurij Lotman que «la cultura es un generador de estructuralidad» (30:70) y que, por tal motivo, genera

una esfera en la cual se hace posible la vida de las relaciones interpersonales y, por supuesto, de las relaciones del ser humano con su entorno. La estructura relacional referida por Lotman corresponde a cuanto Ferruccio Rossi Landi concibe como «programación social»; tal idea supone que todo cuanto «los individuos humanos hacen o padecen está programado por la sociedad a la cual pertenecen» y, en tal sentido, no hay comportamiento espontáneo en su totalidad; «incluso», sostiene Rossi Landi, esos comportamientos que corrientemente se piensan como libres y decididos por el individuo —tal es el caso del amor— «se desarrollan sobre la base y bajo el influjo de programas sociales existentes, o hasta se sirven de éstos y no serían de ninguna manera comprensibles, ni siquiera identificables como casuales, espontáneos, libres o individuales, si no existieran programaciones sociales sobre las cuales medirlos» (36:29). En la base de esa programación social en Occidente y, más específicamente, en las sociedades latinoamericanas, se encuentra la lógica heterosexual excluyente.

La dinámica de la programación social, cualquiera que ésta sea, proviene de los diversos sistemas signícos sociales, de la capacidad discursiva requerida a los individuos, de los textos (escritos, visuales, arquitectónicos, etc.) articuladores de un cierto sistema u organización social y de la forma cómo la palabra cristaliza el sentido e incorpora el poder. Los programas se revelan como lo sistemático, lo simbólico, la prescripción y la ejecución de la ley, del poder aparentemente más allá de la dimensión humana, cualquiera sea el nombre conferido a tal poder: Dios, orden superior, plan divino, destino.

A lo largo de la historia, la conciencia de poseer una identidad, esto es, un índice de diferencia/ semejanza, ha generado, tanto en los individuos como en las colectividades, un sentimiento de identificación, de pertenencia a y una voluntad de responsabilidad hacia ciertos comportamientos y formas de organización consideradas normales. Tales conductas son diseminadas mediante la inculcación ideológica y, por ello, aparecen revestidas de naturalidad. Los efectos de naturalidad y normalidad se logran por medio de las instancias que Louis Althusser llama «aparatos ideológicos de estado», como son la educación formal, la institución cultural (literatura, artes, deportes, etc.), los medios de comunicación, la iglesia y la familia, entre otros (4:27). Dichas instancias tienen la misión de conformar al sujeto, haciéndole percibir los contenidos de la programación social como lógicos, apropiados y naturales. Tales aparatos, sostiene Althusser, ofrecen sus prohibiciones y prescripciones como evidencias que «no podemos dejar de reconocer, y ante las cuales», afirma, «tenemos la inevitable y natural reacción de exclamar (en voz alta en el silencio de la conciencia): ¡Es evidente! ¡Eso es! ¡Es muy cierto!» (4:60).

Referirse a «una» lógica o texto patriarcal es, posiblemente, una forma poco adecuada porque al hacerlo se piensa en un modelo ideal y, en consecuencia, inexistente. Hay múltiples lógicas patriarcales en el mundo y éstas han experimentado cambios y ajustes que les perfilan como distintas en algún grado. Sin embargo, en la base de todas ellas subyacen principios que, pese a los cambios y ajustes, permanecen inalterados; principios ordenadores de la institucionalidad en las sociedades a su favor, esto es, en beneficio de quienes viven de acuerdo

con las estipulaciones de un código varonil y cuyo sistema, o estructuralidad de relación, se conoce como patriarcado. No obstante, conviene no confundir la lógica patriarcal con el patriarcado como sistema. Ciertamente. Ambos están indisolublemente ligados, pero no son lo mismo. La lógica patriarcal es una matriz de significación cristalizada en el lenguaje y en las prácticas de los individuos. Pensarla como matriz remite, por fuerza, a su naturaleza ordenadora y orientadora detectable en los diversos niveles, sistemas y mecanismos productores de sentido; entre ellos, la práctica escritural aceptada como literatura.

Al margen de las diferencias que se puedan encontrar en las distintas variantes de la lógica patriarcal, es posible localizar sus raíces en la **Biblia**, el texto más influyente en la programación social de Occidente. Desde que el Cristianismo tuvo acceso al poder político y económico, cuando el emperador Constantino lo acoge como la religión del estado romano en el año 342 (31:30), las prácticas sociales, económicas, políticas y estéticas, entre otras, empiezan a ser delimitadas por su código y discursividad heterosexual excluyente. La palabra de Dios (Jehová), su hijo (Jesús) y los profetas, apóstoles, evangelistas y santos, ha normado instituciones y comportamientos que, en apariencia, nada tienen que ver con la esfera religiosa. La lógica contenida en la **Biblia** ha sido piedra angular en el registro de la ética heterosexual excluyente, pues ha dado las normas y las especificaciones para su puesta en práctica y para su mantenimiento. Sobre el poder de su palabra, al ser ésta concebida como revelación divina, verdad del que todo lo sabe y puede, palabra de quien decide la ley y la impone en el universo,

el varón occidental ha hallado en ella la fuerza necesaria para construir un mundo marcado por la desigualdad, la posesión, la censura, la violencia y la explotación. La vida de estas sociedades ha sido una historia de varones y ofrece testimonio de la acción de un ser cuya conciencia de varón le nace del privilegio de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, Verdad, Ley, antítesis del caos y la perdición.

La ética patriarcal judía empieza a delinearse unos dos mil años antes de Cristo, cuando el pueblo hebreo enfrenta la necesidad de diferenciarse de otros pueblos y su religión adquiere rasgos definitorios. Sin embargo, todavía por la época del exilio judío en Babilonia no existía una religión que verdaderamente reflejara el carácter patriarcal del pueblo hebreo (31:20). Julia Kristeva afirma que Yavé algunas veces era representado «con una compañera femenina» (29:74), ésta fue eliminada tiempo después. Los judíos de esa época adoraban otras deidades y practicaban ritos heterosexuales y homosexuales. Conforme se comprometían en constantes guerras, los hebreos percibieron la conveniencia de un solo dios masculino y verdadero, quien excluyera a cualquier otra deidad y ordenara el cese de prácticas sexuales matriarcales. Se empezó a identificar a los otros, esto es, a quienes no eran judíos, con aquello que el pueblo hebreo rechazaba. Según Gina Fratti y Adriana Batista, la tradicional orientación bisexual judía fue abandonada unos «700 años antes de Jesucristo, después de su regreso del cautiverio de Babilonia» (27:48). A partir de entonces, las relaciones entre sujetos de un mismo sexo fueron pensadas como prácticas pecaminosas de los cananeos, los caldeos, los filisteos, de todos los enemigos, a quienes era necesario

estigmatizar como no seguidores del «verdadero» Dios. «El judaísmo» impuso «el amor heterosexual, basando su ética en la familia, en la reproducción y en el número elegido de los que escuchan la palabra del Padre» (29:51).

La ética patriarcal resultante de ese privilegio, o elevación, del pueblo judío afianzó su poder en la diferenciación del varón y la mujer, tanto en su naturaleza como en su actividad, y en la incuestionable superioridad del primero. Dios es varón y posee la fuerza ordenadora de la palabra; creó el universo con la magia de su discurso. Por haber sido hecho a su imagen y semejanza, el hombre fue llamado a ejercer el poder conferido a la palabra y a ordenar e imponer su dominio en toda la creación. Todo existió por y para el varón y es a él a quien se le otorgó la autoridad para vigilar y mantener la verdad de Dios sobre la faz de la tierra. Tiempo después, ese Dios ha de entregarle a Moisés, otro varón, sus «estatutos» y sus «decisiones judiciales» (38:158-159), como una fuerte y obligatoria programación divina, como palabra, lógica y ley para regir toda conducta. A la mujer, se le negó el privilegio del discurso y, con ello, se la distanció del poder. Por incitar al varón a comer de la fruta del conocimiento del Bien y el Mal —un acto a todas luces liberador—, se la sometió a un mayor dominio por parte del hombre y a un también mayor dolor de su cuerpo. «A la mujer», dijo Dios, «aumentaré en gran manera el dolor de tu preñez, con dolores de parto darás a luz hijos, tu deseo vehemente será por tu esposo, y él te dominará» (38:10).

Una especie de minusvalía de la mujer en su fuerza física, en su capacidad de raciocinio y en su control de emociones e impulsos parece explicarse en el hecho de no

haber sido parte original del plan divino, sino creada posteriormente como ayudante o complemento del varón. Desde ese punto de vista, la mujer es un accidente. Ni siquiera fue pensada como agente reproductor de la especie. No es la existencia vital propuesta por el Cristianismo con la sacralización de la madre de Jesús. La sublimación de María, mediante la cual se le da un sitio de mayor protagonismo en la puesta en práctica y desarrollo del plan divino, resultó un mecanismo refinado de dominación. Ante el infortunio de nacer mujer en un mundo donde ella es privación muy cercana a la nada, parece muy «natural» que a los niños judíos tradicionalmente se les haya enseñado la oración: «Bendito seas, oh señor nuestro Dios, Rey del Universo, por no haberme hecho mujer» (39:85). Esas palabras no llegarán a los labios de muchos varones no judíos, pero ¿no son también parte de su alegría de ser hombres?

La corriente cristiana no realizó cambios significativos en la codificación de la ética patriarcal judía con respecto a la mujer. Todo lo contrario, la elaboró aún más, la justificó con mayor convicción y la llevó a las relaciones sociales de una forma contundente. La sublimación de la maternidad, del dolor y de la resignación de la madre de Jesús profundizó y expandió los dispositivos del poder varonil enunciados desde siglos atrás. Si la palabra del Hijo vino a trastocar la vieja ley y a implantar un orden en el cual todos serían acogidos, si vino a desbaratar el odio y el miedo y, en su lugar, instaurar la práctica del amor, la ética elaborada por los padres de la iglesia cristiana, siempre recelosos de no permitir siquiera que se escuche la voz de la mujer, paradójicamente continuó el viejo orden y marcó la sexualidad como un aspecto ani-

mal, sucio y despreciable. La pulsión sexual se vio relegada al silencio, al secreto, a ser apenas la suficiente como para reproducir la especie. Pablo, con una honda repercusión en el discurso cristiano, arremetió contra el sexo y contra la mujer, como si ella personificara al mismísimo demonio y la actividad sexual fuera su medio de perdición. Si en la tradición hebrea la línea de poder se da en la relación Dios-> varón-> mujer, con el Cristianismo se manifiesta en la jerarquía de Dios-> Jesús-> varón-> mujer; así, se reafirmó, como habría de hacerse tantas veces por tanto tiempo y desde tantas iglesias, que la cabeza de toda mujer es y será siempre el varón.

La secuencia instaurada por esa red de dominio está en perfecta concordancia con la segunda versión de la creación: Cristo antes que el varón, pues ya estaba en Dios; el varón antes que la mujer, por cuanto ella fue creada a partir del varón. De tal suerte, se neutraliza la primera versión, en la cual varón y mujer fueron creados al mismo tiempo; versión que exigiría la igualdad de ambos por sobre las diferencias genitales. Pablo, entre otros padres de la iglesia cristiana, fue implacable en su defensa de la segunda versión. El varón debe ejercer su dominio en la tierra como Dios lo ejerce en todo el universo. Su verdadero destino es ser patriarca, esto es, «hombre que» preside «su propia casa excelentemente», que tiene «hijos en sujeción con toda seriedad» (38:1469). La mujer no fue pensada más que como objeto de sumisión y silencio; ni siquiera se le debía permitir hablar en las congregaciones, pues estaba «en sujeción, tal como lo dice la Ley» (38:1422). A las hijas de Eva, germen del desorden, la violación a la Ley y a la palabra divina, espíritus provocadores del caos fácilmente tentados por el demonio,

solo les estaba permitido vivir bajo el poder del varón. El mundo no les pertenecía; era exclusivo de ellos. Para la salvación del orden, de lo normal y lo natural, ella habría de ser siempre celosamente restringida, vigilada y mutilada: «Que la mujer aprenda en silencio, con plena sumisión. No permito que la mujer enseñe, ni que ejerza autoridad sobre el hombre» (38:1468).

El único posible reino de la mujer es el hogar. Sus múltiples restricciones supuestamente le serán recompensadas con el recocijo de ser madre, corazón de la familia y objeto amoroso del marido. En el seno del hogar, ella ha de encontrar la felicidad mediante el trabajo sin reconocimiento, la obediencia ciega, el sufrimiento constante y el sacrificio de su propia realización como persona. La maternidad constituye un mecanismo para someterla, pues «a ella se le mantendrá en seguridad», ordena la todopoderosa ley divina, «mediante el tener hijos» (38:1468). Es una sujeción inescapable. Así está escrito desde los primeros días. Es un orden superior e imposible de ser violentado. La mujer está, por ley de Dios, sujeta al varón «en todo» (38:1450).

Esa dominación se sostiene, de manera coherente con la lógica logocéntrica 0-1 (falso-verdadero), en una oposición de contrarios irreconciliables en desigualdad. A la mujer le corresponde el polo de lo falso, el mal, el instinto, el silencio, el arrebató, la ignorancia, la debilidad y la pasividad. Al varón se le ubica en el polo de lo verdadero, el bien, la razón, la obediencia, la palabra, el control, la sabiduría, la fortaleza y la agresividad. No son solo contrarios excluyentes sino los únicos posibles. Las opciones intermedias o no ajustadas a los requerimientos

de ese código binario constituyen la del tercero excluido; una alternativa de no existencia, ejemplo de irracionalidad, ruptura, desviación, transgresión y anormalidad. Consecuentemente, todo lo que pretenda ubicarse en ese espacio prohibido ha de someterse a la censura, la marginalidad, el silencio y, en el mejor de los casos, a la muerte. El texto bíblico ofrece una estricta normativa para toda relación no inscrita en el vínculo varón dominante-mujer sumisa.

El orden que asienta el código patriarcal desborda los límites y opaca las diferencias religiosas, políticas y económicas. Antes bien, sobre tales diferencias y más allá de ellas, construye una compleja red de sentidos y de poder por y para el varón. Con el transcurso de los siglos, tal red se ha visto dinamizada mediante el flujo y reflujo de palabras (discursos, textos) responsables de caracterizar la visión de mundo occidental y su correspondiente institucionalidad. Esa dinamización no necesariamente quiere decir «robustecimiento», pues en su interior y en las conformaciones sociales donde tal lógica ha erigido el patriarcado como sistema, ha persistido un enfrentamiento discursivo que parece estarse transformando de manera acelerada en el presente siglo. Conviene no olvidar que el texto o lógica patriarcal, como discurso y palabra, «transporta y produce poder»; «lo refuerza, pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo» (25:123).

En el mundo normado por la ética judeo-cristiana, el hombre es un ser mutilado por la censura de su otro yo, ese que retiene cuanto el censor ve como defecto y carencia, ese que, de no ser reprimido, le daría un giro

hacia la anormalidad. Por tal motivo, el otro —a quien socialmente solo le está permitido incorporarse en la mujer— debe ser aniquilado, expulsado de su alma y de su cuerpo de varón; con ese rechazo se genera su oposición a lo femenino. Freddy Téllez comenta ante ese requerimiento:

Cuando el hombre excluye de la pulsión y de su expansión a la mujer, se condena él mismo, y también, a la exageración, es decir, a la agresividad y al sadismo. Reconozcamos aquí el papel ambiguo del privilegio y la dominación. En la medida en que ambos están basados sobre la compulsión (otra intensidad exagerada), el privilegio deviene igualmente una condena, y la dominación, como el de la mujer, un destino. Para dominar debe ser dominante. Para ser dominante tiene que ser macho. Para ser macho debe ser agresor. Allí el espacio es un círculo y el prisionero no es solamente la mujer sino también el hombre (39:22).

«Umbilicado a la muerte en el impulso agresivo hacia el objeto deseado, conjurando la muerte a través de la fecundidad simbólica que crea objetos de sabiduría», sostiene Julia Kristeva, «el hombre soslaya lo femenino, que es su abismo y su noche» (29:66). El varón resulta un sujeto que solamente puede aceptarse como dominador y para quien lo otro, *lo femenino*, está encarnado en el ser dominado, el débil, el irracional, el pasivo, o sea, en eso que constituye *la hembra*. Por ese motivo, él ofende a cualquier otro hombre que se haya dado la posibilidad de integrar alguno de los rasgos propios de la mujer. Mas,

¿no existe en tal desprecio una profunda contradicción? El machista no detesta en otro varón lo que le hace *macho*, pero sí cuanto pueda tener de femenino y, en tal caso, el machismo resulta ser, así jamás se atreva a pensarlo ni decirlo en voz alta, la máxima concreción del amor homoerótico. En el esquema de pensamiento heterosexual excluyente, el sentimiento amoroso solo es pensable en la unión hombre dominante-mujer sumisa; lo demás es perversión y pecado. Debido a ello, el sistema reprime, en tanto pueda y con todas sus fuerzas, «las energías inútiles», «la intensidad de los placeres y las conductas irregulares» (25:17). «El amor», resume la máxima cristiana, «es el cumplimiento de la Ley» (38:1404).

HUELLAS DE LA LOGICA PATRIARCAL EN LA ESCRITURA

Cuando un sujeto decide escribir, forzosamente opera una escogencia textual. Nadie puede hacerlo a partir de cero, pues la memoria del sujeto no es un vacío por encontrarse inmerso en la vida social. Así, lógicas como la heterosexual excluyente son textos programadores a nivel macro, tienen una repercusión muy alta en la organización e institucionalidad de las formaciones sociales más englobantes —Occidente, América Latina, por ejemplo— y atrapan toda posible escritura en algún grado. De tal suerte, esos textos repercuten, de manera directa, en cómo el sujeto se piensa y percibe a los demás. Nada escapa de la palabra de esos textos programadores con función de verdad, por cuanto en ellos el ser animal que somos al nacer se transforma en sujeto de la historia, en cuerpo civilizado, en presa de las redes de poder y censura

que posibilitan la cultura y le confieren al individuo un cierto índice de identidad.

La dinámica que impulsa la traducción de la experiencia inmediata de los individuos en texto (30:72) aparece como la actividad fundamental de la cultura; es su concreción y, al mismo tiempo, su generadora y reproductora. El texto, sea oral, escrito, visual, etc., recoge los rasgos identificadores de una colectividad, permite su movimiento y su diseminación, su enfrentamiento, cruce y asimilación de otros patrones de relación y genera la memoria individual y colectiva. No importa cuál sea la figura designada: *ser humano, persona, hombre, mujer, individuo, varón, hembra...*, todas ellas implican la posesión de una identidad que se abre y se cierra, en mayor o menor grado, ante otras realidades y conductas; todas poseen una memoria no heredada biológicamente que demanda comportamientos específicos.

Las llamadas prácticas artísticas, entre las cuales se incluye la literatura, tienden a exhibir las marcas de una dependencia, apoyo o quiebre con los textos (lógica) que funcionan en las sociedades a nivel macro. Como en el caso de Benedetti, un escritor puede desplazarse del apoyo, o de la reproducción inconsciente, a la transgresión de los contenidos sociales de una programación. Sin embargo, conviene tener en mente que, así un escritor cuestiona y transgreda esa programación con la carga semiótica de su palabra poética, nunca ha de escapar de ella por completo. Como sujeto histórico, el escritor podrá, inclusive, llegar a producir una significancia distinta, renovadora y aparentemente libre e individual, resultante de una pulsión remanente de los mecanismos sensoriales.

Pero las pulsiones del sujeto, suprimidas o atenuadas por la cultura con el fin de hacernos seres con memoria histórica, son también parte de una programación genética que, ciertamente, se pone en funcionamiento. Individual en su presencia pero colectiva en su dinámica, la transgresión de la programación social resulta responsable de los continuados cambios y de la reproducción de los contenidos sociales incorporados. Esa capacidad de rebelarse ante el sistema resultante de la programación social constituye una de las funciones principales de la literatura, la ubica más allá del simple disfrute en tiempo de ocio y la transforma en importante lugar de conocimiento.

Benedetti muestra un sensible desplazamiento de la escritura desde una defensa de la lógica patriarcal y el reclamo a sus conciudadanos para reforzar esa palabra de hombre, vigorosa, vigilante y honesta en **Quién de nosotros** y en **La tregua**, a un progresivo quiebre en **Gracias por el fuego**, **El cumpleaños de Juan Angel** y **Primavera con una esquina rota**. En sus dos primeras novelas, el escritor enfrenta al lector con los síntomas de una erosión moral (ética) que afecta negativamente la ejecución del programa heterosexual excluyente; ambos textos configuran una alarma ante el peligro de voces que se alzan y violentan la serena moralidad que, piensa el novelista, evitaría toda posible crisis. Ese es un Benedetti dispuesto a utilizar los mecanismos de (auto)censura indispensables para acallar, o desaparecer, el afloramiento de múltiples comportamientos que desvirtúan la sociedad uruguaya. Conforme la coyuntura histórica cambia y el novelista percibe un juego de factores que, como lo económico y lo político, no son de naturaleza eminentemente moral o no corresponden a los principios de la

moral defendida, la escritura comienza a dar un sensible viraje. El desengaño, el desgarramiento y el quiebre marcan sus últimas tres novelas.

En **El país de la cola de paja**, Benedetti ofrece algunos elementos claves para entender su posición como ciudadano y su actitud ante la escritura de sus primeras novelas y frente a la moralidad heterosexual excluyente que las atraviesa. Refiriéndose a la situación de Uruguay en ese momento, el escritor comenta: «Creo que la cobardía concentrada en ese sector preciso (la moral política y ciudadana), se ha expandido lo suficiente como para contaminar la vida familiar, las relaciones sexuales, la validez de la confianza» (7:16). De tal forma, Benedetti responsabiliza a la moral política y ciudadana por no defender la ética patriarcal y permitir, con ello, que se afectaran tres de los puntos sociales más sensitivos: la familia nuclear, que en la sociedad machista funciona como el eje principal y para cuya protección se han instaurado los apoyos institucionales y legales necesarios; las relaciones sexuales permitidas o normales, que solo son realizables entre el varón y la mujer y, por último, la confianza en la eficacia del sistema regido por esa lógica.

El Benedetti de principios de la década de los cincuenta, capaz de percibir los síntomas de una crisis mayor tras los obvios factores económicos, considera la crisis como de orden moral. La integridad del sujeto y las relaciones que establece con los demás están siendo degradadas por una moralidad decadente y trastrocadora que predica el desacato a los principios y normas machistas. Y, ¿en qué consiste la causa del problema? El individuo, apoyándose en los principios de esa moralidad machista,

no los lleva a la práctica en sus relaciones; antes bien, los usa como máscara, como un parecer ser que le hace funcionar dentro de la situación general de falta de apego a los lineamientos patriarcales y aprovecharse económica y políticamente. Tal circunstancia es posible por cuanto el sujeto se ha distanciado de las creencias religiosas que aseguran la vigencia de los principios judeo-cristianos y el resguardo de la familia. A juicio del escritor, la falta de religiosidad y el temor estimulan el libertinaje y la no observación del orden establecido. «El temor de Dios, o simplemente el miedo al infierno, pueden a veces reemplazar la voz de la conciencia», sostiene el novelista, «pero cuando falta el infalible Verbo de Dios, y además falta el verbo más falible y modesto de la simple dignidad personal», agrega, «cuando se obstruyen los canales que comunican las más importantes decisiones con la propia conciencia, entonces sí viene el caos, y la famosa crisis de ideales, y quizá estemos ya en la antesala de la corrupción» (7:101-102). No hay duda. Ese Benedetti es un acérrimo moralista que reclama religiosidad y dignidad personal ajustadas a los fundamentos cristianos. Frente a una sociedad débil en su fe, carente de sentido y falta de firmeza, la escritura empieza a formular un (auto)cuestionamiento que no parece llegar sino a la formulación de preguntas; una especie de arrepentimiento sin perdón y un pesimismo existencial que no vislumbra salida.

El escritor de **Quién de nosotros** y **La tregua** insta a sus conciudadanos a volver al viejo Uruguay, a su vieja moral de estrictos principios y palabra de hombre pues, como sostiene, quienes tienen vigencia en su país no son «los viejos dirigentes de la patria vieja», sustentados

en «el concepto del honor», «sinceros en sus errores», poseedores de un «orgullo patricio», hombres de palabra que exhibían «innegables virtudes»; ahora, quienes tienen el poder son «los aventureros de las finanzas, comerciantes apurados» que «nada aman y nada recuerdan, fuera de sus ganancias fabulosas» (7:98). Es un Uruguay donde «el duelo político ya no funciona como institución guardiana de la honra»; duelo que, anteriormente, era «una especie de Ley» (7:21). Debido a su flojera moral, falta de cumplimiento de la ley y no activación de los mecanismos de censura, la sociedad entera está siendo invadida por los pitucos (maricas), que «le están quitando profundidad y vigor a toda la vida uruguaya» (7:103). Con sus palabras, Benedetti emprende una cruzada que, en mucho y a pesar de los distintos giros y acentos utilizados, recuerda las palabras de instituciones tan aterradoras como la Inquisición. Heredero de una tradición satanizadora de las relaciones amorosas no heterosexuales, el novelista levanta su voz e incita a la lucha para restituir una moral de salvación.

En la escritura benedettiana de ese entonces, mana la voz de una ética patriarcal tan recalitrante que, en la actualidad, sonaría fuera de lugar. Sin embargo, las palabras del escritor han de ser entendidas y valoradas con justicia. La actitud del novelista es coherente con los signos de su tiempo y con su propia experiencia familiar. «Como te decía», le comenta a Hugo Alfaro en una entrevista muchos años después, «la moral que se practicaba en casa era rígida, rayana en el puritanismo, chapada a la antigua». Y agrega: «No teníamos nada que envidiarle a la familia montevideana más pacata. Y todo eso lo marca a uno, incluso más de lo que quiere o sospecha» (3:14).

Sus palabras son el reconocimiento de un exagerado dogmatismo machista; suenan a un *mea culpa* y al convencimiento de haber defendido algún aspecto que encubría una tremenda injusticia e incomprensión. Sí, no hay duda de que esa experiencia familiar dejó huellas en sus textos. Pero, la sinceridad y frontalidad de Benedetti al aceptar su denodado moralismo lo salvan de quedar como un vulgar inquisidor. A pesar de haber transitado un largo camino donde la moralidad religiosa fue puesta a un lado y los principios patriarcales aflojaron su inicial virulencia, el escritor acepta que su actitud fue la de un acérrimo moralista quien, a pesar de todo, afirma «todavía» sigue «siendo un poco moralista» y aclara la fuente de tal conducta: «Está en mi formación» (3:54).

La crisis que percibe «el moralista» de los años cincuenta y sesenta —no el Benedetti «un poco moralista» de los setenta— es un problema de varones, como en esencia el patriarcado es también un asunto de hombres y no de mujeres. El debilitamiento de la moral heterosexual excluyente no reside en las mujeres sino en los varones. Ellas ni siquiera cuentan como parte del conflicto y, por consiguiente, se las salva de toda responsabilidad; pero lo que pareciera una liberación de toda culpa es, al mismo tiempo, una forma de mantenerlas al margen y de ignorar su capacidad para participar en la solución de la crisis. Según el escritor, la formación de los varones acusa serias deficiencias y dicha malformación es responsable de las «influyentes legiones de maricas y de cretinos» (7:98). Ante los síntomas que presagian la proximidad de un verdadero caos, no queda más opción que silenciar, marginar o, mejor aún, exterminar esas legiones demoníacas. Con el fin de enmendar la situación,

Benedetti propone, como es de esperarse, una solución que descansa en los principios de su moralidad y en el sometimiento a su ley: el sujeto ha de comprometerse a «hablar de acuerdo a lo que se piensa, actuar de acuerdo a lo que se habla, y, finalmente, asumir la responsabilidad de los propios actos» (7:83). El escritor da por sentado que todos los uruguayos han de llegar a un mismo punto, así recorran caminos diferentes, por cuanto tienen una moral en común que defender. Ese es un Benedetti para quien Uruguay parece constituir una isla capaz de ser mantenida a distancia de las legiones degeneradas que, también, han empezado a circular con actitud amenazante en países vecinos. Ese, por supuesto, no es un Benedetti que pondría a sus personajes a pedir «una sangrienta revolución», ni «perpetrar atentados», ni fabricar «bombas Molotov» para desbaratar el sistema en la década de los setenta. Ese Benedetti puritano cree en los mitos excepcionales del sistema uruguayo de los grandes patricios y, cándidamente, pide asumir «la actitud que dicte la conciencia» (7:83), sin poder entender ni respetar la actitud que dictan otras conciencias con pleno derecho a ser y a no vivir marginadas.

Conforme su comprensión de cuanto sucede en Uruguay se modifica, la escritura sufre notables cambios con respecto a los principios de una ética ardorosamente defendida en su ensayo inicial y en las dos primeras novelas. Cambia su posición ante instituciones que, como el matrimonio, han sido instauradas para defender esa moralidad. «Somos hombres de transición», asegura en una oportunidad, «lúcidos en cuanto al rumbo a seguir, pero», agrega, «todavía apegados a prejuicios, reticencias, aprensiones, fobias, mitos y manías» (15:65). Esa clara conciencia

de sus limitaciones le permite no tener miramiento alguno para dar sensibles virajes en la percepción y el tratamiento de los asuntos tratados en sus novelas. El Benedetti de los años setenta no solo llega a cuestionar las instituciones anteriormente defendidas, también empieza a atacarlas mediante personajes que las escudriñan. Las conductas desviatorias o anormales dejan de serle tan obsesivas, bajan su tono agresivo y parecen ser aceptadas como parte de una insoslayable realidad. En **El cumpleaños de Juan Angel**, la mujer es presentada como poseedora de una estatura moral semejante a la del varón y capaz de desempeñarse con valentía en un movimiento revolucionario.

DECADENCIA DE LA MORAL FAMILIAR

El mundo montevideano de finales de los años cuarenta acusa un marcado interés del novelista por enfocar la familia nuclear de la clase media como representación de la sociedad uruguaya y síntoma de la decadencia que empieza a socavar al país. El tratamiento de la crisis está específicamente centrado, según Luis Paredes, en «un sector de la clase media, —la pequeña burguesía, y más conciso un grupo intelectual— que bajo una apariencia de desgaste vital y moral se ve carcomido por el tedio» (34:67); un tedio que imposibilita alcanzar los márgenes de un verdadero autocuestionamiento.

Lucas, en las notas escritas al pie de su cuento, dice: «Pero, ¿quién de nosotros juzga a quién?» (14:108). La pregunta resulta importante, pues revela la carencia de apoyo moral para estar en condiciones —como sí lo está Benedetti o al menos cree estarlo— de valorar y enjuiciar

las acciones de los demás. Los personajes están éticamente incapacitados para demandar o esperar de los otros actitudes distintas; como también afirma Lucas, ellos son individuos que sufren una terrible «sensación de *irrecuperabilidad*», la certeza de que «tampoco podíamos recuperarnos a nosotros mismos» (14:103-104). En otras palabras, son sujetos de una generación perdida. Incapaces de cualquier cosa, salvo dejarse arrastrar por su propia decadencia. Alicia, Miguel y Lucas encarnan la crisis moral. Si ellos no pueden juzgar, es por encontrarse al margen de los principios éticos sólidos que les permitirían emitir juicio. Ese juzgamiento solo es posible a quienes, como Benedetti, se conciben apegados a los límites de la ley.

Tal y como fue comentado con anterioridad, la escritura de Alicia, Miguel y Lucas tiene una naturaleza eminentemente confesional. En la palabra, quizá más bien en el acto de decir esa palabra, subyace la imperiosa necesidad de expurgar el pecado de haber transgredido los límites posibles. Dos Adanes y una Eva expulsados de un Edén a punto de colapsar. Pero, ni la escritura de Miguel ni la de Lucas constituyen una genuina confesión. La escritura de Alicia, sujeto que, como toda mujer en la moralidad benedettiana de esos años, no tiene culpa alguna y deviene víctima de la inmoralidad varonil, es la única con una función auténticamente confesional. Pero, ¿qué enjuicia, por sobre esas tres escrituras, la de Benedetti? Sin duda, la palabra del autor* ejerce toda su autoridad moral y

* Más que, o a la vez que Mario Benedetti como «autor» de las novelas, esto es, como quien ha escrito estos textos, se piensa en el «autor» como un «principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia» (26:24).

somete a sus personajes a un examen que, bajo la apariencia del autocuestionamiento y la confesión, son presentados al lector como una lección moralizadora sobre la falsedad y los peligros de sus conductas. El autor arremete contra el comportamiento desviatorio de esos individuos, en especial de Miguel. Y... ¿de qué manera trata el novelista la malformación varonil en esta primera novela?

Miguel, acosado por la idea de que Alicia cometió un error al escogerlo como esposo en vez de Lucas, elabora un complicado y largo plan para devolverla a los brazos del otro. Miguel anhela terminar con el fantasma de Lucas; una presencia que le persigue e importuna en su trabajo, comidas e, inclusive, en el descanso. Lucas, ese quien acecha sin tregua, tiene la posibilidad de maltratar la poca hombría del marido si llega a decirle «Te hemos puesto los cuernos» (14:9-10). Ante esa vergonzosa posibilidad, Miguel prefiere entregarle su mujer. La acción del esposo es una manera de evitar la agresión contra su ámbito de dominio. «Creo poder aspirar a que si alguna vez se acuestan juntos, yo haya quedado al margen mucho antes» (14:12), anota el marido en su cuaderno y corrobora su falta de fuerza para defender cuanto forma parte de su territorialidad.

En la relación Alicia-Miguel no existen los rasgos propios de la relación heterosexual excluyente, esto es, la actividad dominante del varón sobre la mujer. Miguel es incapaz de ejercer poder alguno más allá de la escritura. La acción es un campo en el cual se halla desprotegido y exhibido en su total mediocridad como hombre. Ni siquiera puede experimentar «rencores» (14:9) que le sirvan como acicate para mostrar una actitud propia del

macho herido. Tampoco puede sentir ese odio que sería «una salvación» o «un antípoda de la felicidad» (14:11). Miguel es la degradación patriarcal personificada. El mismo está consciente de su debilidad como varón cuando compara la situación de su madre frente al padre y la de Alicia frente a la suya. «Mamá tenía frente a sí a un hombre vehemente, que además sabía lo que quería o creía saberlo», escribe y agrega de una forma casi patética: «Alicia me tiene a mí, que no sé nada de mí mismo» (14:19). Como mujeres, la madre y Alicia son semejantes. Ninguna aparece como la causa del problema. Por lo tanto, la comparación de la fortaleza del padre con su debilidad confirma que cuanto falla es la constitución del varón. El marido se acepta como un hombre deteriorado, incompetente, incapaz de luchar y someter a la hembra. Miguel no puede ni quiere defender un territorio garantizado por el sistema.

En su vida rutinaria y mediocre, Miguel apenas accede a escribir(se) en un diario para enterarse de cuál es su situación. Es en el laberinto de la palabra silenciosa y no en la acción donde ese hombre pretende resolver su vida. Frente al error en la escogencia y el consecuente castigo de permanecer juntos, la palabra pierde sentido y función, y el discutir las condiciones en que vive es evitado; en su lugar, se recurre a la plática absurda: «Para nosotros no existe la protección del silencio; casi diría que, desde el momento que lo tenemos, la conversación acerca de trivialidades propias y ajenas nos protege a su vez de esos horribles espacios en blanco en que tendemos a mirarnos», confiesa el marido, «y al mismo tiempo a huirnos las miradas, en que cada uno no sabe qué hacer con el silencio del otro» (14:10).

Pero, ¿de dónde proviene la debilidad de Miguel como varón? La única causa planteada por el texto es la violencia propia de las relaciones varón dominante-mujer sumisa que le sirvieron de modelo a Miguel cuando niño. «El primer recuerdo que poseo de mí mismo es el de un testigo silencioso frente a las disputas de mis padres», anota. «Mi padre era un tipo corpulento, brutal en sus ademanes y en su lenguaje» y agrega: «Mi madre, no sé si verdaderamente pequeña o empequeñecida por el carácter de mi padre, poseía una sensibilidad en constante alerta» (14:18-19). Miguel pasa, de inmediato, a describir el tipo de vínculo entre sus progenitores:

Una antigua visión, que acaso nace antes de mi conducta responsable, me devuelve a mi padre, sentado en la mesa frente a mí, con sus manos enormes, crispadas sobre el mantel. No sé de qué hablaba, pero recuerdo exactamente la actitud de mamá a la espera del estallido. Yo pude, pese a mis pocos años, captar la tensión, pero el tono corriente de la sobremesa no parecía anunciar que la situación fuera a precipitarse.

Pero entonces la mano se detuvo: bruscamente se elevó, abierta, mientras la piedra roja parpadeaba en el aire, y luego cayó, otra vez hecha un puño, con un golpe seco sobre la mesa. Vi la cara de terror de mamá como si el puño se hubiera abatido sobre ella o sobre mí, y sólo entonces me enteré de que mi padre la estaba insultando, con palabras soeces y brutales (14:19-20).

Y comenta después: «Toda mi infancia y parte de mi adolescencia constituyeron una prolongación de esa escena: mi padre avasallando a mi madre, mi madre vencida de antemano, yo como acorralado testigo que nadie tenía en cuenta» (14:21).

Como se ha de ver más adelante, la tensa experiencia en la familia Benedetti Farrugia también marca muy fuertemente a Ramón en **Gracias por el fuego** y a Osvaldo Puente (Juan Angel) en **El cumpleaños de Juan Angel**. Esa agresividad familiar parece tener un antecedente directo en la vida del novelista, quien asegura: «Otro elemento importante estuvo constituido por las relaciones entre mi padre y mi madre, que nunca fueron demasiado buenas, y que, especialmente en mi infancia, provocaban muchas tensiones domésticas» (24:33). ¿Habrán sido esas tensiones semejantes a las expresadas por Miguel?

El personaje invierte el modelo del padre en sus relaciones matrimoniales y opera de manera totalmente opuesta al varón privilegiado por la ética machista. En tal inversión, el hijo no ha de ser el macho dominante sino alguien quien, de múltiples formas, participa de las debilidades propias de lo femenino. Contrario al hombre decidido, valiente y retador, las palabras de Miguel lo delatan como un pusilánime: «Pero entre todos los temores que frecuente, el miedo a las situaciones violentas es el que mayor inquietud me produce» (14:62); por ello, en vez de actuar esconde su debilidad tras la palabra amable y los buenos modales: «Y entonces se cerró el círculo y volví a mi cobardía, a esa cobardía de palabras amables, de gestos cariñosos, de marido cabal» (14:51). Miguel deviene falsificación, negación, suplantación del prototipo

de hombre. El esposo es, desde distintos ángulos, muy femenino. No tiene vocación para dominar ni para poseer. Eso es parte de lo que Alicia le reclama pues, dispuesta a desempeñar el papel de mujer, encuentra la razón del fracaso como pareja en la falta de esa violencia propia de la relación heterosexual excluyente. «La única franqueza posible, la que poseen la mayoría de las parejas que diariamente se insultan, se maldicen y disfrutan por igual sus etapas de odio y de apaciguamiento», le dice al marido, «la hemos perdido» (14:65).

Miguel exhibe, además de su peligrosa debilidad de carácter, una cierta reticencia y desconfianza hacia el matrimonio. El mismo no se considera un sujeto apto para casarse. Pensando en la posibilidad de matrimonio entre Alicia y Lucas comenta: «Más bien estaba convencido de que ambos tendían lentamente hacia el matrimonio y por primera vez la institución me parecía adecuada, en estable equilibrio» (14:44-45). De hecho, la formalización matrimonial experimentada en su propia vida le corrobora las dudas. «En realidad», escribe en su diario, «nuestro matrimonio carece de historia» (14:49). Vacío. Absurdo. Ausencia de esperanza. ¿A qué se debe esa actitud frente al matrimonio? Si el Benedetti moralista de los cincuenta junta en ese personaje las debilidades (resignación, falta de carácter, mala formación, etc.) del varón, también hace que el personaje se distancie de la institucionalidad en peligro. Conviene recordar que, dentro de las relaciones heterosexuales, existen regiones prohibidas o no deseables. Así, hasta no hace muchos años, en casi todos los países latinoamericanos se utilizaba el calificativo de «ilegítimo» para los nacidos fuera del matrimonio, pues tal actividad sexual era considerada, igualmente,

«ilegítima». Al percibir el matrimonio como una institución alejada de sus expectativas y al sostener un vínculo de adulterio con Teresa, Miguel suma rasgos que lo hacen indeseable; uno de esos tantos uruguayos resignados a quienes Benedetti rabiosamente culpa del deterioro del país.

La esfera de lo ilícito tiñe la confusa relación de Miguel, Alicia y Lucas. En **Quién de nosotros**, ese decadente trío amoroso configura el objeto de mayor cuestionamiento por parte de la palabra de Benedetti; es ejemplo de la inmoralidad vigente en la sociedad uruguaya, ilustración de la decadencia ética e irrefutable prueba del deterioro en las relaciones familiares y sexuales, al cual han llevado la flojera en las conductas individuales y el desapego por las buenas costumbres y la fe religiosa.

LOS EMBATES DE UNA INMORALIDAD

La crisis de la familia no parece haber sido claramente percibida por los lectores cuando se publicó **La tregua** en 1960. Como la realidad de Martín Santomé, la de Uruguay era, en ese entonces, la de un país sin grandes problemas y sin contrastes dramáticos. A juzgar por las críticas y los comentarios escritos, ha prevalecido una lectura en la cual se le ha dado énfasis a la relación amorosa entre Martín Santomé y Laura Avellaneda; una especie de amor trágico, tregua en la vida, falta de sentido vital de un candidato a jubilado. Desde este punto de vista, se han dejado de lado aspectos que Benedetti toca como muestra de un debilitamiento de la ética patriarcal en la conducta de sus conciudadanos. Mas, ¿cómo se incorpora la lógica machista en **La tregua**? ¿En qué consiste

la defensa de la moral heterosexual excluyente llevada a cabo por el novelista?

Martín Santomé, junto a otros personajes, expone una valoración de la mujer que se revela como heredera de la lógica patriarcal. Así como ésta asigna la belleza a lo femenino y lo sumerge en una dimensión misteriosa e impredecible, también le arrebató el poder de la razón y otros rasgos positivos que adjudica al hombre. «Siempre les tuve desconfianza para los números», comenta Martín Santomé respecto a las mujeres; en su opinión, la inteligencia, cuando una mujer la tiene, no está bajo control, pues «durante los días del período menstrual y hasta en sus vísperas, si normalmente no son despiertas, se vuelven un poco tontas; si normalmente son un poco tontas, se vuelven imbéciles del todo» (11:16). Para él, es normal que la mujer carezca de la capacidad racional del varón. «La pobre», anota respecto a Laura, «todavía no agarró bien la onda», y agrega: «ella se cansa igual que en cualquier otro trabajo que la fuerce a pensar y a buscar soluciones propias» (11:23). Como varón, Martín no busca inteligencia en la hembra; eso iría en contra de su lógica discriminatoria. En ella, busca su objeto de dominación y la forma de satisfacer deseos sexuales regularmente. Véase el siguiente caso. En una cafetería, Santomé hace una evaluación de las mujeres que pasan al frente: «Este es el resultado. De dos, me gustó la cara; de cuatro, el pelo; de seis, el busto; de ocho, las piernas; de quince, el trasero. Amplia victoria de los traseros» (11:22). El escrutinio llevado a cabo muestra, con perfecta claridad, su percepción de la mujer en términos de un cuerpo desprovisto de características positivas más allá de lo físico y como un sujeto eminentemente pasivo. Así como las somete a su

escrutinio, se pregunta respecto a Laura: «¿Qué hará con el novio? O mejor, ¿qué hará el novio con ella?» (11:39).

Santomé asume la agresividad exigida al hombre; ésta se pone en ejecución mediante el «picoteo», esto es, la actividad sexual promiscua impulsiva que le hace pasar de una mujer a otra y prueba su virilidad. «Eso es» cuanto «le pide la naturaleza» y, apoyado en la naturalidad de esa conducta, hace alarde de su independencia y de su capacidad conquistadora frente a las mujeres: «Hoy un programa en el ómnibus, mañana la contadora que estuvo de inspección, pasado la cajera de Edgardo Lamas S.A. Nunca dos veces con la misma» (11:46). Este rasgo en la personalidad de Santomé y propio de la actitud machista bien puede entenderse como un defecto. Y ¿por qué así? Un sujeto que exhiba tal comportamiento sería, ante los ojos del Benedetti moralista que reclama honradez y correspondencia entre palabra y acción, un objeto de crítica y no simplemente una ilustración de la picardía masculina. Tal posibilidad se torna mayor al debatirse el mismo personaje entre lo permitido y lo prohibido, esa riesgosa y ambigua región de la cual no se exigen los vínculos heterosexuales.

En la relación matrimonial, según la piensa Santomé, existe diferencia entre lo lícito y lo ilícito. Tener entre los brazos a Isabel, su difunta esposa, «significaba abrazar un cuerpo sensible a todas las reacciones físicas y capaz de todos los estímulos lícitos» (11:87). La intimidad conyugal se ve sometida a las limitaciones de cuanto puede ser y lo que no debe ser. La plenitud sexual pareciera no alcanzarse, pues reside en los dominios de la libre escogencia y del atrevimiento y, tal comportamiento,

lleva al pecado. La conciencia normativa patriarcal imposibilita la exploración de sus propios cuerpos, como si la amenaza de perder un paraíso estuviera todavía en la religiosamente descuidada conciencia de los personajes. ¿Implica eso que ahora, con esa larga lista de mujeres con quienes llena su agenda semanal y en las cuales busca una satisfacción sexual irrepetible, sí se atreve a poner en práctica «todos los estímulos ilícitos»? ¿Y cuáles son? ¿A qué corresponde tal forma de clasificar los estímulos? ¿Hay, acaso, una resignada decisión de acceder al pecado?

Para Esteban, hijo de Santomé, la relación del padre con Laura Avellaneda no es la unión apropiada; no la «puede comprender totalmente», ni cree que el haberse unido Martín «a una muchacha tantos años menor que él» sea «la mejor solución», pero, le dice al padre: «No me atrevo a juzgarte» (11:112). ¿Qué imposibilita el juzgamiento? ¿Acaso el que, como en **Quién de nosotros**, el hijo también carezca de la estatura moral para hacerlo? ¿Quizás el que la relación del padre se acoge dentro de los límites de lo normal? ¿Tal vez una simple muestra de la permisividad y complicidad que corroe a los miembros de la sociedad montevideana? ¿Acaso un gesto de solidaridad entre machos?

En Martín Santomé hay plena conciencia de que su relación con Laura involucra la práctica del sexo ilícito, al igual que las relaciones mantenidas con las otras mujeres después de la muerte de la esposa. Y, de acuerdo con la moral judeo-cristiana, ciertamente lo es por cuanto irrespeta el principio moral de restringir su actividad a la reproducción en el vínculo matrimonial. «¿Podría ser que

ella», se pregunta, «prefiera la situación estable, oficialmente estable y consagrada?» (11:82) y esgrime la diferencia de edades como la razón para no pensar en el matrimonio. En su relación amorosa, Laura Avellaneda infringe la moral de una mujer decente y, por eso, incorpora algún grado de transgresión al código patriarcal.

Como ejemplo de la conducta heterosexual sana, Martín Santomé está dispuesto a defender, a diferencia de Miguel en **Quién de nosotros**, lo que considera muy suyo: la hembra. Para evitar que otro varón la aborde, demarca su territorialidad y circunscribe el radio de acción de ella. Para Santomé, el que otro pueda arrebatarse a Laura se convierte en una idea torturadora y lo pone a la defensiva. Después de estar pensando en la eventualidad de que Laura prefiera a otro hombre, escribe: «Yo no iba a investigar ni a reprochar. Simplemente iba a tragarme la amargura y, eso sí era seguro, a comenzar una era de pequeñas tormentas sin desahogo» (11:109). Su actitud es distinta de la del marido de Alicia, para quien eso más bien constituiría un secreto y morboso placer.

En **La tregua**, la mujer no se enfrenta al varón, salvo en el tanto que éste se lo permita; tal es el caso de la cuñada de Vignale, con quien el excompañero de Santomé mantiene relaciones. En términos generales, la mujer se presenta sumisa y dispuesta a servir al hombre, a complacerlo, guardar silencio y serle obligadamente fiel. Ella se ajusta a los límites impuestos por el varón y, como Blanca, hija de Santomé, se encarga de reproducir los mecanismos que la mantienen como objeto de dominación y deseo.

CRONICA DE UN DESENGAÑO

Gracias por el fuego, «un verdadero tratado de una crisis de conciencia y de valores» según German Carrillo (18:217), profundiza el cuestionamiento de la sociedad montevideana e integra aspectos muy novedosos. La escritura sigue tomando la familia como núcleo de su trama pero, en esta ocasión, aporta dos elementos de interés: la desconfianza en la figura patriarcal y la inclusión de un personaje con mayor conciencia social. La ética individualista en las dos anteriores novelas se ve, ahora, como un fenómeno social generalizado. La moral «falluta» usa la máscara de la honestidad en un mundo donde nadie está libre de culpa. Se empieza a tratar la figura del padre como símbolo degradado de las viejas generaciones; esas responsables de haber heredado un país donde el Benedetti de inicios de los años cincuenta aseguraba se podía vivir «bien», trabajar «cómodamente» y disfrutar de «cierta garantía de mínima honestidad». Un Uruguay en el cual «la palabra empeñada» tuvo «fuerza y tuvo vigencia» (7:20). Ahora, en su tercera novela, emerge un entendimiento distinto de la crisis uruguaya; se la relaciona con un sistema capitalista que corroe la familia y toda relación social posible.

La figura del patriarca se centra en Edmundo Budiño. El es el hombre a quien **Time** ha considerado entre «las cinco personalidades más relevantes del panorama político uruguayo» (9:114); a quien el país «ha convertido poco menos que en prócer» (9:91), en «institución nacional» (9:86) y en «numen político y moral» (9:134). Su imagen irradia claridad, transparencia y solidez ética.

Edmundo calza con la lógica binaria característica de la ética patriarcal, pues «sólo podía admirar o repudiar, loar o denigrar, siempre que él mismo se mezclara en el juicio, como parte activa, como ley, como dios» (9:83). Tras la máscara de padre de la patria, de perfecto patriarca y de juez moral implacable, Edmundo Budiño es un patriarca degradante, mentira, voz fraudulenta de «quienes dictan los principios, la moral y las normas» (9:118). Edmundo se burla de la democracia, en la cual acepta hacerse «caca» si con ello puede «ganar plata» (9:78); no tiene asco para «usufructuar», según su hijo Ramón, de «nuestros lugares comunes, nuestros ritos, nuestros prejuicios, nuestras supersticiones, nuestras inhibiciones» (9:132).

Edmundo Budiño —el Viejo— es un hombre que no quiere «perder su mundo» y está dispuesto a hacer «lo imposible para no perderlo» (9:94) y continuar imponiendo su orden, su ley, así carezca de apoyo moral y se sienta «podrido por dentro» (9:90). La imagen de este patriarca avasalla todo principio de honestidad. Ramón descubre la mentira del padre, sufre un profundo desencanto y Edmundo deja de ser «Papá» y se convierte en el «Viejo». Al respecto, el hijo confiesa:

Me conmueve la transformación de Papá en el Viejo, esa transformación que para mí fue como una muerte, porque yo lo admiraba, lo quería, sentía que él era mi respaldo, mi protección, mi abrigo; me conmueve pensarme huérfano, no porque ahora tenga que matarlo, sino huérfano por la muerte de Mamá y también por esa muerte de Papá cuando se transformó en el Viejo, el extrañísimo extraño a quien temo y

odio hasta límites realmente inaguantables (9:170-171).

Ramón, en un gesto que recuerda al Benedetti moralista de años atrás, ingenuamente cree en la necesidad de transformar «el signo moral» del «pueblo» (9:96) y se duele ante la verdad del Viejo. ¿Desengaño frente a la ética defendida con anterioridad? No hay duda. Para él, aceptar a su padre significa negarse como hombre: «Honro a mi padre porque me deshonro» (9:192), y ve, como única salida al problema, la urgencia de matarlo. Eliminarlo no constituiría un deseo parricida sino un desesperado «acto de amor» (9:181) por «librar al país de su presencia nefasta» (9:133).

La vigencia de la moralidad del Padre («Papá») se resquebraja en la decrepitud, inoperancia e inconveniencia del «Viejo». El hijo, dispuesto a redimir a Uruguay, sigue adelante con la acción de eliminar al patriarca; no obstante, frente al poder ejercido por Edmundo, termina inmolándose. El padre, a pesar de no sufrir un rasguño, queda mortalmente herido. Sacrificándose, Ramón logra darle una estocada: «Acaso el pobre de Ramón», piensa Gloria, amante del Viejo, «se mató por cobardía, acaso se tiró desde el noveno piso por no matar al padre, pero de todos modos consumó su venganza». «Ya no inspira temor», afirma la mujer, «tiene miedo» y sus palabras, antes «rellenas de un poder, de una invencibilidad, que ahora no tienen», agrega, «están vacías» (9:206).

La relación Edmundo-Ramón organiza el eje sobre el cual se desarrolla **Gracias por el fuego** y resume, a la vez, un ejemplo de la imposición y del quiebre de un

modelo patriarcal. En ese vínculo, se reproducen los esquemas de una ética machista; posteriormente revelados como falsos e inconsistentes. Ramón es el hijo mayor y, como tal, sobre él recae la imposición y defensa del modelo del padre. Mas, ¿qué modelo representa Edmundo para el hijo? El Viejo es macho que penetra territorios en busca de hembras y «arrastra el ala» a una mujer para darle celos a la otra (9:62); «un hombre con mayúscula» (9:63), «elegante», «simpático», «seguro», «fuerte» y «vital» (9:64). Frente a él, Ramón es tan solo «un buen hombrecito con minúscula» (9:64). Edmundo aparece como un varón para el éxito y la realización plena. Difícilmente habrá mujer capaz de resistirse. Véase la manera en la cual se le hace referencia cuando ronda los cuarenta años y conoce a Gloria: «Pero se dio vuelta y nunca le pareció él tan estupendo, tan irresistible, tan masculinamente hermoso, porque», afirma la amante, «la hermosura masculina tiene inevitablemente que incluir algo de fealdad, de asimetría, de falsa escuadra, y a Edmundo Budiño ni siquiera le faltaban esos toques casi imperceptibles, que a los ojos de una mujer son precisamente decisivos» (9:83).

En el código de conducta impuesto al hijo, tal y como fue discutido respecto al comportamiento de Martín Santomé, llorar no tiene cabida, como tampoco la tiene el sentimentalismo. Ambos son rasgos de la natural e incontrolable emotividad de las mujeres. Ramón recuerda de su temprana infancia lo siguiente: «Papá me ha prometido: Si dejás que el doctor te dé la inyección y no llorás, te llevo a lo de Oddone y te doy permiso para queelijás lo que más te guste»; el niño no llora y el padre «cumple la promesa» (9:33). Ilustración de la palabra de

hombre, pero, igualmente, lección de cómo imponer una conducta mutiladora. Cuando el niño tiene ocho años, Edmundo comprueba que la lección de masculinidad ha sido bien aprendida: «Estuvo», dice el hijo, «un rato callado y luego me tomó el mentón y me levantó la cabeza, tal vez para cerciorarse de que yo había llorado. Mis ojos deben haber estado estupefactos, pero secos». Ramón abandona ese modelo y a los cuarenta, cuando el código impuesto por el padre ha perdido sentido y vigencia, afirma: «Qué curioso, sin embargo ahora lloro. Poco, pero lloro» (9:40). Por otro lado, el Viejo, luego de la muerte del hijo, se ve arrastrado por el dolor y sucumbe ante la norma machista que impuso en aquél y exhibiera en su propia conducta. Solo, abandonado por la amante y enfrentado a su innegable degradación, «los sollozos del hombre acostado llenan todo el silencio disponible» (9:207).

Como patriarca que señorea su dominio sobre la mujer y los hijos, Edmundo Budiño también tiene amantes «fieles» y «sin esforzarse mayormente». Gloria «le ha sido fiel» y fiel sin esperanza y sin reciprocidad; primero, «porque él tenía su mujer y sus hijos, y otras amantes, claro, y después que quedó viudo», agrega ella, «porque nunca mencionó la posibilidad de casarse». La relación Edmundo-Gloria es ejemplo de unión extramatrimonial, «siempre clandestina, siempre escondida, siempre ignorada de todos» (9:85). Tal es el vínculo resultante de una conducta conquistadora del verdadero varón y de un comportamiento exigible a la mujer. Las mujeres se catalogan en dos clases: las decentes, con los atributos necesarios para ser sometidas al matrimonio y vivir una sexualidad sin placer, y las amantes, capaces de un placer sin

limitaciones de tipo moral. Los patrones de la mujer sumisa y del hombre dominante son reproducidos e inculcados asimismo por ella; Eva presa en un mundo que no le pertenece y en donde cualquier ruptura con el código que la sujeta será objeto de condena. «Y así es como debe ser», asegura Olga, tía de Ramón, «que el marido esté más arriba que la mujer, para que ésta se sienta segura y por lo tanto más mujer» (9:63). Obviamente, la clasificación y la actividad desplegada por los varones y las mujeres en ese vínculo desigual remiten a los ejemplos ofrecidos por pasajes bíblicos sobre la vida ejemplar de algunos ilustres patriarcas judíos. Pero, en una sociedad donde los valores de intercambio marcan toda posible existencia, la hembra suele ser vista como «mercadería». **Gracias por el fuego** pone en cuestionamiento tal percepción sutil e irónicamente. La mujer de uso esporádico, llámese prostituta o «call-girl», ilustra esa tendencia. Dependiendo de los rasgos físicos y de su procedencia, se ubican en tres categorías para satisfacer las necesidades de «gerentes, vicepresidentes, supervisores regionales» (9:135-136) de grandes compañías.

De forma semejante a cuanto sucede en las relaciones sexuales ocasionales de Martín Santomé y en buena parte de su contacto con Laura Avellaneda, Edmundo, Ramón y otros personajes sostienen relaciones *normales* clandestinamente. La infidelidad de estos varones es una práctica común, no así en el caso de las mujeres decentes, a quienes se les exige total fidelidad y sumisión; Dolly (Dolores) y la extranjera Mrs. Ramson son excepciones en esta novela.

Al margen de la categoría a la que pertenezca una mujer, todas terminan viviendo la misma suerte. Con la

excepción de Dolores, a quien Ramón llega a valorar como persona, las mujeres de esta novela funcionan dentro de los esquemas propios de sumisión que las marca como individuos de segunda clase. Gloria, por ejemplo, había llegado a entender «que ella era una suerte de instrumento, insignificante instrumento de aquel hombre difícil, impenetrable, duro», que «era gozada, pero no querida» y que, ante todo, no pasaba de ser «el instrumento del goce del hombre»; un instrumento cuya «validez» perduraba en tanto «él la precisaba como provocación de sus sentidos» (9:92). Sumisa, presta a escuchar los problemas de Edmundo, a quitarle el saco y ponerle las pantuflas, a servirle y sacrificarse en aras de una sociedad en la cual una mujer sin varón que la domine es un fracaso, Gloria despierta un día y arremete contra la convención. El fuego de su libertad irónicamente le es dado por Ramón, el Prometeo suicida. Ella también llega a descubrir la no vigencia y la falta de solidez moral del viejo patriarca. Con ironía, lo descubre «senil» y «repugnante» (9:207) y decide dejarlo desplomarse, convulsionar y morir solo. Gloria tiene tiempo de rehacer su vida y de salvarse. Al suicida le retribuye con un «gracias por el fuego».

En la esfera de las relaciones heterosexuales lícitas, esto es, aquellas llevadas a cabo dentro de los límites del matrimonio, las situaciones no son, después de todo, tan distintas. El matrimonio, la institución normal por excelencia, es percibido como un vínculo en el que prevalece la satisfacción del varón; como el terreno donde éste puede, con la autoridad conferida por la ley, saciar sus deseos de dominio y alguna que otra urgencia de naturaleza física. Una vez satisfechas sus necesidades, procede a dejarla a un lado, «abandonarla luego y reintegrarla a su

condición de mueble» (9:92). Este tipo de unión aparece como una constante en la novela de Benedetti; un factor de verdaderos estragos en los hijos, a quienes lleva a revertir el modelo de varón patriarcal. En Ramón, de manera semejante a cuanto sucede con la experiencia infantil de Miguel en **Quién de nosotros**, las dolorosas huellas de la violencia doméstica lo marcan para siempre. Es justo en esta región violenta del matrimonio, donde el hijo descubre la naturaleza agresiva del padre. Ramón es testigo de cómo Edmundo obliga a su madre a dejarse poseer. El hijo recuerda el momento cuando le perdió «el cariño» al padre y «empezó el desencanto»:

Dejate. Mamá lloraba. Mamá llora. Lo hacés con todas, con todas, sólo soy una más, no puede ser, no puedo Edmundo. Y la voz inexorable: Dejate. ¿Y los hijos, y los hijos, ni siquiera pensás en los hijos cuando andás con esas locas? La voz de mamá es como un hijo. Dejate. No puedo Edmundo, no puedo. Entonces suena el golpe de él y el grito de ella. Un golpe seco, humillante. Mamá querida. Mamá. En seguida el silencio. Paralizado. Quedé paralizado. Yo tenía que haber entrado, tenía que haberle dado con una silla en la cabeza. Ahora lo sé. Pero entonces estaba estupefacto. Y además no podía verla a ella desnuda, yo no lo hubiera soportado. Papá se había convertido en el Viejo (9:55).

Ramón se retira y empieza a quebrar el modelo de varón impuesto por el padre: «Lloré hasta la noche», confiesa.

Ese tipo de experiencias marca una actitud desencantada hacia la relación matrimonial; no obstante, los

sujetos tienden a someterse a las conductas requeridas socialmente. Así como el vínculo con Alicia no llena las expectativas de Miguel, la relación entre Ramón y Susana está sumida en las apariencias. No existe sino la rutina absurda y el vacío del sinsentido: «Subir siempre por el mismo lado, sin ninguna sorpresa para el tacto, brindarnos uno al otro externamente, más preocupados», asegura Ramón, «por el calambre repentino que por ese turbio, irrepentible éxtasis o permuta o combate o incineración o vislumbre o gemido o desencuentro o catástrofe o gloria, ese algo que por una explicable comodidad hemos convenido en llamar amor» (9:37). Curiosamente, Dolores, cuñada de Ramón, viene a corroborarle la posibilidad de un amor más allá de la rutina del matrimonio. Ella, afirma Ramón, «es sexo y algo más. Y sólo ese algo más convierte lo sexual en el deleite torturado, condenado y urgente, que viene a ser el amor» (9:179). Con esta relación, Ramón y Dolores rompen las limitaciones de la ética patriarcal. El no solo violenta el precepto judeo-cristiano de no desear la mujer del prójimo; desea, además, la de su propio hermano. Pero, como suele suceder en los amores trágicos a los cuales tanto recurre la literatura, la intensidad del amor parece únicamente posible al margen de lo aceptado por la convención. En este caso, la transgresión los rescata de la rutina y del vacío en que la vida matrimonial los ha sumido. ¿Pecado que el novelista expone como falla en la conducta de esos sujetos? ¿Quiebre con la ética antes defendida? ¿Dónde se ubica la moral benedettiana?

En la transgresión del poder patriarcal, por parte de Ramón y Gloria, y en el espíritu inquieto y retador de Gustavo, hijo del primero, reside un cierto optimismo en

esta novela y un gesto que parece retar algunos principios y prácticas de la ética heterosexual excluyente desde el ámbito mismo de lo normal. «Por dos caminos distintos», opina Carriña Navia, «Gustavo y Gloria niegan el mundo del caudillo. Niegan su práctica política atropelladora, esclavizadora y su práctica sexual machista, su concepción de las relaciones entre los hombres y su concepción de la sexualidad» (33:32). La acción de Ramón, al oponerse a ese orden patriarcal corrupto, recuerda la actitud asumida por el novelista cuando, desengañado, propone un ataque contra el modelo ético anteriormente defendido, una revolución que no sea «mera rebeldía» o simple «inconformismo parricida», sino «un tajante deslinde entre un Uruguay impuesto» y un Uruguay que está «haciendo su verdadera historia» (8:170-171).

A pesar de los nuevos factores puestos en juego en **Gracias por el fuego**, la escritura de Benedetti todavía muestra restos de un lastre moralizante patriarcal. Angel Rama sostiene que este Benedetti «ataca la hipocresía de los hombres», no obstante «deja a salvo los principios» de una moral «a la cual una y otra vez se vuelve confiado, nostálgico, y en cuya restauración secretamente confía» (37:76). Sin embargo, la novela señala innegables síntomas de cambio. Ya no se trata de un Benedetti tradicionalmente moralista, sino de un sujeto siempre moralista pero cuestionador de su propia ética y consciente de la necesidad de efectuar giros radicales en tal sentido. Es un escritor en definitiva enrumbado hacia la ética revolucionaria.

EL DESGARRAMIENTO DE LA FAMILIA PATRIARCAL

En *El cumpleaños de Juan Angel*, así como en las tres novelas anteriores, la familia nuclear es metáfora de la sociedad uruguaya. En este caso, se la expone en su hipocresía, en su profunda crisis, en la agobiante insatisfacción de sus miembros y en su infelicidad. El matrimonio ya no es tratado como violencia sino como odio inconfesable y enmascarado de amor; odio silencioso al que solo se le ha de poner fin mediante el desgarramiento.

Utilizando las figuras del búho (el padre) y del flamenco (la madre), Osvaldo Puente reseña la unión de sus padres en los siguientes términos:

por ejemplo el búho odia cautamente al flamenco
con temor de decírselo a sí mismo
pero lo odia con acumulada vergonzante firmeza
quizá sin haberse preguntado el porqué
ni el paraqué ni el desdecuándo ni el hastadónde
odia al flamenco
la odia
por lo que imprudentemente esperó de ella
y ella soliviantada ella auténtica ella mediocre se
negó a cumplir
la odia porque descendió de su futuro fácilmente
previsible
intoxicada de pereza de dulcísima inhibición
y sobre todo la odia porque ella no se arrepiente
y más aún porque él no encuentra razones para
que ella se arrepienta

por su parte el flamenco odia al búho
 y esto es lo insólito lo odia
 creyendo sinceramente que lo ama
 lo odia desde su vientre desde su bostezo
 por lo que imprudentemente esperó de él
 y él tozudo él débil él huérfano él austero se
 negó a cumplir
 lo odia porque en la cama
 lo odia porque él comprende
 y ella oscuramente desearía que él jamás
 comprendiese
 y sí la usara como objeto como alimaña como
 brecha hacia el fondo de sí mismo (5:15).

Ninguno de los dos satisface las expectativas del otro. Son dos cuerpos extraños que incorporan todo cuanto cada uno de ellos considera es un defecto. La razón de ese odio se encuentra en el no cumplimiento de funciones y conductas propias del varón o de la mujer. Como hasta el momento ha sido usual en la novela de Benedetti, la presencia del hombre «débil» y más comprensivo de la cuenta —recuérdese a Miguel, a Santomé y a Ramón, por ejemplo— continúa siendo una de las carencias más peligrosas. La madre de Osvaldo, por su parte, espera que el marido, como amo y señor de su destino y cuerpo de mujer, la use «como objeto» y la desaparezca como persona.

La inculcación del patrón hombre dominante-mujer sumisa obliga a los adultos a ajustarse a las convenciones del sistema y ajustar a los otros, de manera particular a los niños. Osvaldo Puente empieza, como Miguel en **Quién de nosotros** y Ramón en **Gracias por el fuego**,

a ser marcado por esa dinámica mutiladora y a llevar una vida que no le permite encontrarse, salvo en la soledad y en el miedo. A los once años, Osvaldo concibe su infancia como «una caverna», desde cuyo fondo «ve pasar el mundo» y lo ve «podrirse» (5:12-13); una caverna que el niño no quiere abandonar por ninguna razón; teme el contacto con el mundo de afuera, justamente por el riesgo de que le causen daño y por la falta de autenticidad:

allí están los adultos como un muro
feroces y tiernos e inconmensurablemente fallutos
el candor se les desprende era
una bonita caparazón a plazo fijo
el corazón se les reduce era
un guijarro a prueba de fáciles alarmas
las metalúrgicas uñas del egoísmo inoxidable
crecen
crecen y son virtualmente eternas
rascan pinchan matan
no quiero que me vacíen los ojos
que me partan el labio
que me corten higiénicamente el prepucio (5:10).

Los personajes comparten las frustraciones y los temores señalados a propósito de las primeras tres novelas. El mundo en el que Benedetti ha puesto los ojos se muestra regido por una ética a la cual resulta imprescindible afiliarse, con el fin de encontrar algún sentido; no están conscientes de que, paradójicamente, se sujetan al sinsentido de una moral y a una ley inoperantes:

todos cumplen con dios y el estatuto
rezan cuando hay que rezar

perdonan cuando hay que perdonar
 falsifican cuando hay que falsificar
 albrician cuando hay que albriciar
 escarmientan cuando hay que escarmentar
 siempre de acuerdo con dios y el estatuto (5:42).

La inoperancia de las acciones reside en estar vacías de auténtico propósito, pues se han transformado en meros procedimientos repetitivos, en rutinas mediante las cuales se cumple el hay que, así no se tengan claras las razones.

Oswaldo, obediente al precepto y respetuoso del orden, también ajusta su vida y esperanza de un poco de felicidad a un código ético del cual solo logra conocer el deber y no la razón; consecuentemente, se somete a las convenciones y asume funciones que, según la ley, le son posibles. Por eso, a la edad de veintiocho años, se desempeña como esposo y padre, como cabeza de familia, diminuto patriarca celoso de la normalidad. Su hogar es «su territorio», «su terreno firme», el ámbito donde él se pone «sereno y programador». Allí le esperan «el rostro guarneciente de» Luisa y «la pureza volátil de» sus hijos Andresito y Jorge (5:54). En total coherencia con la lógica que norma su relación matrimonial y le adjudica autoridad sobre su mujer y su prole, expresa un concepto de la hembra ajustado, en todos sus términos, a los preceptos de una sociedad machista:

de todas maneras ella es mi latifundio y
 mi minifundio
 en ella satisfago mis éxtasis frugales
 cultivo mis almácigos de púdica lujuria y no habrá
 reforma agraria que me la expropie (5:60).

Oswaldo piensa y actúa conforme al sistema, y siguiendo el modelo del varón infiel y conquistador —del cual la novela de Benedetti ofrece un significativo número de ejemplos— hace referencia a su conducta promiscua cuando asevera que, en una ocasión, algún «marido ultrajado anduvo» buscándole «con intenciones emasculatorias» (5:89).

Sumido en su pequeño territorio, el dueño de ese «latifundio» o «minifundio» empieza a ser, poco a poco, acechado por otras realidades:

no veo otros árboles que el limonero familiar
otros pájaros que el gorrión sobre el muro
otros niños que jorge y andresito
otra mujer que luisa

sin embargo adivino
otros árboles
pájaros
niños
mujeres (5:57)

y, quebrando la norma de que un hombre no llora, la inmediatez de ese otro mundo le hace expresar que, «por primera vez en» su «año veintinueve», siente «inexplicables ganas de llorar por la triste armonía que vegeta extramuros» (5:57). Conforme esa otra realidad satura su existencia, Oswaldo empieza a exiliarse del mundo clase media, de sus convenciones y prácticas. Llega un momento cuando necesita escapar de las relaciones dominadoras de ese «territorio» en donde había hallado su porción de paz y comodidad. Le urge, entonces, desgarrarse de

cuanto, según el código patriarcal, le pertenece. A los treinta años, finalmente puede decir(se):

mis huesos
mis recuerdos
mis silencios
todo se halla en su sitio
por lo tanto
ya estoy en condiciones de extraviarlos (5:64).

Y abandona todo lo que antes había pensado ni una reforma agraria podía arrebatarle.

Oswaldo, en ruta a convertirse en Juan Angel, pasa a la clandestinidad, esa región en donde se subvierte el orden. Con su bautizo revolucionario, el rechazo a las trampas y a las convenciones, y al dejar atrás buena parte de su lastre patriarcal, emerge con una percepción renovada de la vida. Tal hecho es detectable en la significativa asunción de la mujer; ésta deja de ser objeto de posesión, irracionalidad, debilidad y carencia, para convertirse en persona activamente involucrada en una lucha contra la injusticia:

en verdad no se puede hacer una revolución
sin ellas
les cuesta un poco dejar las cacerolas los
ruleros la plancha las clases de corte
y confección la revista claudia los
horóscopos
pero cuando dejan atrás su corazón doméstico
sus blanduras completas entonces esas
frágiles se vuelven más tenaces que un
gladiador (5:89-90).

Las palabras de Juan Angel revelan a un hombre que, por fin, parece haber aprendido una lección tan revolucionaria como la causa política por la cual lucha: *lo femenino* y *lo masculino* no son ni naturales ni excluyentes en un sujeto.

Contrario al odio enmascarado de amor que sujeta y disminuye las relaciones entre hombres y mujeres, ese giro de la ética heterosexual excluyente, teñido por una fuerte dosis de pensamiento revolucionario, busca romper ataduras y dejar escuchar ya no los lamentos de individuos solitarios y frustrados, sino un «canto de amor colectivo» (5:87). Esta moral afianzada en la solidaridad modifica los contenidos del concepto amor y lo aleja del simple «calambre repentino» o de «ese algo que por una explicable comodidad», aseveraba Ramón en **Gracias por el fuego**, «hemos convenido en llamar amor» (9:37).

AFERRADOS A LA ESPERANZA

En el giro tomado por la escritura de Benedetti respecto a las relaciones amorosas en el núcleo de la familia, su quinta novela aporta una serie de aspectos que, en mucho, complementan y aclaran el destino de los sujetos. Conviene recordar que las decisiones de Miguel, Alicia, Lucas, Martín Santomé, Laura Avellaneda, Ramón y Dolores, a pesar de ubicarse en el terreno de la heterosexualidad, se perciben con algún grado de desconfianza. Todos ellos intentan obtener su parcela de realización y felicidad, su propia tregua, en uniones que, desde el punto de vista moral, pisan lo prohibido o, al menos, lo no deseable. En **Primavera con una esquina rota**, los acontecimientos parecen mucho menos tensos. Los personajes

muestran una conciencia más clara, enfrentan sus decisiones con un alto grado de responsabilidad y, en vez de jugar el juego de la mentira y el escondido, acuden a la honestidad con los demás y con ellos mismos.

Graciela, esposa de Santiago y madre de una hija, encarna un modelo de mujer con rasgos de mayor franqueza y honestidad que otros personajes femeninos en la producción de este novelista. Su carácter exhibe, junto a la correspondiente madurez, las huellas de una «obligada separación» que la ha «endurecido», mientras que a Santiago, su esposo, «lo ha hecho más tierno» (13:80). En el exilio, Graciela se ha convertido en una «Penélope» que ya «no se conforma con tejer y destejer» (13:54); una mujer que, forzada a salir de los esquemas tradicionales, siente haberse «transformado en otra mujer» (13:98). Y, como hembra no pasiva y capaz de enfrentar el mundo, puede aceptar que «cada vez lo» necesita «menos» (13:80). El suegro de Graciela, a quien ella ha confesado su desapego amoroso, se cuestiona si ese distanciamiento no se debe, acaso, al hecho mismo de ser mujer. «¿Será que la mujer, para mantener incólume su amor», se pregunta don Rafael, «precisa, más que la existencia, la presencia física del hombre?» (13:54). El razonamiento llevado a cabo por la esposa, para encontrar la causa de su falta de necesidad de Santiago como varón, parece apoyar la tesis de don Rafael: «El sigue escribiéndome cartas cariñosas, cálidas, tiernas, pero yo las leo como si fueran para otra», y pregunta: «¿Será que la cárcel ha convertido a Santiago en otro tipo?» (13:98). Graciela extraña la fortaleza del varón y, por tal motivo, valora el giro cariñoso, cálido y tierno de las palabras del esposo preso como defecto y carencia (¿femenino?).

Ante ese Santiago debilitado, su cuerpo de mujer no responde a ningún estímulo, pero sí está dispuesto a responder a los de otro varón que no muestre los síntomas del marido. No sentir necesidad del cuerpo de Santiago «no significa que el» de ella «esté inerte» (13:81). Frente a la falta de varón, Graciela no anda con rebuscadas formas de ocultar sus deseos. No tener un compañero con quien compartir cuanto el cuerpo exige «no es fácil, ni cómodo, ni agradable» (13:81). El placer en su cuerpo no es negado ni idealizado en nombre del amor. Su moral la impulsa a buscar la honestidad, como forma de vivir sexualmente al margen del matrimonio; sin lugar a dudas, un medio para no denigrar su posterior relación amorosa con Rolando, amigo del esposo. Se establece, de tal manera, un trío que hace recordar a Miguel, Alicia y Lucas en **Quién de nosotros**. Pero, a diferencia de Alicia, ella no juega a la sumisión ni al silencio. El suegro le aconseja no decirle nada a Santiago hasta que éste salga de la cárcel. La esposa no quiere la traición, sin embargo, tampoco encuentra justo dejarse llevar por la mentira: «Si Santiago no estuviera preso, esto no sería tan grave. Sería simplemente lo que le ocurre a tanta gente. Podríamos hablarlo, discutirlo» (13:130). La imagen de una Graciela cambiada por el exilio parece lejana de la de aquella mujer que, por «el machismo-leninismo» de Santiago y sus compañeros de lucha, había sido parte de un grupo de «esposas marginadas» y dispuestas a cumplir con las funciones de hembras sumisas; seres incapaces de otra cosa que no fuera participar «con objeciones obvias y más que nada preparando ensaladas churrascos ñoquis empanadas milanesas dulce de leche y después lavando platos mientras ellos seстеaban a gamba suelta» (13:151). La pasividad de esa mujer ha sido erradicada. En su

relación con Rolando, más que hembra pasiva y resignada, Graciela «se dejaba acariciar y acariciaba con una alegría corporal que, al iluminarla, la convertía rápidamente de seducida en seductora» (13:171).

Por otra parte, la figura del varón ha seguido los rasgos esbozados en **El cumpleaños de Juan Angel**. En términos generales, a todos los ha modificado la desgarradora experiencia del exilio o la cárcel; consecuencias ambas de haber participado en la oposición al régimen autoritario de Uruguay. La experiencia además les ha modificado su mentalidad con respecto a sus actitudes como varones. Son hombres mucho más sensibles y un tanto más abiertos a incorporar conductas antes consideradas exclusivamente femeninas; tal es el caso de llorar, aunque a veces se lamenten de «no haber adquirido ese hábito» o se sorprendan al hacerlo. En una de sus cartas a la esposa, Santiago le hace ver cómo el llanto es parte de sus compañeros presos: «Yo, al menos, no lloro. Pero no me enorgullezco de ese estreñimiento emocional. Sé de mucha gente que aquí de pronto suelta el trapo y llora inconsolablemente durante media hora, y luego emerge de ese pozo en mejores condiciones y con mejor ánimo. Como si el desahogo les sirviera de ajuste. De manera que», agrega, «a veces lamento no haber adquirido ese hábito» (13:34). Por su parte, el padre de Santiago expresa a raíz del plebiscito llevado a cabo en Uruguay: «y de pronto me di cuenta de que estaba llorando sin ninguna vergüenza y hasta con sollozos y que ese llanto no era cursi ni ridículo y me sorprendí tanto de mi propio estallido», dice este hombre de sesenta y siete años, «que quise recordar cuándo había llorado así por última vez y tuve que retroceder hasta octubre del 67, en Montevideo, también

solo y de noche, cuando otra onda corta había pormenorizado la tristeza informativa de Fidel sobre la muerte del Che» (13:189-190). Por supuesto que, en las palabras del padre de Santiago, es posible entrever la diferencia de su llanto de hombre: no es ni «curso» ni «ridículo».

Santiago aparece como un varón de palabra, solidario, fiel e incapaz de hacer «una porquería» a su mujer o a cualquier otra persona. Graciela lo define como «un tipo de primera. Leal, buen amigo, buen compañero, buen marido» (13:98). El no incorpora la agresividad conyugal ni la promiscuidad tan mostradas en la novela benedettiana. Por el contrario, parece constituir un modelo de varón éticamente sólido, pero, a la vez, alejado del patrón machista; no por otro motivo, Santiago aclara la intención de sus acciones. Así, por ejemplo, al tener la posibilidad de ser excarcelado pronto, le comenta a Graciela la necesidad de encontrar un trabajo: «Ya sé que tenés un buen empleo, pero yo quiero laburar lo antes posible. Y no pienses que sea por machismo» (13:164).

La figura de don Rafael Aguirre, hombre viudo y de avanzada edad, reúne características que le hacen verse un poco distante de la tradicional ética machista. Muy distinto de cuanto fueron el padre de Miguel en **Quién de nosotros** y de Ramón en **Gracias por el fuego**, don Rafael asevera sobre su relación con Mercedes, su difunta esposa: «Nunca pude agraviarla, o gritarle, o recriminarle algo». No obstante, sus relaciones sexuales con ella fueron, como en la mayoría de los sujetos aferrados a la norma, deficientes: «Hacer el amor con Mercedes era quizá como hacerlo con un concepto y no con un cuerpo, pero después de hacerlo significaba una unión mucho más

estrecha que el acto en sí» (13:208). La madurez alcanzada a lo largo de la vida le hace revelarse contra prejuicios largamente acariciados en una sociedad donde las relaciones amorosas han estado tan teñidas de restricción y de un puritanismo falso. «En el amor no hay posturas ridículas ni cursis ni obscenas. En el no amor todo es ridículo y cursi y obsceno», afirma y agrega, «También la norma, también la tradición» (13:74). A su edad no parece dispuesto a ninguna limitación que le impida un gozo pleno con Lydia en esa región no totalmente aceptada por la norma y la tradición, mas dispuesta de manera tal que los mecanismos de censura no los acosen.

De forma particular en **El cumpleaños de Juan Angel** y en **Primavera con una esquina rota**, el aislamiento, la individualidad atemorizada, el silencio, la hipocresía, el parecer ser y la ética heterosexual excluyente tradicional solo pueden llevar a la crisis del sujeto y la colectividad. Esta moral heterosexual, renovada y menos tensa, permite una relación de opuestos entre el hombre y la mujer, pero en mayores términos de igualdad; de contrarios, mas no excluyentes; de personas y no de macho dominante y hembra sumisa. Innegablemente, las últimas dos novelas incorporan un cierto trastocamiento de la ética patriarcal, pero continúan en los terrenos de cuanto ésta acoge como *normalidad*. Se evidencia un absoluto silencio con respecto a las relaciones no heterosexuales. La moral delineada en la novela no da lugar a prácticas amorosas que todavía parece dispuesta a censurar con el mecanismo más sutil: no hablar de ellas.

**EL HOMOSEXUAL:
ESE MARGINAL
TEMERARIO**

*Solo mi alma se ve empujada
por la fuerza del viento,
impulsada en todas
direcciones, amor mío,
en busca de un amigo,
buscándote a ti.*

Walt Whitman, **Cálamo**

En la escritura de Benedetti se percibe el tratamiento de un problema moral, que quiebra los límites de la individualidad y se desplaza a ámbitos en los cuales ciertos principios éticos del patriarcado comienzan a verse teñidos por intereses económicos y el enfrentamiento abierto con estilos de vida marginales que no encuentran, o se les niega, cabida y posibilidad de realización. El universo de su novela está normado por la lógica y el código heterosexuales excluyentes. Los sujetos reaccionan, se agrupan, sobreviven o mueren, en una tensión constante de lucha por el poder; un poder generado, como todo poder, por «la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización» (25:113).

La moral patriarcal fue, en su momento, ardorosamente defendida por el escritor en **El país de la cola de**

paja. Aquí, cuestiona la prensa escrita por guardar silencio con respecto a los jóvenes de «familias bien», que se dedican «al tráfico de estupefacientes o al contrabando o asisten a bodas de homosexuales» (7:59). En sus escritos, Benedetti no parece alarmarse de que haya homosexuales en la sociedad montevideana; lo que sí le preocupa es que, a raíz de la crisis del país, la familia —fundamento y razón de la sociedad uruguaya— se esté erosionando y que las relaciones sexuales se estén contaminando. Y, ¿quién degrada las relaciones «normales»? ¿Quién hace entrar a la familia en crisis? La causa, al menos una, aparenta ser la práctica homoerótica producto de la malformación del varón. Si el escritor coloca al homosexualismo junto al «tráfico de estupefacientes» y al «contrabando» como transgresiones de las buenas costumbres y de la moral pública, el uso de la ceremonia matrimonial por parte de los homosexuales le resulta abominable.

TODA UNA FIGURA PELIGROSA

En Occidente, el homosexual ha sido percibido como un sujeto peligroso por su capacidad de provocar el caos y la corrupción de los no homosexuales. En tal sentido, contra él y a pesar de su insistente presencia en todos los ámbitos de acción y pensamiento, se han elaborado las más brutales y refinadas formas para desaparecerlo de la faz de la tierra. En el seno mismo de la lógica del pensamiento occidental, en esa relación disyuntiva que se establece entre el varón y la mujer heterosexuales, la vida homoerótica resulta una variante del tercero excluido, una opción marcada como no existencia, irracionalidad, desviación y transgresión de la ley. Por tal motivo, la homosexualidad y otras maneras de relación no restringidas a

la del hombre dominante y la mujer sumisa han sido sometidas a la censura, a la marginalidad, al silencio y, en muchos casos, a la muerte. Entre la negación y la afirmación no hay término medio; no existe opción para la persona, ese sujeto que se constituye entre lo simbólico (lo institucional, lo establecido, la norma patriarcal) y lo semiótico (lo pulsional, lo natural, la ruptura).

La figura homoerótica, no importa si se trata de mujeres o varones, asimila, en el discurso, figuras claramente diferenciadas en otros tiempos: sodomita, pervertido, anormal, enfermo, desviado, etc. De toda suerte y aun cuando se la llame con distintos nombres, todavía se encuentra ubicada en el espacio más peligroso y censurable de la memoria. Es heredera del tenebroso pasaje bíblico de Sodoma y Gomorra. Sobre ella ha recaído el peso acumulado de la condena pronunciada contra los cananitas, los filisteos, los musulmanes, los infieles, los pecadores. Su ser «detestable» (38:159) es presa fácil de los «apetitos sexuales vergonzosos» (38:1390) y su destino solamente puede ser la muerte (38:160) y «sufrir el castigo judicial de fuego eterno» (38:1514). Esta temida transgresión al orden divino, a *lo natural* y a *la normalidad*, ordena el texto bíblico, no ha de heredar el reino de Dios. Ante los ojos censuradores del patriarca, todo homosexual en pensamiento u obra es un paria, un intocable, un indiscutible representante de las fuerzas del Demonio.

A partir de la implementación de la Inquisición en España en el año 1233*, el hecho de ser acusado de prácticas

* No en toda España se implantó la Inquisición en ese año. En su trabajo **La inquisición medieval y la moderna: paralelos y contrastes**, Teófilo Ruiz sostiene que «la fundación de la Inquisición en Castilla bajo el control de sus monarcas en 1478 y su extensión a la Corona

«contra natura» fue razón suficiente como para que el Santo Oficio tomara posesión de los bienes del sujeto acusado y le impusiera penas que iban desde la castración hasta la muerte. Conviene recordar que el discurso cristiano instauró una fuerte carga represora contra las prácticas homosexuales que, en la España de entonces y más tarde en todos sus dominios, había calado muy hondo. Los escritos del Papa Gregorio IX, los de Tomás de Aquino y los acuerdos del Concilio III de Letrán en el año 1179 son ejemplos de tal discurso. En forma concreta en España, el edicto real de Alfonso X tuvo un enorme impacto sobre tales conductas** y estimuló la persecución y aplicación de severas penas. La vida privada cayó bajo la palabra supuestamente infalible de la Iglesia Católica y su cuerpo inquisitorial. Según Bartolomé Bennassar, el Santo Oficio, con «la sutil difusión del miedo entre las capas del cuerpo social», se transformó en una «maquinaria productiva de palabras, conductas e ideas» (1:175) y el homosexual, fuertemente teñido de herejía, idolatría y pecado, fue su blanco perfecto. La historia posterior no habría de cambiar en forma significativa.

de Aragón en 1483 es lo que marca el comienzo del Santo Oficio en toda España» (1:15). Sin embargo, tanto en Aragón como en Cataluña ya existía una activa Inquisición desde hacía mucho tiempo; oficialmente, ésta terminó en España con el decreto promulgado por la Regente María Cristina el 15 de julio de 1834.

- ** Véase la siguiente parte de ese edicto y los castigos que ordenaba: Maguer que nos agravia de fablar encosa que es muy sin guisa de cuidar, e muy sin guisa de facer; pero porque mal pecado alguna vez aviene, que home codicia a otro por pecar en el contra natura: mandamos que qualesquier que sean, que tal pecado fagan, que luego que fuere sabido, que ambos a dos sean castrados ente todo el pueblo, e después, a tercer día, sean colgados por las piernas fasta que mueran, e nunca dende sean tollidos (17:288).

Siglos después, las condenas bíblicas y de los diferentes aparatos instaurados por el Cristianismo y los gobiernos temporales a su abrigo mantuvieron prácticamente inalteradas las restricciones y los prejuicios contra la figura del homosexual. Por supuesto, tales modos de censura no solo han constreñido la vida de esos sujetos; también han condicionado su incorporación en los textos literarios y, en ellos, su perfil: «el marica», «la loca», «el mariposón», «la reina», en otras palabras, el estereotipo de esa alma de mujer condenada en un cuerpo de hombre. Sin embargo, los movimientos feministas y homosexuales surgidos de modo claramente organizado en la década de los años cincuenta, a veces inclusive antes, en algunos países europeos y en los Estados Unidos de América y, luego, en países latinoamericanos han permitido un conocimiento cada vez más profundo de las maneras en que la lógica patriarcal ha codificado y censurado tales conductas, con el fin de asegurarse amplios espacios de dominio. A partir de la segunda mitad del presente siglo, se comienzan a esbozar graves interrogantes con respecto a la justicia, naturaleza y medios utilizados por el patriarcado en estos países. Es un tiempo en el cual, formas de relación fuertemente perseguidas rompen el silencio que les hacía parecer no ser, no existir, y empiezan a demandar su estatuto de normalidad, de no desviación y su derecho a ser personas. Aparecen nuevas corrientes cristianas que, releyendo los mismos textos bíblicos sobre los cuales el patriarcado occidental había mantenido su hegemonía y censura, abren el credo a quienes no cumplen los requerimientos de una programación heterosexual excluyente y desigual. Esas oleadas liberadoras y, por lo tanto, transgresoras (¿rectificadoras?) han surgido en muchos países como parte del desarrollo de las

ciencias, de manera especial debido a los avances de la sociología, la psicología y la psiquiatría. La homosexualidad misma dejó de ser considerada una enfermedad y cada día más se la mira como una opción de vida, en la cual es posible alcanzar la felicidad.

NEGACION Y SUSTITUCION FORZADAS

En **Quién de nosotros**, las características de Miguel, como varón, son percibidas de manera negativa. Es un hombre a quien le falta lo necesario para ejercer como tal. Su debilidad y falta de ambición, de posesión y de celos lo ubican, de distintas formas, en una región muy cerca a «lo femenino». No extraña, entonces, que sea él mismo quien, por un instante, deje entrever la homosexualidad como parte de su naturaleza: «Un enamoramiento tan opaco, lo reconozco, que jamás llegaba a emocionarme ni a avivar mi ternura, pues sólo en raras ocasiones mi moderada nostalgia me llevaba a pensamientos como estos: ‘¿Me gustaría que ella estuviera aquí?’ o ‘¿Qué diría Alicia de esto?’ o ‘¿Qué estará haciendo ella en este instante?’», anota el marido en su libreta y agrega: «Pero toda probabilidad quedó disipada el día en que me sorprendí preguntándome qué opinaría Lucas sobre algo, pues evidentemente yo no estaba enamorado de Lucas» (14:39). Las últimas palabras tienen una singular importancia, no por lo que afirman sino, más bien, por lo que niegan. El personaje descarta la posibilidad, basándose en lo evidente, de estar «enamorado de Lucas». Pero lo evidente no siempre significa lo verdadero; de modo particular en el caso de un comportamiento que, al interior de una sociedad represora, resulta riesgoso frente a los otros y difícil de aceptar. Esa negativa solo parece tener

sentido por la aceptación, en primera instancia, de lo negado. ¿Será Lucas, acaso, el secreto objeto amoroso de un Miguel que no puede siquiera atreverse a aceptar sus inclinaciones homosexuales?

Esa posibilidad empieza a delinearse con mayor fuerza si, manteniéndose en el nivel de lo implícito, se consideran las valoraciones llevadas a cabo por Miguel con respecto a ese posible objeto amoroso. Para él, Alicia y Lucas son individuos de una «misma clase» y «de calidad e impulso semejantes» (14:29); esto es, entre su amigo y su esposa operan vínculos que los hacen con facilidad intercambiables. Más aún, la semejanza o igualdad, no abarca solo los aspectos epidérmicos de esos dos sujetos. Alicia y Lucas seducen a Miguel a seguir ciertos comportamientos, como únicamente lo haría un enamorado: «Lucas tenía siempre disponible una afectuosa sonrisa para estimular mis comentarios» (14:29-30) y Alicia le mira «con una ternura inmóvil» (14:30); por eso, sin titubear, Miguel afirma que Alicia y Lucas le «querían», le eran «fieles y seguirían siéndolo» (14:30). Si en la relación establecida por Miguel, Alicia y Lucas, el primero funciona como un sujeto limitado a la posición de testigo de los otros dos, ¿sería aventurado entender que, al dar Miguel su esposa a Lucas, el esposo también se está dando a ese fantasma que desde hace mucho le persigue?

El que eso sea de esa forma permitiría entender la entrega realizada por el esposo a Lucas, no solo como un reconocimiento de la superioridad y fortaleza del segundo o como una manera de que Alicia pueda recuperar «el tono de felicidad que pudo haber obtenido once años atrás» (14:56), cuando Alicia y Lucas podrían haberse

casado. Esas constituirían simples justificaciones de un esposo excesivamente comprensivo o resignado. La acción llevada a cabo por Miguel, débil y pasivo, parece el ofrecimiento de un homosexual reprimido para llegar a los brazos de Lucas, el hombre. En una ocasión, Miguel piensa en su sacrificio o eliminación como una de las opciones a su alcance. «Si yo desapareciese espontáneamente de la escena, si les dejase sin más el campo libre», escribe en su cuaderno, «esa actitud tomaría para ellos el nombre de sacrificio» y anota más adelante: «Es, pues, fundamental que ante sus ojos no me sacrifique (¿acaso me sacrifico ante los míos?)» (14:57). No será Miguel quien se atreva a ofrecérselo a Lucas, pero ofrece a la esposa y, en tal sustitución, lo sacrificado y ofrecido (Alicia) incorpora al oferente o sacrificador (Miguel).

El interés de Alicia por Lucas nace de Miguel. Es el marido quien desde un inicio insiste en el juego de la sustitución. «Nunca pude entender», le manifiesta ella al esposo en la carta, «por qué insististe en acercarme a Lucas. Era un intruso, pensaba, y quería rechazarlo, quería negarlo antes de que el ilimitado prestigio suyo que me transmitías, penetrase forzosamente en nuestra disgregada seguridad» (14:68). Lucas no es un macho que amenaza al marido con quitarle la hembra, es mucho más que eso. Es una elaboración del esposo para que le arrebatase a la mujer, ya que no es a él a quien Lucas pretende. Lucas está arraigado en Miguel, quizá mucho más de cuanto está en Alicia: «el Otro que habías creado, el Lucas de tu cosecha, se había instalado provisoriamente en ti», le hace ver ella con aguda intuición. Cabe entonces preguntarse de nuevo si, en lo más profundo de Miguel, en todo aquello que no es obvio, ni lógico, ni confesable, está o no el marido

en verdad «enamorado de Lucas». Todo parece un asunto de juegos macabros, secretos y perversos. El plan de unir a su esposa con Lucas le ha tomado once años, «formulando el anuncio», preparando «el terreno», señala Alicia, «igual que aquellos fabricantes de evangelios que acomodan la historia a las profecías» (14:72) pero, antes que nada, «disfrutando por anticipado» de su «sacrificio» y agrega: «Y eras tan inteligente que nunca lo mencionabas, como si nuestra vida imperturbable, nuestro inefable, aborrecido idilio, se alimentara exclusivamente de esa horrible complicidad» (14:72). «No puedo perdonarte que me hayas hecho preferir a Lucas, cuando era tanto mejor quererte a ti», le dice consciente de ser víctima de los planes sustitutivos del marido. Así aparenta también entenderlo Miguel cuando, casi al final de su cuaderno apunta, sabiendo que no hay sacrificio de su parte sino ofrecimiento de Alicia: «Pero entonces no existe el sacrificio» (14:63). Todo ha sido una gran mentira para poder, por fin, hallar su «vocación», su «razón de existir» (14:63).

La versión de los hechos en la carta de Alicia aparenta confirmar la posibilidad de una tendencia homosexual que Miguel, «evidentemente», no alcanza a percibir o no quiere aceptar. El marido nunca ha estado interesado en ella como su esposa, salvo como mujer para Lucas y, más allá de cualquier evidencia, como su propia sustituta. En tal sentido, la conducta del esposo parece la de alguien acorralado por prejuicios y temores que no le permiten ser lo que quiere. A los ojos del marido, Lucas es superior; es «desafiante» y «agresivo» e incorpora todo cuanto se asigna al macho, al verdadero varón, el perfecto complemento para la naturaleza pasivo-receptiva del marido.

Por otro lado, Alicia insinúa cierta falta de interés en Miguel por las mujeres. Refiriéndose a Teresa, amante del esposo, le dice: «Es una buena mujer, que hace lo que puede y te da lo que tiene: un cuerpo admirable que, en definitiva, a ti no te interesa» (14:71). ¿De dónde nace tal convicción por parte de la esposa? ¿No es acaso de su experiencia con quien ha vivido once años y del que, sin lugar a dudas, conoce su inapetencia por el cuerpo femenino? Como Claudia en el cuento de Lucas, Alicia reacciona de la siguiente manera a la solicitud de Andrés (Miguel) de regresar y no dejarlo más: «Mentira. Nunca me ha deseado. Es un frío, un metido en sí mismo» (14:107). ¿Por qué se ha casado Miguel con Alicia? ¿Por qué Miguel ha hecho a Teresa su amante? ¿Busca el marido a una mujer en los términos en que la buscaría un hombre heterosexual, esto es, como objeto de su amor y su deseo, o simplemente como excusa para sobrevivir sin mayores sobresaltos de conciencia y evitar las sanciones previstas para los homosexuales? ¿Quién miente? ¿Teresa? ¿Miguel? ¿La escritura de una novela que no se atreve a llamar las cosas por su nombre? ¿Qué se teme? ¿Por qué el secreto?

La posibilidad de lectura planteada arriba es importante, pues la figura del homosexual, como síntoma de degradación, resultado de la crisis moral uruguaya y transgresión del ordenamiento y las leyes patriarcales, ha de ser delineada con incomparable precisión en **La tregua** y aparecerá, aunque con un disminuido interés, en **Gracias por el fuego**, para luego desaparecer en **El cumpleaños de Juan Ángel** y **Primavera con una esquina rota**.

VOZ, EXISTENCIA Y AGRESIVIDAD

La tregua, como parte de un proceso de conciencia respecto a la crisis de la sociedad montevideana, profundiza el cuestionamiento del orden y la moral patriarcales y, a la vez, la escritura, sin aparentemente quererlo, abre sitio a voces que atentan contra las conductas propias de la lógica heterosexual excluyente y, por ello, contra el país. Con mucha mayor claridad que en **Quién de nosotros**, la segunda novela expone la práctica homoerótica como resultado de una malsana y exagerada permisividad que hace peligrar las instituciones, especialmente a la familia nuclear, y resquebraja los dispositivos de dominio heterosexuales en tal enfrentamiento.

El temor (¿homofobia?)*** expresado por Benedetti en **El país de la cola de paja** resulta semejante a cuanto afirma Santomé en su diario: «Me gusta el Tupí a esta hora, bien temprano», escribe, «cuando todavía no lo han invadido los maricas» (11:93). Los homosexuales no son ya fantasmas, ni verdades a medio decir, ni silencios, ni sujetos incapaces de aceptar su naturaleza diferente. Son tan concretos, que lo fantasmal se queda para los objetos en los cuales Santomé refracta su conducta homofóbica. Refiriéndose a unos adornos enviados por uno de sus tíos en ocasión de un aniversario, los describe como «unos

*** El término homofobia empezó a usarse a partir de 1972 para referirse al temor y odio hacia los homosexuales. Describe las actitudes sico-sociales a las cuales ellos deben responder; actitudes que, en lo fundamental, son de repulsión y condena. Los mismos homosexuales con frecuencia internalizan este comportamiento como una especie de odio hacia ellos mismos, especialmente hacia ciertas variantes de conducta homoerótica (21:15).

pajecitos maricones que eran aproximadamente repugnantes» (11:71). Nada parece escapar de los ojos escrutadores de un Santomé en exceso moralista y censorador.

Como objeto de la homofobia de Santomé, la figura del homosexual es percibida mediante la palabra del primero pero, en esta novela, también tiene su voz, su palabra y su escritura, y por ellas existe y agrade. La observación de Santomé acerca de la crisis y sus resultados es únicamente viable en una escritura agredida por su contrario; más aún, solo es pensable en una conciencia temerosa perder el control o de ser además expuesta más de lo conveniente: «¿Qué está peor entonces? Después de mucho exprimirme el cerebro llegué al convencimiento de que lo que está peor es la resignación. Los rebeldes han pasado a ser semi-rebeldes, los semi-rebeldes a resignados», sostiene el personaje y agrega: «Yo creo que en este luminoso Montevideo, los dos gremios que han progresado más en estos últimos tiempos son los maricas y los resignados» (11:47). La frontalidad con la cual éstos avanzan, ocupan los lugares y desplazan a los otros, implica una fuerza muy particular de cuanto, tradicionalmente, ha sido patrimonio de la virilidad. En tal sentido, las palabras de Santomé tienen el prejuicio como único apoyo, la percepción distorsionada de un varón agredido en busca de alguien en quien depositar la culpa, así como se hacía con los moros, los cananeos, los infieles y muchos otros, siglos atrás. Se deja al descubierto una mentalidad judeo-cristiana obsesiva, necesitada de incorporar el pecado en los que mira como sus enemigos y, de tal manera, justificar su aniquilación o aplacar sentimientos de culpa.

Herederero de un código de conducta que exige probar la hombría, el varón heterosexual es forzado a retar a los otros, a ser violento, a disputarse la hembra y a poner en evidencia a quienes no sepan comportarse como hombres verdaderos. Siguiendo esa conducta, Santomé muestra, con hechos y palabras, su homofobia; ridiculiza a los «maricones», «pitucos» u «homosexuales». Los considera y desprecia como su oposición degradante. Frente a ellos, la lógica patriarcal —incorporada en la figura de Martín Santomé, Vignale, Diego y Esteban— adopta tres formas de (auto)censura claramente definidas por el discurso y el orden: afirmar que eso no está permitido, impedir que eso sea dicho y negar que eso existe (25:102). Pero, además, el no «maricón» está obligado a actuar de acuerdo con un código que le es enseñado desde la infancia. No puede dejarse arrastrar por sentimientos ni sentimentalismos; eso es propio de lo femenino. «Yo», escribe Santomé, «no puedo ser uno de esos tipos que andan siempre con el corazón en la mano» (11:95). Eso es para las mujeres; los verdaderos hombres no deben ponerse, como sí lo hacen los afeminados, «plañideros o mimosos o histéricos» (11:96).

Por esa razón, un sujeto como Daniel Gómez Perinando le hace recordar a Santomé la imagen de la hembra, pero repulsivamente deformada por venir de un cuerpo de varón. Nada, en absoluto de ese comportamiento femenino le habría de molestar si estuviera incorporado en un cuerpo de mujer. Refiriéndose a Daniel, lo describe como «un delicado que no pisa un restorán después que ha visto allá a alguien que usa escarbadientes, ése, justamente ése» que le contestó: «Pero señor, nosotros estamos con el Abstracto». Para terminar de elaborar el

estereotipo del afeminado o marica y convertirlo en objeto de burla, escribe: «El, en cambio, no es nada abstracto con su carita sin cejas y su eterna expresión de gatita preñada» (11:72). Los atributos de esa figura son femeninos porque el insulto, el desprecio y la burla se elaboran a partir de la degradación de lo femenino para llegar a lo afeminado: delicadeza, buenos modales, gusto por lo estético, rasgos finos, preñez, entre otros. Lo que en la mujer es femenino, en el varón homosexual se mira como afeminado. Con respecto a uno de sus compañeros de trabajo, anota Santomé: «la mano de Santini, de dedos finos, con dos anillos» contrasta junto a la de Laura Avellaneda, «con dedos parecidos a los de Santini, sólo que femeninos en vez de afeminados» (11:59). El homosexual se presenta como un individuo con «algo desagradable en el porte o en el vestir» (11:32). Es, según lo evalúa Santomé, un sujeto irresponsable y poco o nada productivo. Así, refiriéndose a los amigos de su hijo Jaime, escribe: «no me gustan sus amigos» y agrega, «ninguno de ellos trabaja, son hijos de papá» (11:67-68). Que una mujer no trabaje y sea mantenida por el varón es visto con absoluta naturalidad; es más, esa es la condición ideal según el machista. Que un varón no trabaje es claro síntoma de flojera y de una dependencia económica de los otros, reservada a la mujer y a los niños.

La configuración estereotipada del homosexual proviene, tal y como se afirmó en ocasión anterior, de una figura construida a lo largo de mucho tiempo en la cultura occidental y que, a partir del siglo XIX, además de llegar a ser «un personaje», «un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida», también llegó a constituir, según Michel Foucault, «una morfología, con

una anatomía indiscreta y quizá misteriosa fisiología». De hecho, en esa configuración del homosexual todo está saturado de su sexualidad. Esa misma sexualidad se halla «inscrita sin pudor en su rostro y su cuerpo porque consiste en un secreto que siempre se traiciona» (25:56). De tal suerte, cuanto Santomé percibe es el estereotipo y, por ello, reacciona ante sus propios prejuicios. La figura de ese homosexual se haya lejos de abarcar la variedad de comportamientos homoeróticos y Santomé no puede percibir más que lo afeminado y, en consecuencia, no intuye que la homosexualidad pueda encontrarse matizada de rasgos de rudeza y hombría propios del supuestamente «verdadero» varón.

El marica, a quien Santomé presiente en los amigos de su hijo Jaime y encuentra en Santini, es el individuo anormal que gusta del arte abstracto. ¿Y qué relación tiene el gusto por lo abstracto con la homosexualidad? ¿Implica ello que toda persona que guste de ese tipo de arte es homosexual? Evidentemente, en la estrechez de sus obcecados prejuicios, Santomé no acepta la abstracción como parte de la producción simbólica contemporánea. Su gusto por la obra realista, al estilo de Filippo Lippi, Monet, Gauguin y Renoir, y su rechazo por lo abstracto quizá residan en la falta del orden al que está acostumbrado o en la ausencia de la relación dominante-dominado propia del realismo. Ante esos objetos lejanos de la identificación, Santomé reacciona con sospecha: «Jaime fue llenando la casa con esos mamarrachos que precisan una explicación periódica. A veces», anota en su diario, «lo veo a él y a sus amigos extasiados frente a una jarra que tiene alas, recortes de diarios, una puerta y testículos y los oigo comentar: '¡Qué producción bárbara!'» (11:71-72).

Quienes gustan de esa producción estética también son, para él, indefinidos, carentes de sentido y marginales.

Para Santomé, el homosexual es el «desviado» que está conquistando un mayor lugar en el café, en el restaurante, en las calles y en su propia casa con esos objetos extraños y anormales traídos por el hijo. Con su presencia, Jaime agradece a su hermano Esteban y a Diego, su cuñado. Su voz es la de «los podridos» (11:20), la de quienes «se desviaron» (11:97), de esos para los que «no hay educación que los cure» o atención que los «enderece» (11:90). Para el padre, la voz de esos sujetos es más vergonzosa que la de un «ladrón», un «morfinómano» o un «imbécil» (11:97). Jaime, con su innegable realidad y su voz sin miedo, es todavía más peligroso que esas deplorables figuras por cuanto se atreve a hablar de su opción sexual y, al hacerlo, deviene parte de un movimiento que, por el hecho mismo de hablar de su sexualidad y de la represión sufrida, se reviste de «un aire de transgresión deliberada» que agiganta la furia de sus represores y, a la vez, los debilita. «Quien usa ese lenguaje hasta cierto punto se coloca fuera del poder: hace tambalearse la ley; anticipa, aunque sea poco, la libertad futura» (25:13). Incorporando las características y los valores machistas, Santomé odia la voz homoerótica en Jaime porque, en el fondo, le hace recordar su incapacidad para imponer el modelo del macho en el hijo: «claro que yo pude hacer algo más por él, eso es tan cierto, tan cierto que no puedo sentirme inocente» (11:90), escribe. Consecuentemente, Jaime representa el fracaso y la vergüenza del padre; la prueba irrefutable de no haberse desempeñado como un verdadero patriarca.

La reflexión de Santomé sobre la homosexualidad del hijo se ajusta al estereotipo del afeminado. El padre cree encontrar la causa de la «anormalidad» de Jaime en un acto de negación y suicidio. Santomé comenta que, cuando Jaime tenía nueve años y a raíz de sentirse desgraciado por no tener a su madre viva, le dijo: «Vos vas a ser mi madre, y si no te mato», e instauró una cierta relación de culpa entre la sobrevivencia del padre y la muerte de la madre. «No me mató, claro», anota su diario, «pero se vino a matar él, a anularse él. Ya que el hombre de la familia le había fallado, se dedicó a negar al hombre que había en sí mismo» (11:96). Las palabras de Santomé expresan una idea de la homosexualidad como negación y muerte del espíritu viril con el cual nace todo varón. De tal suerte, no solo deja de ser hombre sino que, además, su cuerpo de varón se abre y permite el ingreso de un alma de mujer. Es esta ambigüedad, esta incoherencia, esta no disyunción, lo que su lógica no acepta, persigue y condena.

Tal y como se dijo en algún momento, frente a las conductas no deseadas o permitidas, a menudo se ejerce una censura que funciona como condena de desaparición, como orden de silencio y como afirmación de inexistencia. Pero los mecanismos de censura y castigo empleados contra los homosexuales alcanzan niveles que atentan contra los mínimos derechos de la persona. El mismo Santomé se complace al contar la forma en que se desquita con ellos. Cuando Santini, empleado en la empresa donde Santomé trabaja, le confiesa su homosexualidad, éste se aprovecha de su rango en la oficina y lo saca «vendiendo boletines» y le manda «un trabajo de esos bien pudridores» que le durará «por lo menos para diez días»

(11:42). Actuando de esa manera, él corrobora su hombría y se alegra de ejecutar una acción gratificante para su conciencia machista.

Como Jaime, Santini y los amigos de Jaime se han transformado en sujetos peligrosos, pues atentan contra un sistema en crisis y porque su voz se ha atrevido a dejar la reclusión, la no existencia, el silencio donde también mora la palabra del loco. Se resisten a una vida hipócrita y mentirosa. Rechazan la censura de quienes se arrogan la normalidad. No quieren vivir en lo prohibido. Romper el silencio le ha de traer serios problemas a Jaime pero, por otro lado, no tener que recurrir a una máscara ni al disimulo para ser aceptado le ha de permitir una vida significativamente más auténtica. Nadie lo ha delatado, «es el propio Jaime quien lo dice» (11:89), afirma la hermana. Mientras Blanca —modelo de mujer— asegura que su hermano «está perdido» y que «no siente escrúpulos» (11:97), éste, con la autoridad moral que le otorga el afirmar su verdad, le envía la siguiente nota al padre:

Viejo: sé que querés hablar conmigo y de antemano conozco el tema. Me vas a predicar moral y hay dos razones por las que no puedo aceptar tu prédica. La primera, que yo no tengo nada que reprocharme. La segunda, que vos también tenés tu vida clandestina. Te he visto con la chiquilina esa que te ha enredado, y creo que estarás de acuerdo en que no es la mejor forma de guardar el debido respeto a la memoria de mamá. Pero allá vos con tu puritanismo unilateral. Como a mí no me gusta lo que hacés y a vos no te gusta lo que yo hago, lo mejor es desaparecer.

Ergo: desaparezco. Tenés el campo libre. Soy mayor de edad, no te preocupes. Me imagino además que mi retirada te acercará más a mis hermanitos. Blanca lo sabe todo (por más informes, dirigite a ella); a Esteban lo enteré yo, en la tarde de ayer, en su oficina. Para tu tranquilidad, debo confesarte que reaccionó como todo un machito y me dejó un ojo negro. El que aún tengo abierto me alcanza para ver el futuro (no es tan malo, ya verás) y dirigir la última mirada a mi simpática familia, tan pulcra, tan formal. Saludos, Jaime (11:90-91).

La carta del hijo resulta de interés por varias razones. Parece un tanto extraño que sea el mismo Santomé quien la cite textualmente y en su totalidad. Esto significa darle un valor y abrirle un espacio que rompe, así sea en la escritura íntima del diario, los propios mecanismos de censura. Por otro lado, es mediante la carta que la transgresión se transforma en testimonio. ¿Habría que hacer igual observación con respecto a la escritura de Benedetti? Además, los argumentos esgrimidos por Jaime dejan al descubierto y desvalorizan la relación de Santomé con Laura Avellaneda. Esta relación ha sido cuidadosamente mantenida en secreto, pues roza el terreno de lo ilícito. Quizá lo más llamativo de la nota de Jaime es la igualdad con que trata al padre y la forma de poner en tela de juicio los valores sobre los cuales éste ha ejercido como patriarca. Desde el punto de vista del hijo, la hipocresía y la mojigatería caracterizan las relaciones entre los miembros de la familia. Más allá de los golpes dados al padre, se desvela una paradoja: el futuro del hijo se vislumbra de manera positiva. En una vida coartada por

la institucionalidad heterosexual, Jaime y sus amigos muestran una particular solidaridad, explicable por el enfrentamiento con un común enemigo. En otras palabras, Jaime —y con ello la homosexualidad misma— es quien agrede, quita las máscaras y desnuda al padre, a la familia, a la sociedad patriarcal. El texto de la novela se escinde, es atravesado por la voz de la ruptura como gesto afirmativo y como posibilidad de alcanzar una vida feliz y realizable. Para el hijo hay esperanza en el futuro y, para horror del patriarca, en vez de una vulgar caricatura fácilmente desechable, esa voz queda, en su ruptura, como resultado y alternativa de un nuevo orden.

Las palabras de Martín Santomé defienden la lógica de dominación heterosexual, pero suenan débiles y cansadas. El padre, quien siguiendo la tradición machista ha formulado imágenes caricaturescas de Santini y los amigos de Jaime, ni siquiera se atreve a realizar ese efecto de reducción en el hijo, por más que éste le parezca repulsivo. El castigo del macho no alcanza la fuerza y los resultados de una voz que, por haber crecido en el silencio, posee una inusual energía; por haber aprendido a esquivar los ataques, las burlas y los castigos de una palabra censuradora, ahora grita, humilla y violenta la institucionalidad patriarcal y hiere con su más punzante ironía. En una carta enviada a su hermana y calificada por ésta como «rencorosa y violenta», le pide: «Decile al viejo que todos mis amores fueron platónicos, así que, cuando tenga pesadillas en las que aparezca mi inmunda persona, puede darse vuelta y respirar tranquilo. Por ahora» (11:113). Sus palabras, además de constituir una afrenta a la autoridad del padre y a la sociedad heterosexual, son parte de cuanto se ha denominado el discurso del rechazo,

esto es, un discurso frontal en el que «la homosexualidad se puso a hablar de sí misma, a reivindicar su legitimidad o su 'naturalidad'» (25:124). Jaime hace ver a Martín Santomé cómo pronto estará llevando su homoerotismo a la relación física íntima con otros varones y realizar, de esta forma, su vida homosexual.

En **La tregua**, los ojos y la voz de Santomé (¿sería apropiado decir que también los del novelista?) están obsesionados con la figura del afeminado. En ello reside un peligro latente que parece explicar la forma contradictoria en la cual se resuelve el enfrentamiento entre ambas voces: la censura está en relación directa con la importancia y eventual presencia de su objeto. Así, la voz de la ruptura agrede y perturba a una voz de autoridad que acusa innegables síntomas de deterioro y tiene una mórbida tendencia al equilibrio, a la (auto)censura y a obedecer un código, sin siquiera sospechar que el código al cual se aferra es, irónicamente, la causa misma de la crisis que le atormenta.

Así como para Santomé el homosexual es el «pituco», «el tipo afeminado de notorio amaneramiento», para Benedetti constituye una especie de cuerpo histérico y, por esto, le reclama el no controlar a la mujer que lleva dentro: «Desde una perspectiva sólo teatral, no es exactamente reprochable que un actor sea un marica en su vida privada; lo es, en cambio, y en alto grado, que lo siga siendo en escena, aunque el personaje que represente sea uno de los más notorios del teatro universal», escribe el novelista en **El país de la cola de paja** y hace la siguiente observación: «La invasión de los pitucos (grupo *esnob*, subgrupo *maricas*) en el teatro montevideano,

representa una comprobación cada vez más lamentable, ya que le está quitando vigor y profundidad a uno de los movimientos más generosos, sinceros, e inicialmente mejor dotados que puede exhibir la breve historia de nuestra cultura» (7:103). Las palabras del novelista coinciden con la posición asumida por Santomé y se ajustan a los mecanismos de censura aplicados por el personaje. Desde una perspectiva no teatral, según se desprende de lo afirmado por el escritor, sí es reprochable ser un marica. Ninguno de los dos alcanza a entender que en ese estereotipo no calzan los homosexuales que, en Uruguay y el resto de América, construyen edificios, llegan a presidentes de la república, a senadores, filósofos, periodistas, científicos, médicos, trabajadores de empresas, sacerdotes, maestros... Ni el teatro, ni las otras artes, ni las actividades en las cuales éstos han participado se han visto mermadas en «su vigor y profundidad». La lista, se esté o no de acuerdo con su estilo de vida homosexual, es impresionante. ¿Condenaría como degradantes las obras de autores sobre los cuales el propio novelista ha escrito? ¿Dejaría de admirar el trabajo de Da Vinci o de cualquiera de los cientos de artistas que han sido homosexuales? Esa actitud no armoniza con el Benedetti que predica el respeto a la persona y el derecho a ser. Por tal motivo, parece justo entender sus palabras y las de Santomé como gestos de un prejuicio y de una actitud esperada en un tiempo cuando los movimientos femeninos y homosexuales empezaron a tomar auge en algunos países latinoamericanos.

La novela de Benedetti, al ser producción de sentido al interior de la sociedad uruguaya, exhibe una intertextualidad en la cual la lógica heterosexual excluyente

es agredida por una voz que empieza a dejar el código del silencio y a inscribirse con su propia palabra. Pero, y esto llama la atención, la presencia de la palabra homoerótica en los personajes se haya cargada de una fuerza ideológica que puede, eventualmente, tener una incidencia en los lectores; Benedetti jamás querría tal situación. Conviene recordar sus palabras con respecto a esa posibilidad transformadora generada en la lectura:

Si la realidad social penetra de algún modo en el individuo, también el individuo literario, o sea el personaje, se vuelve paulatinamente social, a veces a pesar del propio autor. La influencia es recíproca, claro, ya que cuando el personaje se carga de un sentido social, esa carga (siempre y cuando la obra no haga concesiones en el plano artístico) repercute tarde o temprano en el medio (15:40).

¿Cómo entender la fuerza, frontalidad y franqueza de Jaime en **La tregua**? ¿Cómo pensar esa presencia homosexual que entra en obvia contradicción con la actitud y escritura del novelista? ¿Es Jaime un objeto de cuestionamiento y censura por parte de la escritura de Benedetti o un objeto que se admira secretamente? ¿Cómo entender esa insistencia de su escritura en traer a colación el asunto de la homosexualidad y de no aplicar el mecanismo preferido de la censura de sumir en el silencio o negar aquello que se rechaza? ¿Corresponde, acaso, a un intento de ser realista con respecto a la vida uruguaya e indicar la expansión de una voz que ha encontrado campo fértil en la crisis y el desmejoramiento de la sociedad machista? ¿Podría ser tan solo un enjuiciamiento a quienes no

han sabido vigilar la aplicación y el seguimiento de la ética patriarcal? ¿Tal vez una apertura premeditada a la voz homoerótica? Cualquiera haya sido la intención de Benedetti —y a juzgar por las múltiples ocasiones en que el escritor arremete contra los homosexuales y su derecho a ser, la última posibilidad parece la menos viable—, **La tregua** insta una producción de sentido que transforma la censura, el ataque y la burla en un acto desesperado por continuar con su dominio.

DE ESO ES MEJOR NO ESCRIBIR TANTO

Si en **La tregua** hay una irrupción de fuerzas transgresoras, de una moral defendida con resoluta voluntad por Benedetti, en **Gracias por el fuego** apenas si se da lugar a la presencia de la voz homosexual. La escritura abandona el interés por rescatarla en un enfrentamiento, como si ya no constituyera un grave peligro para el futuro de la sociedad uruguaya o, a lo mejor, como si esa forma de relación amorosa ya hubiera pasado a integrar la realidad y resultara imposible someterla a su orden, recluirla en la marginalidad y acallar su voz; tomando en cuenta los sucesos impulsados por individuos y grupos homosexuales organizados, los cambios de legislación y la mayor credibilidad en instituciones que han desplegado una defensa por los derechos humanos, la segunda posibilidad suena razonable.

En su deslinde de lo que verdaderamente constituye Uruguay, Ramón Budiño incluye, junto a la cara radiante del mito nacional, la dimensión silenciada del país y, en ésta, la condición miserable en la cual el homosexual se encuentra todavía. «El país», afirma el hijo de Edmundo

Budiño, «es también hospitales sin camas, escuelas que se derrumban, pinguistas de siete años, caras de hambre, cantegriles, maricones de Reconquista, techos que volaron, morfina a precio de oro» (9:56). La valoración hecha de los «maricones de Reconquista» no se diferencia de la ejecutada por Martín Santomé. Se les ubica dentro de esa región degradante a la cual Ramón se abre y, por lo menos, acepta como un hecho insoslayable. La homosexualidad, sin embargo, continúa siendo motivo de inquietud en esta tercera novela. La sola idea de tal posibilidad angustia e impulsa las palabras de Ramón cuando se pregunta con respecto a su propio hijo: «¿Habrá estado Gustavo alguna vez con una mujer? Ojalá. Seguramente, sí. Incluso con alguna de sus compañeras. Por algo no las mira con demasiada codicia» (9:74). La conducta heterosexual del hijo se pone en duda por su forma de mirar a las mujeres. ¿Acaso una mirada «indefinida» (11:42) como la de Jaime en *La tregua*? En la actitud que despierta la interrogante, fácilmente se capta a un padre que se esfuerza por encontrar prueba de la normalidad del hijo.

El homosexual sigue irrumpiendo como una figura agresora, un sujeto diferenciado en términos de negatividad con respecto al verdadero hombre, incómodo, ambiguo y con una forma de mirar que lo delata o bien hace levantar sospechas en los otros. Véase la descripción hecha por el narrador cuando Gloria, la amante de Edmundo Budiño, baila tango con uno de ellos:

(...) el hombre la miró larga y serenamente, y ella vio en el fondo de aquellos ojos oscuros un chisporroteo de noes y sustituciones, tuvo la

lacerante impresión de estar asistiendo a una tragedia crónica, a una retumbante falsificación del azar. Pero también tuvo la impresión de haber quedado ella misma a la intemperie. Entonces el hombre había dicho: «Le ruego me disculpe», y ella se había quedado tan inválida como su deseo maltrecho, que sólo horas después entendió cabalmente el comentario que alguna amiga le había soplado junto al oído: «¿Desde cuándo bailando con maricas?» (9:88).

La fisiología del sujeto homoerótico enmarca una señal delatora que le distingue y aparta de los normales. El estereotipo del afeminado sigue calando en forma profunda la percepción de la novela benedettiana. Se le sigue viendo como una figura que irrumpe, irrespetuosamente, en el ámbito de lo normal, en los sitios a donde, se supone, solo los depositarios de la moralidad patriarcal tienen derechos territoriales y opción de establecer vínculos. Pero esta tercera novela no exhibe los extremos de homofobia y obsesiva urgencia de rescatar y enfrentar al homosexual como enemigo. Hay, por el contrario, un relativo silencio en tal sentido... mas, ¿no es el silencio también una forma refinada de censura?

Resulta necesario recordar tres aspectos para el siguiente punto: primero, la práctica homoerótica no solo incluye al homosexual exclusivo afeminado llamado comúnmente el «marica»; segundo, un alto porcentaje de individuos, en algún momento de sus vidas, tiene algún tipo de relación con sujetos de su propio sexo y, tercero, estar casado o relacionarse con personas del sexo contrario no implica la ausencia de actividad homoerótica.

Teniendo esas consideraciones en mente, es posible establecer una relación entre Jaime en **La tregua** y Ramón Budiño en **Gracias por el fuego**.

Martín Santomé afirma que su hijo, habiéndolo amenazado con matarlo si no se convertía también en la madre muerta, resultó matándose al aniquilar al hombre que llevaba adentro y convertirse, de esta forma, en un marica. La homosexualidad se entiende como resultado de no poder aniquilar la figura dominante del padre y de recurrir al suicidio del espíritu varonil. En **Gracias por el fuego**, la poderosa y avasalladora figura de Edmundo Budiño es, en muchos aspectos, un insalvable obstáculo para su hijo Ramón y, si bien la novela explicita motivos distintos a los de Jaime, en ambos casos la figura paterna termina siendo responsable de hechos que el hijo se niega a aceptar y le hacen romper el modelo patriarcal. En **La tregua**, Jaime achaca al padre la muerte de su madre y, años después, se entera de la vida clandestina de éste con Laura Avellaneda. Por su parte, Ramón además resiente, por haberla presenciado, la agresividad de Edmundo con su mamá y, tiempo después, descubre la falsedad y corrupción de Edmundo. Queriendo el hijo «otro mundo, otro tipo de vida» (9:204) y entendiendo que la única manera de obtenerlos es aniquilando a su padre, Ramón decide matarlo. Pero, así como Jaime no halla salida para su eventual parricidio, Ramón no encuentra más salida que matarse. ¿Acaso no existe una obvia relación entre las dos situaciones? ¿Coincidencia? «No me mató, claro, pero se vino a matar él», señala Martín Santomé y, como un eco de sus palabras, dice Edmundo Budiño: «Lo hizo por no matarme. Se mató él, por no matarme a mí» (9:200). ¿Sublimación o disimulo ante una verdad para la cual la novela de Benedetti ahora parece preferir guardar silencio?

EL SILENCIO ES MUERTE

Tanto en **El cumpleaños de Juan Angel** como en **Primavera con una esquina rota** la figura homosexual prácticamente desaparece. Benedetti deja a un lado a ese sujeto como preocupación de su escritura. De hecho, en la cuarta novela no hay siquiera una mención de este asunto. Existe una posible explicación. **El cumpleaños de Juan Angel** se centra en la urgencia de revolucionar al sujeto, de transformarlo y ubicarlo al margen del sistema como única forma de salvación. Opera, en tal sentido, un cambio en las relaciones hombre-mujer y hay una sensible mejoría en la valoración de la mujer; se llega al punto de casi una prédica en términos de igualdad, pero ésta no toca, siquiera de lejos, a quienes no se inscriben en el marco de las relaciones heterosexuales. A pesar de la palpable ruptura, los cambios operados no logran liberarse del lastre patriarcal.

En **Primavera con una esquina rota** solo hay una brevísima referencia al amaneramiento de Charles Trenet que, de inmediato, recuerda al lector la molestia expresada por Benedetti en sus ensayos: «y vi y escuché a Charles Trenet en no sé qué Centro Español de la calle Soriano, sentados todos en unas sillas que parecían de comedor y nosotros los gurises», escribe Santiago, «en el suelo, y el franchute, un poquito amanerado pero hábil» (13:87).

Es poco probable que el homosexual vuelva a tener una presencia tan fuerte en la futura novela de este escritor. ¿Cálculo ante una masa de lectores que, tras décadas

de escuchar hablar sobre la normalidad y aceptación de las relaciones homoeróticas, podrían ver en su narrativa una carga de desprecio que no estarían dispuestos a aceptar? Los lectores latinoamericanos han tenido la experiencia de tener acceso a serias discusiones con respecto a la vida homosexual y a gran número de producciones estéticas, de manera particular en teatro, cine, televisión y literatura, las cuales han abordado ese tema y lo han hecho de una forma cada vez más lejana de la burla y la caricatura. En muchos países, la homosexualidad ha dejado de ser un delito. La población homoerótica no clama por ser tolerada, pues la tolerancia es, en esencia, represiva e implica el aceptar vivir al margen. Ahora exige respeto e igualdad de oportunidades. Esto no significa que el problema ha cambiado radicalmente, pero es innegable que la situación dista mucho de la de los años cincuenta y sesenta, por ejemplo. Es posible que, más allá de un cálculo ante el mercado de lectores, el novelista haya visto disminuida su homofobia y transcurra, mucho más tranquilo, por las calles de su Montevideo o por las de cualquier ciudad o pueblo del mundo, y pueda entrar a cualquier restaurante o cafetería sin sentirse molesto de compartir el mundo con los homosexuales. Al fin de cuentas, ha sido su propio Juan Angel quien afirmó que siempre habrá un orden que desordenar. Si toda revolución implica una revolución de las palabras, a lo mejor, el término «marica» haya pasado a exhibirse con toda su grosería en el léxico benedettiano y solo sea un recuerdo que no le impida respirar el mismo aire y compartir los mismos sitios con quienes no sientan, piensen o vivan como él.

BIBLIOGRAFIA

1. Alcalá, Angel y otros. **Inquisición española y mentalidad inquisitorial: ponencias al Simposio Internacional sobre Inquisición, Nueva York, abril de 1983.** Barcelona: Editorial Aries, 1984.
2. Alegría, Fernando. **Nueva historia de la novela hispano-americana.** Hanover: Ediciones del Norte, 1986.
3. Alfaro, Hugo. **Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro).** Montevideo: Ediciones Trilce, 1986.
4. Althusser, Louis. **Ideología y aparatos ideológicos del estado.** México D.F.: Ediciones Quinto Sol, 1985.
5. Benedetti, Mario. **El cumpleaños de Juan Angel.** México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1988.
6. ———. **El escritor latinoamericano y la revolución posible.** Buenos Aires: Editorial Alfa Argentina, 1974.
7. ———. **El país de la cola de paja.** Montevideo: Ediciones Asir, 1960.
8. ———. **Escritos políticos (1971-1973).** Montevideo: ARCA Editorial, 1985.
9. ———. **Gracias por el fuego.** México D.F.: Ediciones Era, 1984.
10. ———. **Inventario.** México D.F.: Editorial Nueva Imagen, 1983.

11. ———. **La tregua**. México D.F.: Editorial Nueva Imagen, 1987.
12. ———. **Letras del continente mestizo**. Montevideo: ARCA Editorial, 1970.
13. ———. **Primavera con una esquina rota**. México D.F.: Editorial Nueva Imagen, 1983.
14. ———. **Quién de nosotros**. México D.F.: Editorial Nueva Imagen, 1983.
15. ———. **Subdesarrollo y letras de osadía**. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
16. Benvenuto, Luis y otros. **Uruguay hoy**. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.
17. Boswell, John. **Christianity, Social Tolerance and Homosexuality**. Chicago: The University of Chicago Press, 1981.
18. Carrillo, German. «La biopsia como técnica literaria de M. Benedetti en **Gracias por el fuego**». **Cuadernos Americanos**, 4 (1971), pp. 217-233.
19. Castro, Nils. «Benedetti: la moral de los hechos aclara su palabra». **Casa de las Américas**, 89 (marzo-abril de 1975), pp. 78-96.
20. Curutchet, J.C. «Los montevidéanos de Mario Benedetti». **Cuadernos Hispanoamericanos**, 232 (abril de 1969), pp. 141-148.
21. Edwards, George. **Gay/Lesbian Liberation: A Biblical Perspective**. New York: The Pilgrim Press, 1984.
22. Fernández Retamar, Roberto. «Conversación con Mario Benedetti». **Cambio**, 5 (octubre/noviembre/diciembre de 1976), pp. 23-30.

23. Flores, Juan Carlos. «El escritor también debe hablar de amor». **Periódico Universidad**, 9 de noviembre de 1979, p. 17.
24. Fornet, Ambrosio. **Recopilación de textos sobre Mario Benedetti**. La Habana: Casa de las Américas, 1976.
25. Foucault, Michel. **Historia de la sexualidad: la voluntad de saber**. México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1987.
26. ———. **El orden del discurso**. Barcelona: Tusquets Editores, 1987.
27. Fratti, Gina y Batista, Adriana. **Liberación homosexual**. México D.F.: Editorial Posada, 1984.
28. González, Yamileth y Pérez, María. «Reflexiones en torno a la comunicación actual: del discurso crítico a la persistencia cultural», documento mimeografiado. Universidad de Costa Rica, sin fecha.
29. Kristeva, Julia. **Historias de amor**. México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1988.
30. Lotman, Jurij y la Escuela de Tartú. **Semiótica de la cultura**. Madrid: Editorial Cátedra, 1971.
31. Mc.Cubbin, Bob. **The Gay Question: A Marxist Appraisal**. New York: World View Publishers, 1979.
32. Mejía Duque, Jaime. «Ensayo y compromiso en Benedetti». **La Palabra y el Hombre**, 13 (enero-marzo de 1975), pp. 21-27.
33. Navia Velasco, Carmiña. **Mario Benedetti: una aproximación crítica**. Cali: Otra Vuelta de Tuerca, sin fecha.
34. Paredes, Luis. **Mario Benedetti: literatura e ideología**. Montevideo: ARCA Editorial, sin fecha.

35. Quirós, Sergio. «Mario Benedetti», documento mimeografiado de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica, sin fecha.
36. Rossi Landi, Ferrucio. «Programación social y comunicación». **Casa de las Américas**, 71 (enero-abril de 1972), pp. 20-35.
37. Ruffinelli, Jorge. **Mario Benedetti, variaciones críticas**. Montevideo: Libros del Astillero, 1973.
38. ———. **Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras**. Nueva York: Watchtower Bible and Tract Society of New York, 1985.
39. Téllez, Freddy. **La sexualidad del feminismo: ¿biología o cultura?** Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1987.
40. Varela Petito, Gonzalo. **De la república liberal al estado militar: crisis política en Uruguay 1868-1971**. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1988.
41. Zeitz, Eileen. «Los personajes de Benedetti: en busca de identidad y existencia». **Cuadernos Hispanoamericanos**, 297 (marzo de 1975), pp. 635-644.

Este libro se imprimió en el mes de noviembre de 1998, en el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, bajo la dirección de Maximiliano García Villalobos, consta de un tiraje de 550 ejemplares en papel bond y cartulina barnizable.

980003—P.UNA

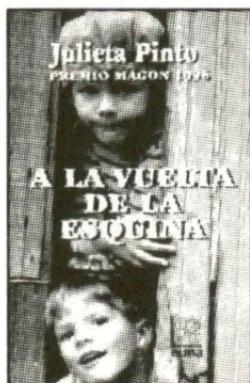
NUESTRAS PUBLICACIONES

EDITORIAL UNIVERSIDAD NACIONAL



El Jaul, de Max Jiménez

Esta obra busca aportar conscientemente la descripción de cierto tipo de campesino nuestro, el de altura. En efecto, la geografía mítica del relato se ubica a más de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, donde las nubes y las montañas se juntan. Allí hombres y mujeres, campesinos blancos trasplantados, viven sus vidas en círculos interminables de vida y muerte monótonas. Un pueblo que es la interacción de sus habitantes con sus eternos lugares de encuentro: la iglesia, la pulpería, el billar, la casa, el cementerio, etc. Su nombre: San Luis de los Jaules, cerca de San Isidro de Coronado.



A la Vuelta de la Esquina, de Julieta Pinto

Estos cuentos son narraciones de personajes, seres de carne y hueso que se vislumbran por entre las palabras, testimonios y continuidad de la gran presencia de nuestro pueblo.

Pida estas publicaciones o nuestro catálogo
Apartado postal 86-3000, Heredia Costa Rica
Tel./fax: (506)277-3204 • <http://www.una.ac.cr/euna/>
Email: editoria@una.ac.cr

INSCRIPCION DE LECTORES

Envíenos sus datos personales e inscribáse como lector de nuestras obras. De este modo será incluido en nuestro banco de lectores, y le enviaremos información de nuestras más recientes publicaciones.



NOMBRE: _____
DIRECCION: _____
APDO. POSTAL: _____
TELEFONO: _____

EDITORIAL UNIVERSIDAD NACIONAL

José Otilio Umaña Chaverri

Académico de la Universidad Nacional hasta 1998, su labor ha girado en torno a las áreas de los estudios literarios y la enseñanza de idiomas principalmente. Entre otros, ha publicado artículos y ensayos sobre teoría y práctica de la traducción, la enseñanza de lenguas y desarrollo del pensamiento, literatura latinoamericana e inglesa y el patrimonio cultural costarricense, así como textos para el aprendizaje del inglés como lengua extranjera. Ha exhibido sus trabajos de artes plásticas colectiva e individualmente; en la actualidad, realiza proyectos en este campo y en el de la creación literaria.

Mario Benedetti empezó a tener una muy fuerte presencia en nuestro país a partir de la publicación de **La tregua**, en la década del sesenta. La preferencia que desde entonces ha gozado su obra es incuestionable pero, de manera distinta a cuanto sucede con otros escritores, la suya no ha sido precedida por el anuncio de premios —a los cuales el autor ha rehuido desde hace muchos años— o por alguna campaña publicitaria. Todo lo contrario. Silenciosamente, tocando la memoria del lector con la sentida honradez de quien se hace responsable de una escritura en franco rechazo de lo exótico y lo alucinante como fórmula para ganar lectores, la suya ha encontrado un sitio particular por otros medios: aun sin proponérselo, recoge un mundo habitado por sujetos que nos recuerdan a nosotros mismos. Justo ese aire de semejanza, que nos hace sentir lectores de nuestra propia crónica, impulsó esta lectura de sus novelas.



Editorial Universidad Nacional